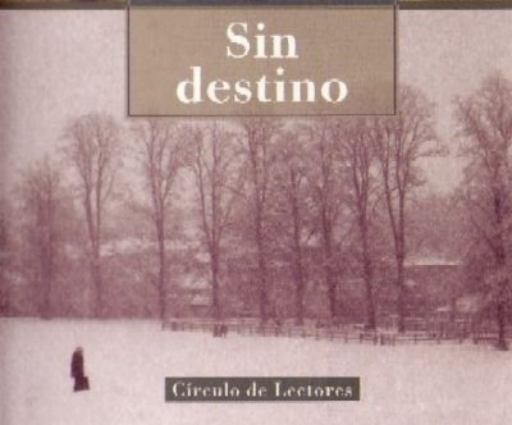


A young boy with dark hair, wearing a dark jacket, is looking over a stone wall. He has a slight smile and is looking towards the camera. The background is a blurred outdoor setting with some architectural elements.

IMRE
KERTÉSZ

Sin
destino

A winter landscape with a snow-covered ground in the foreground. In the middle ground, there is a line of bare trees and a fence. In the background, there are buildings and a hillside. The overall tone is muted and wintry.

Círculo de Lectores

Imre Kertész



Sin destino

**Traducción de
Judith Xantus Fzarvas**

**Prólogo de
Adan Kovacsics**

Título de la edición original: *Sorstalanság*
Traducción del húngaro: Judith Xantús Fzarvas,
cedida por Plaza & Janés Editores, S. A.
Diseño: Winfried Bährle
Fotografías de la sobrecubierta: Henri Cartier-Bresson,
Duisburg, Alemania, 1955 y Alex Howe/Cover
Foto de solapa: © Isolde Ohlbaum

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)
Travessera de Gracia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es
579001286

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Quaderns Crema, S. A.
Está prohibida la venta de este libro a personas que no
pertenezcan a Círculo de Lectores.

© Imre Kertész, 1975
© de prólogo: Adan Kovacsics-Mészáros, 2000
© de la traducción: Judith Xantús Fzarvas

Depósito legal: B. 40463-2002
Fotocomposición: punt groc & associats, s. a., Barcelona
Impresión y encuadernación: Primer industria gráfica, s. a.
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenc dels Horts
Barcelona, 2002. Impreso en España
ISBN 84-226-8556-6
N.º 28043

El lugar de Imre Kertész

En los años setenta se produjo en Hungría una profunda transformación en el ámbito de la prosa. Un movimiento procedente de los márgenes de la producción literaria fue ocupando poco a poco el centro. Sus protagonistas eran, en muchos casos, autores alejados de la vida oficial que fueron minando los fundamentos sobre los cuales se basó la literatura húngara en toda la época de la posguerra.

La situación política creada después de la Segunda Guerra Mundial marcó, como es lógico, la literatura establecida por el partido en el poder. Así presenta, por ejemplo, una encuesta de la *Revista literaria* de 1953 los proyectos de los escritores húngaros: «Tamás Aczél escribe una novela sobre la vida en nuestro ejército popular. El poeta László Benjámín escribirá pronto un poema sobre el amor entre un obrero y una obrera [...] Sándor Nagy está trabajando en una pieza teatral ambientada en Yugoslavia sobre la lucha entre los bandidos titoistas y los verdaderos patriotas. István Örkény escribe una novela que abarca tres generaciones de ingenieros. Péter Veres intenta describir en su relato *El buen agricultor* a un presidente de una cooperativa agraria, que es al mismo tiempo un buen agricultor, un buen líder del partido y un verdadero socialista». La ocupación rusa propició la introducción masiva del realismo socialista. Sólo en 1949, la tirada total de libros soviéticos alcanzó la impresionante cifra de 1.659.000 ejemplares. Por otra parte, seguían escribiendo algunos de los autores más significativos del período de entreguerras, como es el caso de Tibor Déry o de Gyula Illyés, expuestos, eso sí, a represalias, vejaciones, censuras o debates dirigidos para someterlos a la línea oficial. Algunos, como László Németh, se negaron durante un tiempo a escribir. Otros, como Béla Hamvas, fueron condenados al ostracismo. Y finalmente estaba también la literatura húngara creada en el exilio, como por ejemplo la obra de Sándor Márai. Esta división entre la producción interior y exterior se vivió siempre como un desgarró. Poco antes de morir, en 1983, Gyula Illyés solicitó a las altas instancias gubernamentales que se concediera el visado de entrada a algunos autores húngaros exilados para que acudieran a su entierro. El gobierno accedió a la petición.

El acontecimiento decisivo de este período fue la revolución de 1956, sofocada por las tropas rusas. Muchos escritores acabaron encarcelados. La mujer de Tibor Déry, condenado a nueve años de prisión, se dirigió directamente a Kruschov: «Mi marido es un hombre de sesenta y seis años gravemente enfermo... Desconozco la gravedad de sus errores, pero ha sido durante 40 años miembro del partido y ha puesto toda su vida al servicio del comunismo... Camarada Kruschov, si le es posible, interceda con el camarada Kádár [...] para que mi marido no tenga que morir como un enemigo en la cárcel». Fue una fase de terror, pero poco a poco se hizo patente la necesidad de una mano más blanda para consolidar el régimen. De ahí las continuas fases aperturistas que a partir de los años sesenta concedieron cierto respiro a la producción artística, aunque no sin sobresaltos y cortapisas.

La profunda transformación que vivió la narrativa húngara en los años setenta ya venía anticipada por algunos escritores, tales como Géza Ottlik (*Escuela de la frontera*, 1959) y Miklós Mészöly (*Saulo*, 1968), cuyas obras impregnaron de manera decisiva la producción literaria posterior. El suyo no era un rechazo frontal al régimen totalitario (lo frontal es precisamente el modo de actuar de ese poder), sino que se enfrentaba desde opciones formales y estéticas a los cánones vigentes y atacaba de manera sutil y radical ciertos elementos constitutivos del poder y del estándar literario: así por ejemplo, la narración cronológica y lineal (que arrastra y somete al lector), el yo fijo e inamovible (la contraparte necesaria de un sistema igualmente fijo e inamovible). Esta ruptura permitía, de un lado, echar un vistazo sutil al funcionamiento del poder y, de otro, suponía la activación del lector (cosa que ya Proust, en su ensayo sobre Flaubert, consideró un logro estético de primer orden).

Autores como Péter Nádas, Péter Eszterházy, György Konrád y el propio Imre Kertész son los principales representantes de este cambio. El trabajo consciente con el lenguaje, la utilización de perspectivas alejadas de las habituales (no es casual el empleo del punto de vista del niño en algunos textos, entre los que destacan *El final de una saga* de Péter Nádas y precisamente *Sin destino* de Kertész), el recurso de la memoria, de la historia familiar, del análisis sociológico, son todos los medios para minar una literatura que se volvió anquilosada o que ya lo era de entrada.

En este proceso y este contexto se inscribe, pues, la obra de Imre Kertész. Nació en 1929 en Budapest, en el seno de una familia pequeño-burguesa judía asimilada. Su padre comerciaba con madera y su madre era empleada. Siempre sufrieron problemas económicos. Vivió en su infancia la separación de sus padres. En 1940 ingresó en el instituto de enseñanza secundaria Madách, cuando se crearon las clases judías en las escuelas. En 1944 le tocó vivir en primera línea el acontecimiento más sombrío de la historia húngara. Hungría, aliada de las potencias del Eje, ya había promulgado leyes que discriminaban a los judíos, sobre todo a partir de 1938. En marzo de 1944, ante el temor de que el gobierno húngaro quisiese separarse del Eje y buscar una paz por separado, las tropas alemanas ocuparon el país. Inmediatamente se inició, liderada por Adolf Eichmann, la operación de exterminio de la población judía, con la colaboración de las autoridades estatales y locales. Edmund Veessenmayer, plenipotenciario del Reich y embajador en Hungría, escribió a su Ministerio de Relaciones Exteriores que la deportación de 325.000 judíos de la región de los Cárpatos y Transilvania había de iniciarse el 15 de mayo: «tal como estaba previsto, se facturarán al destino [Auschwitz] cuatro trenes diarios con 3.000 judíos cada uno, de tal modo que la evacuación de las zonas mencionadas concluirá a mediados de junio». En pocos meses cientos de miles de personas fueron concentradas en guetos y enviadas en vagones de transporte de ganado a Auschwitz. El número total de deportados superó el medio millón. De este modo, el comando especial de las SS y el ejecutivo húngaro llevaron a muchas más víctimas al campo de exterminio que, en dos años y medio, sus equivalentes en Francia. Imre Kertész, que por aquel entonces apenas tenía quince años, fue uno de esos prisioneros. Regresó en julio de 1945 a su país, concluyó la escuela y se dedicó al periodismo. Ingresó en el partido comunista, trabajó en el diario *Vilagosság* [Claridad] hasta 1950, cuando fue expulsado. Llamado a filas, se licenció en 1953. Trabajó primero en una fábrica y se ganó luego la vida escribiendo musicales, comedias, textos publicitarios, guiones cinematográficos y traduciendo. A partir de 1958, cuando «había acabado todo cuanto podría llamarse la acumulación de la experiencia vital o de la filosofía de la vida», empezó a concebir *Sin destino*. Primero intentó escribir diversas novelas. Los manuscritos se fueron acumulando. Tardó 13 años en concluir la novela. En las circunstancias húngaras (censura, aislamiento), la dificultad de encontrar material era enorme. *Sin destino* se publicó en 1975, después de que una editorial la rechazara primero «groseramente, por poco no dijeron que era un antisemita». Las reacciones iniciales fueron escasas; el recibimiento, frío. El libro volvió a editarse diez años más tarde y, por lo visto, el momento era el adecuado. A partir de allí fueron apareciendo las otras obras de Imre Kertész: *El fracaso* (1988), *Kaddish por el hijo no nacido* (1989; de próxima aparición en cast.), *La bandera inglesa* (relatos, 1991), *Diario de la galera* (1992), *Yo, otro. Crónica del cambio* (1997), *Un instante de silencio en el paredón* (ensayos y conferencias, 1998; cast. 1999). En 1978 ya se había publicado *El buscador de huellas*.

Así como el joven Imre Kertész fue deportado a Auschwitz, así también el joven György Köves, protagonista de *Sin destino*. Muchos son los indicios que apuntan a una novela autobiográfica. Los pasos dados por György Köves son los de Imre Kertész. Budapest, los padres, el transporte a Auschwitz, Buchenwald, el regreso. El propio autor señala en una entrevista el carácter autobiográfico («Así llegué a mi libro titulado *Sin destino*, que el lector bien puede considerar una novela autobiográfica»). De hecho, este elemento se halla presente en toda la obra de Kertész. *Fracaso* describe el encierro, el totalitarismo, los problemas para publicar el libro; en *Kaddish por el hijo no nacido* está el hecho de no tener hijos, la larga sombra de Auschwitz que

marca toda una vida. Al mismo tiempo, sin embargo, Kertész se resiste a ver sólo este aspecto, insiste en la construcción, en la estructura musical, habla en el caso de *Sin destino* de música dodecafónica (ahí están también, en *Kaddish por el hijo no nacido*, la fuga y la música de Mahler: *Kaddish*, colmado de fortísimos, pianísimos, crescendos y decrescendos, podría llenarse de indicaciones musicales). Resalta también el lenguaje y señala, en la entrevista antes mencionada: «me pareció conveniente poner en el centro a un personaje adolescente que no se me pareciera...».

Otro instrumento fundamental de esta construcción es la distancia. La distancia se halla implícita en el tono del propio protagonista. También la ironía desempeña un papel fundamental. Proviene del hecho de que todos sabemos hacia donde conducen los acontecimientos narrados: a Auschwitz. El lector ya es consciente de la realidad de los campos de exterminio, mientras los protagonistas no la conocen todavía o no quieren conocerla. De ahí el sarcasmo inherente a frases como esta: «Mi madrastra decidió adquirir una navaja para mi padre». (El padre, condenado a trabajos forzados, difícilmente podría utilizar la navaja, ya que sería despojado de todo cuanto poseía.) György Köves es detenido junto con otros (por un único policía, por cierto) y retenido en una oficina de aduanas; es el paso previo al envío al campo de concentración: «Todos coincidíamos que estábamos mejor allí que sudando en el trabajo... nos reímos mucho... Miré alrededor, como si se tratara de un juego...».

Sin embargo, la ironía enmascara en el fondo la aceptación activa de la realidad, la asunción de la voz y de los contenidos del poder. En *Kaddish por el hijo no nacido*, Kertész desarrolla la idea de que Auschwitz es la continuación del poder paterno, que el narrador experimenta primero en su padre, luego en la escuela y por último, de forma exacerbada, monstruosa, en el campo de exterminio. «Auschwitz, dije a mi mujer, se me presenta en la imagen del padre, sí, las palabras padre y Auschwitz producen en mí las mismas resonancias, le dije.» Podría decirse que *Kaddish* se escribe desde la perspectiva de este hijo no nacido que no viene al mundo para evitar la autoridad paterna. También desde el punto de vista de un niño, de un adolescente, está escrito *Sin destino*. El niño, inmerso en un mundo de adultos, se encuentra entregado a este poder. Toda la primera parte del libro es la descripción de tal entrega, mediante el recurso de la ironía. El libro empieza con una maestra, con las indicaciones paternas. La escuela, el padre, la madre, la madrastra, los tíos, las tías aparecen en las páginas iniciales.

La primera parte de esta novela construida con suma precisión culmina en la llegada a Auschwitz. Auschwitz ocupa el centro del libro. Se trata de una llegada sobrecogedora. El protagonista y otros se han apuntado voluntariamente a trabajar en Alemania. Hombres y mujeres embanastados en un convoy se dirigen a un destino incierto («algunos de los adultos sabían que nuestro destino era una localidad llamada Waldsee» [Bosque-lago], un nombre idílico). A todo esto, el joven György Köves siente «ansia por llegar». En un alba «fresca y perfumada» se acercan a una estación. «Me preguntaron si veía el nombre de alguna localidad. Y sí, lo vi: eran dos palabras que a la luz del sol se distinguían perfectamente... Auschwitz-Birkenau.»

La primera parte está marcada por el sometimiento a la autoridad, por la aceptación de la realidad, por la asimilación del lenguaje adulto. A partir de Auschwitz, el protagonista toma conciencia de la prisión en que se encuentra, el desconcierto se apodera de él, y el sentimiento que empieza a predominar es el de odio y rabia. En este punto, la novela se torna sombría, la proximidad de la muerte resulta palpable.

Auschwitz ocupa un lugar central en la novela y también en el pensamiento de Imre Kertész. Es lo que marca su destino, lo que le hace tener un destino. Le hace ser judío («Para mi judaísmo, Auschwitz significa mucho más que el hassidismo, por ejemplo», señala en una ocasión). Es también un punto que lo separa de la ideología totalitaria del estalinismo: Kertész analiza a fondo las razones por las cuales los países estalinistas trataron de relegar al olvido la política nacionalsocialista del exterminio (véase «Sombra larga y oscura», en *Un instante de silencio en el paredón*). Auschwitz supone un corte en *Sin destino*, y también en la historia de la humanidad. La inocencia de los pasos encaminados hacia el exterminio deja de existir. György Köves cambia a partir de ahí. Su asombro es enorme. Iba a trabajar, iba a Alemania, y de pronto está preso, de

pronto es alguien que huele día a día el humo de los crematorios, de la muerte. A partir de allí empieza a resquebrajarse esa armonía, esa coincidencia entre György Köves y el poder del que emanan las órdenes. El adolescente ya no trata de hacerse portavoz de la realidad. El destino lo lleva después a Buchenwald, donde conoce el trabajo, la amistad y, luego, la decadencia física y espiritual.

Las novelas de Imre Kertész buscan el diálogo como los sedientos el agua. De ahí que desemboquen en grandes conversaciones, las cuales tienen el rango de las mantenidas en las novelas de Kafka. Con dos conversaciones se cierra *Sin destino*: una con un periodista, la otra, con dos vecinos. En ellas se despliega el concepto de destino tan decisivo para la novela. Exhortado por sus vecinos a «olvidar... para poder vivir libremente», György Köves se niega a olvidar y asume la memoria. *Sin destino* culmina en un estallido de las dos formas de la memoria, la voluntaria y la involuntaria. La primera contiene un aspecto ético: el deber de la verdad, del conocimiento, del no-olvido: «... las décadas me han enseñado que el único camino practicable hacia la liberación pasa por la memoria», señala Kertész en «¿De quién es Auschwitz?» (*Un instante de silencio en el paredón*). Por otra parte, la novela concluye con una fiesta del recuerdo involuntario, el cual refuerza la individualidad: es el recuerdo de György, el recuerdo de su vida, de su destino, de su experiencia. «Me acordé de todo...» El adolescente recuerda, pero a través de su creación, también recuerda Imre Kertész.

El arte ha hecho posible esta fiesta. A través de la literatura vive Imre Kertész la gran catarsis que le fue negada por el estalinismo («Me salvó del suicidio [de seguir el ejemplo de Borowski, Celan, Améry, Primo Levi y otros] la sociedad que tras la vivencia del campo de concentración demostró en la forma del llamado estalinismo que no se podía ni hablar de libertad, liberación, gran catarsis, etcétera» [*Diario de la galera*]). Porque si bien la novela es una ficción, es algo construido, y el personaje de György Köves un personaje inventado, lo autobiográfico desempeña un papel fundamental: no tanto en el plano de los detalles concretos, que existe (coincidencia de fechas, lugares, etc.), sino en un plano mucho más importante, mucho más interior. Escribir *Sin destino* fue el trabajo de liberación (esto vale también para *Kaddish por el hijo no nacido*). La escritura es lo que permite la gran catarsis.

De este modo llegamos también al lugar que ocupa Imre Kertész en la literatura húngara, un lugar decisivo (por cuanto la ha liberado de las ataduras del pasado) y al mismo tiempo singular. Porque él vive la escritura como una experiencia vital, existencial. De ahí la presencia continua del «yo» en su obra, de un «yo» empeñado en la liberación, en asumir la verdad de la propia existencia. Da la impresión como si Kertész trabajara con esmero la forma, pero parece hacerlo con el único fin de ir más allá de la literatura. Ésta es como la escalera que, cuando se ha llegado arriba, ya puede derribarse.

Adan Kovacsics

Adan Kovacsics, nacido en 1953 en Santiago de Chile, estudió en Viena y vive desde 1980 en Barcelona, donde se dedica a la traducción, preferentemente de obras de las literaturas austríaca y húngara. También ha escrito artículos y ensayos sobre este ámbito temático.

Sin destino

1

Hoy no he ido a la escuela; mejor dicho, sólo fui para pedir permiso a la tutora y volver a casa. Le entregué la carta de mi padre, en la cual pedía que me dispensaran, alegando «razones familiares». Ella me preguntó cuáles eran esas razones familiares, y yo le contesté que a mi padre lo habían asignado a trabajos obligatorios. Dejé de incordiarle.

Al salir de la escuela, no fui a casa sino al almacén. Mi padre me había dicho que me esperarían allí. También dijo que debía darme prisa porque podían necesitarle. Por eso pidió que me dejaran faltar a la escuela. Quizá quería que estuviera «a su lado en el último día», cuando tenía que «abandonar a la familia», eso también lo dijo en otro momento. Habló con mi madre, si mal no recuerdo, por la mañana cuando le llamó por teléfono. Hoy es jueves, y mis tardes de los jueves y de los domingos, en realidad, le corresponden a ella. Mi padre le comunicó: «No te puedo dejar a György esta tarde», y entonces dio esa explicación. O tal vez no fue así. Yo tenía un poco de sueño esa mañana, debido a la alarma aérea de anoche, y a lo mejor no me acuerdo bien. Sin embargo, estoy seguro de que lo dijo, si no a mi madre, a otra persona.

Yo también intercambié algunas palabras con mi madre, aunque no recuerdo qué le dije. Creo que hasta se enfadó un poco conmigo, porque fui muy parco con ella, por la presencia de mi padre: al fin y al cabo hoy tengo que complacerlo a él.

Cuando salía para la escuela, también mi madrastra se sinceró conmigo. Estábamos a solas, en la entrada de casa y me dijo que en aquel día tan triste para todos nosotros esperaba «contar con un comportamiento adecuado» por mi parte. No sabía qué responderle, así pues no dije nada. Quizá haya interpretado mal mi silencio, porque continuó diciéndome que no había querido herir mi sensibilidad y que sabía que su advertencia era, en realidad, innecesaria. Estaba segura de que yo, un muchacho de quince años, era perfectamente capaz de calibrar la «gravedad del golpe que habíamos recibido»; ésas fueron sus palabras. Asentí con la cabeza y vi que con eso le bastaba. Entonces, hizo un gesto con la mano, y temí que fuera a abrazarme. No lo hizo, se limitó a soltar un largo y profundo suspiro entrecortado. Me di cuenta de que sus ojos se ponían húmedos; me sentí incómodo. Después, me dejó ir.

Fui andando desde la escuela hasta el almacén. Era una mañana limpia y tibia para ser el principio de la primavera. Hubiera podido desabrochar mi abrigo, pero desistí: la ligera brisa podía haber hecho que las solapas hubieran ocultado de manera antirreglamentaria mi estrella amarilla. De ahora en adelante tengo que cuidar más ciertos detalles. Nuestro almacén de maderas está cerca, en una de las calles laterales. Unas escaleras empinadas llevan a la oscuridad. Encontré a mi padre y a mi madrastra en la oficina, una pequeña cabina de vidrio, iluminada como los acuarios, justo al lado de la escalera. También estaba el señor Sütő a quien conozco bien, porque fue nuestro contable y administrador de otro almacén que teníamos al aire libre y que luego él nos compró. O por lo menos eso decimos. El señor Sütő no tiene problemas de tipo racial ni lleva estrella amarilla y, de hecho, nos ayuda en nuestra situación legal, según yo sé, porque es él quien sigue administrando nuestros bienes para que nosotros no tengamos que prescindir de la totalidad de los beneficios.

Lo saludé con más consideración que de costumbre, puesto que de alguna manera ahora estaba por encima de nosotros: mi padre y mi madrastra también eran más amables con él. Él, sin embargo, se empeñaba en tratar a mi padre como su jefe y a mi madrastra la seguía llamando «mi señora», como si nada hubiese ocurrido, y continuaba besándole la mano cada vez que la veía. Aquel día a mí también me recibió con su tono campechano de siempre; no hacía caso de mi estrella amarilla. Me quedé de pie al lado de la puerta, y ellos continuaron con lo que habían interrumpido por mi llegada. Estaban intentando llegar a un acuerdo sobre algo, según entendí. Al principio no sabía de qué hablaban. Cerré los ojos por un momento, puesto que todavía estaba medio cegado por la intensa luz de la cabina. Entonces mi padre dijo algo que me sorprendió, y abrí

los ojos. Observé el rostro redondo y moreno del señor Sütő, en el que destacaban un fino bigote, unos dientes grandes, muy blancos y ligeramente separados, y unas pequeñas manchas rojizas y amarillas, que parecían abscesos abriéndose. Mi padre dijo entonces algo sobre una «mercancía que convenía que el señor Sütő se llevara inmediatamente». El señor Sütő no tenía inconveniente, por lo que mi padre sacó un paquetito del cajón del escritorio que estaba envuelto en papel de seda y atado con un lazo. Entonces supe de qué mercancía se trataba: por su forma reconocí la caja que había en el paquete. La caja en la que guardábamos los objetos de valor y las joyas. Creo que lo llamaban mercancía para que yo no supiera de qué hablaban. El señor Sütő guardó enseguida el paquete en su cartera. A continuación, se enzarzaron en una pequeña discusión: el señor Sütő sacó su pluma estilográfica e insistió en firmar un recibo a mi padre por la mercancía. Mi padre respondió que se dejara de tonterías y que no necesitaba ningún papel. El señor Sütő estaba muy agradecido. «Ya sé que tiene usted confianza en mí, jefe, pero en la vida hay que seguir un orden y conservar ciertas formas», dijo. Después se dirigió a mi madrastra: «¿No opina usted lo mismo, mi señora?», preguntó, pero ella se limitó a sonreír y repuso que, por su parte, confiaba plenamente en las decisiones que ellos tomasen.

Cuando ya empezaba a aburrirme, el señor Sütő por fin se decidió a guardar su estilográfica y empezaron a hablar del tema del almacén. Debían tomar una decisión sobre el destino de todas aquellas tablas de madera. Mi padre opinaba que tenían que actuar inmediatamente, antes de que las autoridades «echaran mano al negocio», y le pidió al señor Sütő que con su experiencia profesional ayudara y aconsejara a mi madrastra en el asunto. «Naturalmente, mi señora. De todas formas, estaremos en contacto permanente por las cuentas», dijo el señor Sütő dirigiéndose a mi madrastra. Creo que se refería a nuestro antiguo almacén que ahora le pertenecía.

Finalmente, se despidió de nosotros. Retuvo la mano de mi padre durante un largo rato; la expresión de su rostro era seria y triste. Sin embargo, opinó que «no eran momentos para palabrerías».

«Hasta pronto, jefe», se despidió el señor Sütő. «Eso espero, señor Sütő», respondió mi padre con una leve sonrisa.

En ese momento, mi madrastra abrió su bolso de mano, extrajo un pañuelo y se lo llevó a los ojos, sollozando. Se produjo un silencio. La situación me resultó molesta, porque tuve la impresión de que yo también debía decir algo. Pero todo había acontecido con tanta rapidez que no se me ocurrió nada sensato. También el señor Sütő se sentía visiblemente incómodo. «Pero, mi señora, no haga esto, por favor. No debe hacerlo, de verdad que no», dijo, asustado.

Después se inclinó y casi dejó caer su boca en la mano de mi madrastra, para proceder a besarla como siempre. Corrió luego hacia la puerta y yo apenas tuve tiempo para hacerme a un lado. Se olvidó de despedirse de mí. Permanecimos en silencio escuchando sus lentos pasos por las escaleras de madera, hasta que mi padre dijo: «Bueno, ya está, otro peso que nos hemos quitado de encima».

Entonces, mi madrastra le preguntó, en un tono velado, si no habría sido mejor aceptar aquel recibo del señor Sütő. Mi padre le respondió que aquel recibo carecía de «valor práctico» e incluso sería más peligroso tenerlo escondido que guardar la caja. Le explicó que estábamos obligados a jugarlo todo a una sola carta y a tener plena confianza en el señor Sütő, puesto que, a esas alturas, no nos quedaba otra solución. Mi madrastra permaneció callada por un momento, pero luego continuó diciendo que, aunque mi padre tuviera razón, ella estaría más tranquila con «un recibo en la mano». No supo explicar bien por qué.

Mi padre estaba obsesionado por el tiempo, porque aún tenían muchas cosas que hacer. Quería entregar a mi madrastra los libros de cuentas del almacén para que pudiera controlar y mantener el negocio mientras él estuviera en el campo de trabajo. También intercambió unas palabras conmigo. Me preguntó si había tenido problemas en la escuela. Después me dijo que me sentara y que estuviera tranquilo hasta que ellos terminaran con los libros.

Claro, ese trabajo requería mucho tiempo. Al principio no lo tomé con tranquilidad. Pensaba en mi padre y en que se iría al día siguiente, y probablemente no volvería a verlo durante mucho tiempo. Al cabo de un rato me cansé de pensar en eso y, puesto que nada podía hacer por mi padre, empecé a aburrirme. Cansado de estar sentado en la misma posición, me levanté y, sólo por hacer algo, bebí agua del grifo. No me dijeron nada. Más tarde me fui a la parte trasera, entre las tablas de madera, para hacer pis. Regresé y me lavé las manos en la pila de azulejos y de grifo oxidado. Saqué el bocadillo de mi cartera y me lo comí. Volví a beber agua del grifo y tampoco me dijeron nada. Regresé a mi sitio, y allí permanecí mortalmente aburrido durante largo rato.

Era más de mediodía cuando salimos a la calle. Otra vez se me cegaron los ojos, me molestaba la luz tan brillante. Mi padre echó la llave a los dos cerrojos de hierro gris. Tuve la impresión de que se demoraba ex profeso en hacerlo. Le entregó las llaves a mi madrastra, diciéndole que él ya no las necesitaría. Mi madrastra abrió su bolso. Asustado, pensé que otra vez sacaría el pañuelo, pero se limitó a guardar las llaves. Nos dispusimos a caminar con muchas prisas. Pensé que regresaríamos a casa pero primero fuimos de compras. Mi madrastra tenía una larga lista de todo lo que mi padre podía necesitar en el campo de trabajo. La víspera había comprado ya una parte, pero aún faltaban algunas cosas. Yo me sentía un poco incómodo caminando a su lado: los tres llevábamos nuestras estrellas amarillas. Cuando iba solo, no me importaba llevarla e incluso me divertía pero cuando ellos me acompañaban, me molestaba. No podría explicar por qué. En todas las tiendas que recorrimos había mucha gente, excepto donde compramos la mochila, allí éramos nosotros los únicos clientes. El aire estaba cargado del fuerte olor de las tinturas utilizadas en la preparación de las telas. El tendero -un anciano de tez amarillenta y dientes postizos niveos que llevaba una codera en un brazo- y su mujer se mostraron muy amables con nosotros. Amontonaron gran cantidad de mercancías sobre el mostrador. Advertí que el tendero llamaba a su esposa -también anciana- «hija» y que la mandaba a ella en busca de los artículos. Yo ya conocía aquella tienda porque estaba cerca de nuestra casa pero hasta aquel día no había entrado en ella. Era una tienda de artículos de deporte, en la que también vendían otras cosas. Desde hacía un tiempo vendían incluso estrellas amarillas de fabricación propia debido a la escasez de tela amarilla. (Mi madrastra había conseguido las nuestras a su debido tiempo.) Las estrellas de la tienda, de tela amarilla, estaban fijadas a una cartulina recortada, con lo que resultaban mucho más bonitas que las caseras, que a menudo tenían las puntas desiguales. Observé que ellos también llevaban las mismas estrellas que vendían, como si desearan animar a los posibles compradores.

El tendero nos preguntó, disculpándose por el atrevimiento, si los artículos que estábamos comprando eran para un campo de trabajo. Mi madrastra le respondió que sí. El viejo asintió con la cabeza y nos miró con una expresión triste. Levantó sus viejas y manchadas manos y las dejó caer, con un gesto de pena, sobre el mostrador. Entonces mi madrastra le preguntó si tenían mochilas, puesto que necesitábamos una. El anciano tardó en responder, pero por fin dijo: «Para ustedes, seguramente habrá alguna. Trae del almacén una mochila, hija, para este señor».

La mujer volvió con una mochila que parecía buena y apropiada. El tendero envió una vez más a su mujer por algunas cosas que -en su opinión- mi padre «podría necesitar allá donde iba a ir». Hablaba con nosotros con mucho tacto y simpatía y trataba de evitar usar la expresión «trabajos obligatorios». Nos enseñó objetos muy útiles, como un recipiente hermético para la comida, un estuche que contenía una navaja y otros utensilios incorporados, un bolso muy práctico para colgar del hombro, cosas que -según decía- compraba la gente que se encontraba en «circunstancias parecidas».

Mi madrastra decidió adquirir la navaja para mi padre. También a mí me gustaba. Una vez escogido todo lo necesario, el tendero mandó a su esposa a la caja. Moviendo su cuerpo frágil, envuelto en un vestido negro, con bastante dificultad, la mujer se situó ante la caja que estaba sobre el mostrador, delante de un sillón acolchado. Después, el tendero nos acompañó hasta la puerta. Antes de despedirse dijo que esperaba tener la suerte de poder servirnos en otra ocasión y, dirigiéndose a mi padre, añadió: «De la manera que usted, señor, y yo deseamos».

Finalmente, nos dirigimos a nuestra casa, situada en un edificio grande de varias plantas, cerca de una plaza donde hay una parada de tranvías. Una vez en casa, mi madrastra se dio cuenta de que no habíamos recogido nuestra ración de pan. Tuve que regresar a la panadería. Esperé fuera hasta que llegó mi turno y luego entré en la tienda. La panadera, una mujer rubia y tetuda, cortaba el pedazo de pan que correspondía a cada ración y luego su marido lo pesaba. No me devolvió el saludo. Era sabido en el barrio que no le caían bien los judíos; por eso también nuestra ración de pan pesaba siempre algo menos de lo que nos correspondía. Según se decía, de esta forma él se quedaba con una parte del pan racionado. De alguna manera, quizá por su mirada airada y sus movimientos decididos, comprendí las razones de su animadversión hacia los judíos: si hubiera sentido simpatía por ellos, habría tenido la desagradable sensación de estar engañándolos. Por lo tanto, actuaba por convicción, guiado por la justicia y la verdad que emanan de unos ideales, lo cual era completamente diferente.

Tenía prisa por llegar a casa porque estaba hambriento, así que sólo intercambié unas pocas palabras con Annamária, que bajaba por las escaleras cuando yo me disponía a subir. Ella vive en el mismo piso que nosotros, en la casa de los Steiner, con quienes ahora nos reunimos todas las noches en casa de los Fleischmann. Antes, no hacíamos el menor caso de los vecinos, pero desde que sabemos que somos de la misma raza, intercambiamos ideas sobre nuestro futuro. Habitualmente, nosotros dos hablamos de otras cosas; así me enteré de que la señora y el señor Steiner son sus tíos; sus padres están ahora arreglando los papeles del divorcio, y como todavía no han decidido qué van a hacer con ella, la han mandado a vivir con sus tíos. Antes, por la misma razón, ha estado en un internado, como yo. Tiene unos catorce años. Su cuello es muy largo. Debajo de su estrella amarilla ya le han empezado a crecer los senos. Aquel día ella también iba a la panadería. Me preguntó si quería jugar a las cartas por la tarde con ella y las dos hermanas que viven en el piso de arriba, con las que Annamária ha entablado amistad. Yo apenas las conozco, pues sólo las he visto algunas veces en la escalera y en el refugio antiaéreo del sótano. La más pequeña debe de tener unos once o doce años. La mayor, según Annamária, tiene la misma edad que ella. A veces, desde una habitación de nuestra casa cuyas ventanas dan al interior, la veo pasar por el pasillo. También me he cruzado con ella un par de veces en el portal. Deseaba conocerla mejor y ésa era una buena oportunidad. Pero de repente me acordé de mi padre y le dije a Annamária que no podía ir porque lo habían destinado a trabajos obligatorios. Me respondió que había oído a su tío comentar algo sobre ello.

Después de permanecer un rato en silencio ella volvió a hablar: «¿Qué tal mañana?». «Mejor pasado -contesté yo, y luego añadí-: quizá.»

Cuando llegué a casa, mi padre y mi madrastra estaban sentados a la mesa. Ella me sirvió la comida y me preguntó si tenía hambre. Sin detenerme a pensar le contesté que tenía muchísima hambre, y así era en verdad. Me llenó el plato, y ella apenas se sirvió. Yo no me di cuenta, pero mi padre sí y le preguntó por qué hacía eso. Ella repuso que en aquel momento su estómago era incapaz de ingerir cualquier alimento. Entonces me di cuenta de mi comportamiento erróneo. Mi padre manifestó que no estaba de acuerdo con ella. No debía abandonarse, justo en ese momento cuando más iba a necesitar su fuerza y su firmeza. Mi madrastra no respondió; cuando levanté la vista comprobé que estaba llorando. Me sentí otra vez tan incómodo que clavé la mirada en mi plato. No obstante, con el rabillo del ojo vi el gesto de mi padre, cogiéndola de la mano. Permanecieron un minuto en silencio. Levanté la vista y vi que continuaban cogidos de la mano, mirándose fijamente como hombre y mujer. Eso nunca me ha gustado. Ya sé que es algo muy natural, al fin y al cabo, pero a mí no me gusta y nunca he sabido por qué.

Cuando reanudaron la charla me sentí liberado. Volvieron a mencionar al señor Sütő, la caja y el almacén. Mi padre parecía tranquilo al haber puesto todo «en buenas manos». Mi madrastra se mostró de acuerdo con él aunque volvió a referirse brevemente a una «garantía», para evitar que todo quedara en unas palabras de confianza que quizás eran insuficientes. Mi padre se encogió de hombros, y le respondió que en aquellos tiempos no sólo en los negocios ya no había garantías sino tampoco en otros aspectos de la vida. Mi madrastra soltó un profundo suspiro, con el que dio a

entender que se había convencido; se disculpó por haber mencionado el asunto y le pidió a mi padre que no hablara de esa forma. Él dijo entonces que no sabía cómo se las arreglaría mi madrastra para resolver ella sola los problemas que se le iban a plantear en tiempos tan difíciles como aquellos. Ella respondió que no estaría sola, que contaría con mi ayuda. «Nosotros dos -dijo- nos ocuparemos de todo hasta tu regreso. -Se volvió hacia mí, con la cabeza ligeramente inclinada, y añadió:- ¿Verdad que sí?» Estaba sonriente pero sus labios temblaban. Le dije que sí. Mi padre me miró con ternura. Eso me conmovió y quise hacer algo por él; aparté mi plato y, al instante, me preguntó si ya no quería comer más. Le respondí que no tenía apetito y me pareció que eso le agradaba porque me acarició la cabeza. El contacto físico me produjo un nudo en la garganta; no eran ganas de llorar sino más bien una sensación de malestar. Hubiera preferido que mi padre ya no estuviera allí. Era una sensación desagradable pero tan nítida que no podía pensar en otra cosa. Cuando ya estaba a punto de echarme a llorar, llegaron los invitados.

Mi madrastra ya nos había advertido que vendrían sólo los familiares más próximos. Al oír el timbre, mi padre hizo un gesto de resignación. «Quieren despedirse de ti -explicó mi madrastra-, es natural.»

Eran la hermana mayor de mi madrastra y su madre. Pronto llegaron también los padres de mi padre, es decir mis abuelos. A mi abuela la acomodamos en un sofá, porque apenas ve, ni siquiera con sus gruesas gafas, y tampoco oye bien. Sin embargo, le gusta enterarse de todo y participar en los acontecimientos. Así pues, da mucho trabajo, por una parte porque hay que repetírselo todo, gritándole al oído y por otra porque hay que impedir hábilmente que intervenga demasiado y ocasione problemas.

La madre de mi madrastra llevaba un sombrero muy belicoso, en forma de cono, con una pluma en el ala. Se lo quitó al llegar, y descubrió su hermosa cabellera blanca, recogida con un pequeño lazo. Tiene una cara delgada y cetrina, ojos grandes y oscuros; la piel de su cuello es tan flácida que casi le cuelga. A mí me recuerda a un perro de caza inteligente y astuto. Sacude continuamente la cabeza con un ligero temblor. Fue ella quien cumplió con la tarea de prepararle la mochila a mi padre ya que tiene mucha práctica en ese tipo de quehaceres. Se dispuso inmediatamente a cumplir con la labor, siguiendo la lista que mi madrastra le había entregado.

La hermana de mi madrastra, en cambio, nos fue poco útil. Mucho mayor que mi madrastra, no se parece a ella ni siquiera físicamente; cuesta creer que sean hermanas. Ella es gordita y bajita y tiene una expresión constante de asombro en el rostro. Habló sin parar y nos abrazó a todos, gimoteando. Me costó quitarme de encima sus senos blandos que olían a polvos de tocador. Cuando se sentó, la masa de carne de su cuerpo cayó sobre sus regordetes muslos. No puedo olvidarme de mi abuelo. Se quedó de pie, junto al sofá donde estaba sentada su mujer, escuchando sus quejas con un rostro paciente e impasible. Los primeros lloriqueos de mi abuela fueron por mi padre, luego se olvidó de él y empezó a preocuparse por sus propios achaques. Le dolía la cabeza y se quejaba de los zumbidos que sentía en los oídos a causa de su hipertensión. Mi abuelo está tan acostumbrado que no le hace ni caso, pero no se movió de su lado ni un instante. No le oí decir nada, pero allí estaba, de pie en el mismo sitio siempre que lo miraba, en el mismo rincón que se hacía más y más oscuro según iba avanzando la tarde. Al final la luz amarillenta y apagada sólo le iluminaba un poco la frente descubierta y la nariz aguileña, mientras que sus ojos y la parte inferior de su rostro se perdían en la sombra. Con los movimientos rápidos de sus minúsculos ojos lo observaba todo, sin que él fuera visto por los demás.

También llegó una prima de mi madrastra junto con su marido, tío Vili, que lleva un zapato con la suela más gruesa debido a un ligero defecto en una pierna. Ésta es también la razón de su situación privilegiada: no puede ser enviado a trabajos obligatorios. Tío Vili es calvo y su cara tiene forma de pera: más ancha y redondeada arriba, y más estrecha en la barbilla. Sus opiniones son muy respetadas en la familia, puesto que, antes de abrir un local de apuestas de quinielas hípicas, trabajó como periodista. Enseguida se puso a comentar las últimas noticias que había tenido de «fuentes de toda solvencia», y que según él eran absolutamente ciertas. Se sentó en un sillón, extendió su pierna enferma hacia delante y, mientras se frotaba las manos con un ruido seco, nos informó que en breve

se producirían «cambios fundamentales en nuestra situación», puesto que se habían iniciado negociaciones secretas sobre nosotros entre los alemanes y los aliados, con intermediarios neutrales.

Los alemanes, explicó el tío Vili, habían reconocido que su situación en los frentes era desesperada. En su opinión, nosotros, los miembros de la comunidad judía de Budapest, les veníamos de perlas para conseguir ventajas frente a los aliados, quienes seguramente harían todo lo posible por nosotros. Aquí mencionó un «factor decisivo» que había conocido en su época de periodista y al que se refirió como «la opinión pública mundial», que, según él, estaba conmovida por lo que nos ocurría. No cabía duda de que las negociaciones serían duras, prosiguió, y buena prueba de ello era la dureza de las últimas medidas tomadas contra nosotros. Todo era consecuencia natural de «una jugada en la cual nosotros seríamos utilizados como simples peones en una gran maniobra internacional de chantaje». También añadió que él sabía perfectamente lo que estaba pasando «entre bastidores», y que sólo era «una fanfarronería espectacular» para alcanzar ventajas en la negociación. Concluyó diciendo que debíamos tener un poco de paciencia, hasta que «los acontecimientos llegaran a su desenlace».

Después de su discurso, mi padre le preguntó si el desenlace podría producirse antes del alba y si él debía considerar su citación «como una simple fanfarronería» y, por lo tanto, no presentarse en el campo de trabajo.

«No, claro que no», respondió tío Vili, un tanto desconcertado. Después siguió diciendo que estaba seguro de que mi padre regresaría a casa muy pronto. «Estamos llegando a la hora doce -dijo, frotándose las manos sin parar-. ¡Ojalá hubiera hecho yo apuestas tan seguras antes! Ahora no sería un pobretón.»

Le habría gustado seguir hablando, pero la madre de mi madrastra acababa de terminar con la mochila de mi padre, y éste se levantó para pesarla.

Por último llegó el hermano mayor de mi madrastra, el tío Lajos, quien ocupa un lugar importante en la familia, aunque no podría decir bien por qué. Enseguida quiso hablar con mi padre a solas. Observé que mi padre estaba nervioso y trataba de evitarlo aunque sin ofenderlo. Entonces, inesperadamente se dirigió a mí para decirme que quería «intercambiar unas palabras conmigo». Me arrastró a un rincón apartado del salón, junto a un armario, y se paró frente a mí. Empezó diciéndome que, como yo sabía, mi padre se marcharía al día siguiente. Le dije que estaba al corriente de todo. Entonces, quiso saber si iba a echar de menos a mi padre. Su pregunta me enervó un poco. «Naturalmente -contesté, y como me pareció una respuesta insuficiente, añadí-: lo echaré mucho de menos.» El tío Lajos empezó a mover la cabeza, con una expresión muy triste.

Después, me enteré de unas cuantas cosas interesantes y sorprendentes, como el hecho de que una etapa de mi vida que él llamaba «los años felices y despreocupados de la infancia» habían terminado para mí ese día tan aciago. Estaba convencido de que yo no había considerado la cuestión de esa forma. Reconocí que tenía razón. Sin embargo, continuó, sus palabras seguramente no me sorprendían. Le volví a dar la razón. Entonces me aclaró que con la ausencia de mi padre mi madrastra se quedaría sin apoyo; aunque la familia nos «echaría siempre una mano», de ahora en adelante yo sería su principal apoyo. Por ese motivo yo tendría que aprender antes de tiempo qué eran «la preocupación y la renuncia». A partir de ahora, no viviríamos tan desahogadamente como antes, y eso no me lo quería ocultar, puesto que hablaba conmigo «de adulto a adulto». «De ahora en adelante -dijo-, tú también serás partícipe del destino común de los judíos.»

Me explicó entonces que ese destino era «una persecución constante desde hacía milenios, que los judíos teníamos que aceptar con paciencia y resignación», puesto que Dios nos lo había impuesto por los pecados que habíamos cometido en tiempos pasados; así pues, sólo de Él podíamos esperar la gracia, mientras Él esperaba que en esos momentos difíciles nosotros, «acorde con nuestras fuerzas y capacidades», nos mantuviéramos firmes en el lugar que Él nos había designado. En mi caso, por ejemplo, como pude enterarme por mi tío, tendría que desempeñar en el futuro el papel de cabeza de familia. Me preguntó si sería lo bastante fuerte para ese papel. Yo había comprendido perfectamente el hilo de sus pensamientos en todo lo que había dicho sobre los

judíos, su pecado y su Dios, pero sus palabras me emocionaron. Así pues, respondí afirmativamente. Él parecía contento. «Muy bien -dijo-, sabía que eras un muchacho inteligente, de sentimientos profundos y gran sentido de la responsabilidad.» Tras añadir que eso le consolaba en medio de tanta desgracia, me agarró la mandíbula con sus dedos peludos y húmedos de sudor y levantó mi cara para decirme en tono tembloroso: «Tu padre se está preparando para un largo viaje. ¿Has rezado por él?». Ante su expresión tan grave me invadió un sentimiento de culpa por haber descuidado algo relacionado con mi padre: no se me había ocurrido rezar por él. Inmediatamente ese sentimiento empezó a pesarme y, deseando cumplir con mi deber, le confesé que no lo había hecho. «Entonces, ven conmigo», me indicó. Lo seguí hasta una habitación exterior que daba al patio. Allí nos dispusimos a rezar, en medio de muebles destartados, que no tenían uso alguno. El tío Lajos se puso una gorrita de tela negra reluciente sobre la calva. Yo tuve que ir al vestíbulo a buscar mi gorro. Después, sacó de un bolsillo de su abrigo un librito de tapa negra con bordes rojos, y de otro bolsillo, sus gafas. Comenzó a leer las oraciones, deteniéndose para que yo repitiera todo lo que él decía. Al principio, lo hice bien, pero terminé por cansarme; me molestaba no entender una palabra de lo que decíamos a Dios, lógicamente en hebreo, idioma que yo desconozco. Para poder seguir sus palabras, tenía que fijarme en los movimientos de su boca; eso es lo único que recuerdo de aquellos momentos: sus labios carnosos, húmedos y movedizos y el sonido de un idioma desconocido que yo mismo emitía. También recuerdo que, a través de la ventana, por encima de los hombros del tío Lajos, vi a la hermana mayor que iba deprisa por el pasillo, hacia su casa. Creo que entonces me equivoqué en el texto. Al final, el tío Lajos parecía contento, y la expresión de su rostro me hizo pensar que de verdad habíamos hecho algo por mi padre. Eso era preferible al sentimiento pesado y apremiante que me había embargado hacía unos instantes.

Cuando regresamos al salón, ya era de noche. Cerramos las ventanas cubiertas de papel para que no se vieran las luces en caso de ataque aéreo: la noche azul y húmeda de primavera había quedado fuera, y nosotros, allí encerrados. El ruido de las conversaciones me cansaba y el humo de los cigarrillos me molestaba en los ojos. Tuve que bostezar repetidas veces. La madre de mi madrastra puso la mesa. Ella misma había traído la cena en un gran bolso. En cuanto llegaron, nos dijo que había conseguido carne en el mercado negro. Mi padre le dio dinero de su cartera de cuero. Estábamos todos sentados alrededor de la mesa, cuando llegó el señor Steiner junto con el señor Fleischmann, ellos también querían despedirse de mi padre. «Por favor, no se molesten. Me llamo Steiner -se presentó-. No se levanten, por favor.»

Llevaba las mismas pantuflas descosidas, el chaleco desabrochado que dejaba al descubierto su prominente vientre, y en la boca el eterno puro maloliente. Su cara roja y grande, contrastaba con el aspecto infantil que le daba su peinado con la raya en el medio.

Al señor Fleischmann casi no se le veía a su lado: es bajito, de aspecto muy cuidado, tiene el pelo blanco y la piel gris. Usa unas gafas como ojos de lechuza y una expresión ligeramente preocupada. Él no abrió la boca; se quedó al lado del señor Steiner, chasqueando los dedos, como disculpándose probablemente por su amigo, pero tampoco estoy muy seguro. Los dos viejos son inseparables, aunque estén siempre discutiendo, ya que nunca están de acuerdo en nada. Los dos estrecharon la mano de mi padre. El señor Steiner le dio además unas palmaditas en el hombro y lo llamó «muchacho». También soltó su chiste de costumbre: «Abajo esa moral, y no perdamos la desesperanza». Dijo luego que cuidarían de nosotros, de mí y de la «señora», o sea de mi madrastra; el señor Fleischmann asentía vivamente con la cabeza. El señor Steiner miraba a mi padre con ojos parpadeantes. De pronto lo atrajo hacia él y lo abrazó.

Cuando se marcharon, todo se ahogó en el ruido de los cubiertos, de las conversaciones y en el humo de la comida y de los cigarrillos. A mí me llegaban sólo fragmentos de imágenes entrecortadas e inconexas de una cara o un gesto que se desprendían del espeso humo alrededor. Veía la cara huesuda, amarillenta y temblorosa de la madre de mi madrastra, cuando iba sirviendo la comida en los platos; luego las dos manos del tío Lajos que rechazaban la carne porque era de cerdo y, por lo tanto, prohibida por la religión; los mofletes regordetes, la mandíbula movediza y los ojos húmedos de la hermana de mi madrastra. De repente, vi con claridad la cabeza calva y rosada

del tío Vili bajo la luz de la lámpara y escuché hilachas de sus aseveraciones; recuerdo también las palabras del tío Lajos, pronunciadas en medio de un silencio profundo y solemne, con las cuales pedía que Dios nos ayudase, para que «podamos, lo más pronto posible, reunirnos otra vez alrededor de esta mesa, todos juntos, en paz, salud y amor».

Apenas veía a mi padre, y en cuanto a mi madrastra, sólo me enteré de que todos estaban pendientes de ella, incluso más que de mi padre, y de que le dolía la cabeza. Alguien le preguntó si quería una aspirina o una compresa de agua fría pero ella no quiso nada.

A ratos, me llamaba la atención mi abuela, que siempre estaba alborotando: había que llevarla una y otra vez al sofá. Me acuerdo de sus ojos cegatos que parecían insectos segregando líquidos detrás de los cristales de sus gafas, empapados por el vaho. En un momento dado, todos nos levantamos de la mesa y entonces empezaron las despedidas definitivas. Mis abuelos fueron los primeros en marcharse, antes que la familia de mi madrastra. Quizás el recuerdo más memorable de toda aquella velada fue ver a mi abuelo que por primera vez llamaba la atención de todos: levantó su minúscula cabeza de pájaro y, de manera incontrolada, la apoyó sobre el pecho de mi padre. Su cuerpo, encogido, se estremeció. Luego, se abrió paso para salir, casi arrastrando a mi abuela del brazo. Algunos de los invitados me abrazaron; sentí la huella húmeda de sus labios en mi cara. Finalmente, se hizo el silencio; se habían ido todos.

Entonces, yo también me despedí de mi padre o, mejor dicho, él de mí. No lo sé muy bien, no recuerdo las circunstancias: mi padre probablemente había salido a acompañar a los invitados porque durante un tiempo permanecí solo al lado de la mesa, cubierta con los restos de la cena, y sólo me sobresalté cuando él regresó, solo. Quería despedirse de mí. «Mañana al alba ya no habrá tiempo para despedidas», dijo. Me repitió más o menos las mismas palabras que el tío Lajos sobre mi responsabilidad digna de una persona adulta, sólo que fue más breve. No mencionó a Dios y sus palabras reflejaron menos emoción. También me habló de mi madre; me dijo que seguramente intentaría atraerme con promesas para que fuera a vivir con ella. Se notaba que eso le preocupaba. Los dos habían peleado durante mucho tiempo por mi custodia, y al final la decisión del juez resultó favorable a mi padre: comprendía que él no quería perder sus derechos sobre mí, sólo por su situación de desventaja. Sin embargo, no alegaba la decisión judicial sino mi actitud respecto al trato diferente de mi madrastra, que había creado para mí «un verdadero hogar», mientras que mi madre me había «abandonado». Empecé a prestar más atención, puesto que mi madre no opinaba lo mismo sobre esa cuestión. Según ella, el culpable había sido mi padre, y ella se había visto obligada a buscar otro marido, un tal señor Dini (en realidad, Dénes), quien, por cierto, también había partido la semana anterior hacia los campos de trabajo.

No pude enterarme de nada más sobre aquel asunto porque mi padre empezó a hablar otra vez de mi madrastra diciendo que tenía que agradecerle que me hubiese sacado del internado, y que mi lugar estaba «en casa, a su lado». Estuvo hablando de ella durante mucho rato, y comprendí por qué no estaba ella delante: sus palabras la hubiera cohibido. A mí, me cansaban. No sé muy bien qué le prometí a mi padre. Al instante me encontré entre sus brazos y su contacto me cogió de improviso. Lloré, no sé si por eso o por otro motivo, por el agotamiento o porque desde aquella pequeña charla que mi madrastra me había dado por la mañana me había estado preparando para ello. Cualquiera que fuera la razón estuvo bien que así sucediera, y me pareció que mi padre también se sentía aliviado. Luego me dijo que me acostara, estaba ya bastante cansado. «Bueno -pensé-, por lo menos se va con el recuerdo de un bonito día, el pobre.»

2

Han pasado dos meses desde que despedimos a mi padre; ya es verano aunque en la escuela nos dieron las vacaciones mucho antes, cuando todavía estábamos en primavera a causa de la guerra. Los aviones sobrevuelan y bombardean la ciudad a menudo. Asimismo se han proclamado nuevas leyes sobre los judíos: desde hace dos semanas yo también estoy obligado a trabajar. Me lo comunicaron en una nota oficial: «Se le ha asignado un puesto de trabajo permanente». El destinatario era «György Köves, joven aprendiz», por lo que me di cuenta de que las juventudes nacionalsocialistas estaban detrás del asunto. Ya me habían contado que a los hombres que no podían ser destinados a trabajos obligatorios a causa de la edad, se les adjudicaba una tarea en fábricas y otros establecimientos. Conmigo hay otros dieciocho muchachos, por las mismas razones y de mi misma edad. Trabajamos en la isla de Csepel, en la refinería de petróleo Shell. Esto me proporciona la ventaja de poder traspasar las fronteras de la capital, derecho que tenemos vedado todos los que llevamos una estrella amarilla. Ahora poseo un pase oficial con el sello del comandante de la fábrica militar, que indica: «Autorizado a traspasar la frontera de la aduana de Csepel».

En cuanto al trabajo, no puedo decir que sea difícil y con la compañía de los muchachos incluso es divertido; se podría decir que somos auxiliares de albañil: tenemos que reparar los daños causados por un ataque aéreo que destrozó parte de la refinería. El capataz que nos dirige es muy justo con nosotros; al final de la semana nos entrega nuestro salario, como a los obreros regulares. Mi madrastra se alegró mucho con el pase, pues estaba muy preocupada. Cada vez que me dirigía hacia algún lugar se preguntaba cómo podría acreditar mi identidad en caso de ser necesario. Ahora ya no tiene por qué inquietarse puesto que el pase da fe de que desempeño un papel importante en la producción. Toda la familia opina lo mismo, excepto su hermana, quien se lamentó de que tuviera que realizar un trabajo físico. Con los ojos casi en lágrimas me preguntó si para eso había estudiado tanto en el colegio. Le contesté que pensaba que aquel trabajo era saludable.

El tío Vili me dio la razón y el tío Lajos dijo que teníamos que aceptar todo lo que Dios nos impusiese, con lo cual ella terminó por callarse. El tío Lajos me llamó aparte para decirme, en tono grave, que no debía olvidar que en mi trabajo yo no estaba solo sino que representaba a «toda la comunidad judía» y que mi comportamiento debía ser intachable, puesto que no sólo me juzgarían a mí sino a todos los judíos. Por supuesto, no se me había ocurrido planteármelo así, pero reconocí que podía tener razón.

Mi padre nos envía regularmente cartas desde el campo de trabajo. Gracias a Dios no tiene problemas de salud, lo soporta bien y el trato que recibe es, como dice, «humano». La familia está contenta del contenido de sus cartas. El tío Lajos opina que Dios no lo ha abandonado y que no lo hará si rezamos a diario, puesto que Él es nuestro Señor. El tío Vili asegura que tendremos que aguantar «un corto período transitorio», puesto que el desembarco de las tropas de los aliados «ha sellado definitivamente el destino de los alemanes».

Hasta ahora, con mi madrastra también me las he podido arreglar sin problemas. Ahora está condenada a la inactividad: tuvimos que cerrar el almacén porque, según las últimas disposiciones legales, nadie puede tener negocios si no tiene la sangre limpia. Parece, sin embargo, que aquella única carta que mi padre jugó con el señor Sütő fue una buena carta: como le prometió a mi padre, todas las semanas nos trae la parte que le corresponde a mi madrastra de los beneficios de nuestro ex almacén que ahora es suyo. La última vez que vino dejó una suma considerable sobre la mesa. Como siempre, le besó la mano a mi madrastra e intercambié conmigo unas cuantas palabras amables. Preguntó también por «el jefe», como solía hacer. Cuando estaba a punto de marchar se acordó de algo; sacó, un tanto cohibido, un paquete de su cartera. «Espero, mi señora -dijo-, que esto les venga bien.» En el paquete había manteca, azúcar y otras provisiones. Me imagino que los

habrá comprado en el mercado negro, quizá porque habrá leído que según las últimas disposiciones los judíos teníamos que conformarnos con raciones reducidas de alimentos. Mi madrastra trató primero de rehusar los regalos, pero el señor Sütő insistió y, al final, ella los aceptó de una manera natural. Cuando nos quedamos solos, me preguntó si había hecho bien en aceptar. Yo opinaba que sí, puesto que de otro modo habría ofendido al señor Sütő, quien sólo quería su bien. Ella estuvo de acuerdo y dijo que probablemente mi padre también lo estaría. De todas formas, ella lo sabrá mejor que yo.

A mi madre la veo dos veces por semana, las dos tardes que le corresponden desde siempre. Con ella tengo más problemas. Como mi padre había supuesto, no entiende que mi lugar esté ahora al lado de mi madrastra. Dice que le «pertenezco» a ella, puesto que ella es mi madre verdadera. Sin embargo, según yo sé, la decisión judicial favoreció desde un principio a mi padre, por lo que tengo que atenerme a sus disposiciones. El último domingo mi madre me estuvo interrogando para conocer mi opinión al respecto. Según ella, sólo importan mi voluntad y mis sentimientos, si la quiero o no la quiero. Le contesté que por supuesto que la quería. Entonces me explicó que querer a una persona significa desear estar junto a ella, y que su impresión era que yo prefería estar junto a mi madrastra. Intenté hacerle comprender que no era así, que yo no prefería a mi madrastra, sino que estaba a su lado porque respetaba la decisión de mi padre. Por último me dijo que se trataba de mi vida y que sólo yo debía decidir sobre ella, pero que «el querer no se demuestra con palabras sino con actos». Me quedé bastante preocupado: no puedo permitir que piense que no la quiero pero tampoco puedo tomar al pie de la letra todo lo que me dijo sobre la importancia de mi voluntad y de las decisiones que, según ella, debería tomar sobre mi vida. Al fin y al cabo, es un problema que tienen ellos dos, y yo no puedo decidir nada al respecto. Además, no puedo arrebatarle sus derechos a mi padre, y menos ahora, que el pobre está en el campo de trabajo. Me sentí molesto al tener que dejarla porque siento verdadero afecto por ella y me preocupa no poder hacer nada.

Guiado quizá por ese sentimiento, no me decidía a despedirme de ella. Tuvo que decirme que me fuera, pues se hacía tarde, y me recordó que con la estrella amarilla sólo se puede circular por la calle hasta las ocho. Le expliqué que, al tener el pase, las disposiciones eran menos estrictas.

En el tranvía subí al último vagón y me quedé de pie en la parte trasera, obedeciendo así las órdenes relativas al uso del transporte público para los judíos. Eran casi las ocho cuando llegué a casa; la noche era todavía clara, pero la gente ya empezaba a cerrar las ventanas cubiertas con papel negro o azul. Mi madrastra estaba impaciente, pero sólo por costumbre, puesto que al fin y al cabo sabe que tengo el pase. Pasamos la noche en casa del señor Fleischmann, como casi siempre. Los dos viejos están bien y siguen discutiendo por todo; no obstante, ambos coincidieron en las ventajas que me proporciona el pase. Hasta cuando quieren ayudar discuten, como ocurrió cuando les pregunté cómo se iba a la isla de Csepel, puesto que ni yo ni mi madrastra lo sabíamos. El señor Fleischmann me aconsejó que cogiera el tren de cercanías, mientras que el señor Steiner decía que el autobús era mejor, porque me dejaría justo a la entrada de la refinería, en tanto que el tren paraba más lejos. Todo eso era verdad, según tuve la ocasión de comprobar más tarde, pero entonces todavía no lo sabía. El señor Fleischmann se enfadó mucho. «Siempre se tiene que salir con la suya», dijo, refiriéndose al señor Steiner. Al final, tuvieron que intervenir sus obesas esposas.

Cuando se lo conté a Annamária nos reímos mucho. Con ella he llegado a una situación un tanto peculiar. Los hechos que narraré a continuación ocurrieron anteayer durante la alarma aérea de la noche del viernes, en el refugio, más exactamente en uno de los pasillos oscuros del refugio. Al principio, sólo quise enseñarle que desde allí era más interesante observar los acontecimientos. Cuando oímos una bomba que caía muy cerca, su cuerpo empezó a temblar. Pude percibirlo porque, con el susto, se había agarrado a mí y había puesto sus brazos alrededor de mi cuello, escondiendo su rostro en mi hombro. Sólo recuerdo que luego busqué sus labios. Fue una sensación tibia, húmeda y ligeramente pegajosa que me alegró y sorprendió a la vez, puesto que era mi primer beso a una chica y ni siquiera me lo esperaba.

Ayer, en la escalera, me confesó que ella también se había sorprendido. «La bomba lo explica todo», dijo. En el fondo, tenía toda la razón. Nos volvimos a besar. Entonces me enseñó, moviendo su lengua en mi boca, a conseguir una sensación aún más placentera.

Anoche también estuvimos a solas. En casa del señor Fleischmann nos fuimos a una habitación solitaria para ver los peces del acuario, como siempre acostumbábamos hacer. Claro que esta vez no fuimos sólo para ver los peces, sino también para hacer uso de nuestra lengua. Regresamos pronto, porque Annamária tenía miedo de que nos descubrieran sus tíos.

Más tarde, en una conversación me dijo cosas interesantes sobre mí. Reconoció que no se había imaginado que un día llegaría a «significar» para ella algo más que «un buen amigo». Cuando nos presentaron, pensó que yo no era más que un adolescente. Pero después, al conocerme mejor, se despertó en ella un interés por mí, quizá porque teníamos unas circunstancias familiares similares y por algunos comentarios que le hicieron pensar que nuestras opiniones eran parecidas, pero que tampoco entonces se imaginaba nada más que eso.

«Parece que tuvo que ocurrir así», dijo, con un aire pensativo. Al ver su expresión extraña, casi severa, no quise contradecirla, aunque pensara que ella había acertado al decir que la bomba había sido la razón de todo. De todas formas, tampoco puedo saberlo con total certeza, y está claro que a ella le complace su versión.

Nos despedimos bastante temprano, porque al día siguiente tenía que trabajar. Al darme la mano me clavó ligeramente las uñas; comprendí que era una insinuación sobre nuestro secreto, y su rostro parecía decirme: «Todo está bien».

Sin embargo, la tarde siguiente se portó de una manera extraña. Cuando regresé del trabajo, me lavé, me cambié de camisa y de zapatos, me arreglé el pelo con un peine mojado y me fui a la casa de las hermanas. Últimamente vamos casi todas las tardes, Annamária se las había arreglado para que nos invitaran, según lo tenía planeado. Su madre me recibió con simpatía. (Su padre cumple también trabajos obligatorios.) Tienen un piso amplio, con balcón, bonitas alfombras, varias habitaciones grandes y una más pequeña que es la de las hermanas. Está llena de juguetes para niñas, muñecas y hasta tiene un piano. Normalmente jugamos a las cartas, pero esta vez la hermana mayor no tenía ganas; quería hablar con nosotros sobre un problema que le preocupaba: la estrella amarilla le causaba quebraderos de cabeza. Había notado un cambio en «las miradas de la gente» desde que llevaba la estrella. Las personas ya no la trataban como antes y ella veía en sus miradas que la «odiaban». Aquella mañana también había tenido la misma sensación, cuando, por encargo de su madre, había ido a la compra. Yo creo que exagera; mi experiencia, por lo menos, no coincide con la suya. En el trabajo, sin ir más lejos, todo el mundo sabe que hay algunos albañiles que no soportan a los judíos, pero con nosotros, conmigo y con los otros muchachos, se han hecho casi amigos. Por otra parte, este hecho no influye en sus opiniones, claro que no. Me acordé también del caso de los panaderos e intenté explicarle que no la odiaban a ella como persona, puesto que ni siquiera la conocían, sino más bien la idea de que era «judía». Entonces reconoció que ella también había llegado a la misma conclusión, pero que no comprendía nada, puesto que no sabía exactamente qué significaba ser judío. Annamária le dijo que, como todos sabíamos, se trataba de una religión. Pero a ella no le preocupaba eso, sino su significado. «Al fin y al cabo uno tiene derecho a saber por qué le odian», opinó.

Nos dijo que al principio se había sentido sorprendida y muy dolida de que la despreciaran «simplemente por ser judía». Entonces tuvo por primera vez una sensación clara de que algo la separaba de la gente, que ella era de alguna manera distinta. Reflexionó sobre el tema, buscó información en libros y conversaciones y llegó a la conclusión de que justamente por eso la odiaban. Su opinión era que «nosotros, los judíos, éramos distintos a los demás» y que eso era lo más importante; ahí radicaba la diferencia y el origen del odio de la gente. También nos explicó que se le hacía muy extraño vivir siendo «consciente de esa diferencia», que sentía cierto orgullo y al mismo tiempo cierta vergüenza. Quería saber qué pensábamos nosotros sobre aquello que constituía nuestra diferencia y nos preguntó si sentíamos orgullo o vergüenza. Su hermana menor y

Annamária no sabían qué responder. Yo tampoco me había planteado las cosas de ese modo. De todas formas, nosotros no podemos decidir sobre nuestras diferencias o similitudes; justamente para eso sirve la estrella amarilla, según mi parecer y así se lo di a entender. Pero ella se empeñaba, diciendo que las diferencias estaban «dentro de nosotros». Yo creo que importa más lo que llevamos por fuera. Durante largo rato intentamos aclarar el asunto: no sé por qué, la verdad es que yo no le daba tanta importancia. Sin embargo, había en sus palabras algo que me irritaba. A mí me parece que todo es mucho más sencillo. Claro, también quería destacar yo en la conversación. Un par de veces quiso intervenir Annamária, pero no pudo: nosotros dos no le hacíamos mucho caso.

Para defender mi opinión le puse un ejemplo sobre el cual había reflexionado simplemente, para matar el tiempo. Hacía poco, había leído una novela sobre un príncipe y un mendigo que, aparte de esta única diferencia, eran casi idénticos. Por pura curiosidad decidieron intercambiar sus destinos, convirtiéndose el mendigo en príncipe de verdad y el príncipe en mendigo. Le dije a la muchacha que, aunque no era muy probable que eso sucediera, tratara de imaginarse en una situación similar. Supongamos que le hubiera ocurrido cuando todavía era un bebé, cuando todavía no sabía hablar ni podía acordarse de nada; entonces podían haberla intercambiado con una niña de otra familia que no tuviera problemas raciales. Aquella otra niña sería entonces la que se sentiría diferente y llevaría la estrella amarilla correspondiente, mientras que ella se sentiría igual que los demás, y los demás también la considerarían así. De esta forma, ella no estaría preocupada por esa diferencia ni sería consciente de ella. Me pareció que la había impresionado porque primero calló y después abrió la boca, como si quisiera decir algo: sus labios se movían con lentitud y con una suavidad casi palpable. Sin embargo, no dijo nada, pero hizo algo mucho más extraño: rompió a llorar. Escondió su rostro tras sus brazos apoyados en la mesa y movió los hombros compulsivamente, una y otra vez. Yo estaba perplejo puesto que aquélla no había sido mi intención. Me incliné sobre ella, tocándole el cabello, el hombro y el brazo, y le pedí que no llorase. Ella, con una voz desesperada y quebradiza, comenzó a gritar que si nuestras características internas no tenían nada de importancia, entonces todo era una casualidad; que si ella podía ser diferente de lo que forzosamente era, entonces «nada tenía ningún sentido», y que aquello era un pensamiento «insoportable» para ella. Yo seguía muy confundido; en fin de cuentas, todo había sido culpa mía, aunque no hubiera sospechado nunca que aquellos pensamientos fuesen tan importantes para ella. Estuve en un tris de decirle que no se preocupara, que para mí todo aquello no tenía en realidad ningún interés, que yo no la despreciaba por ser judía. Menos mal que, enseguida, caí en la cuenta de lo ridículo que hubiera sido decir eso, y callé. Sin embargo, me molestaba no poder decirlo, porque en aquel instante estaba convencido de ello, independientemente de mi situación personal, casi por libre elección, por decirlo de alguna manera. Aunque es posible que en otra situación mi opinión hubiera sido distinta. No lo sé. También reconocí que no podía hacer la prueba. De todas formas, me sentía incómodo. No sé exactamente por qué razón pero por primera vez en mi vida sentí algo que quizá podría llamarse vergüenza.

Ya en la escalera me enteré de que mis sentimientos habían molestado a Annamária: parecía enfadada y estaba muy rara. Le dije algo pero ella no me respondió. La cogí del brazo, se apartó bruscamente de mí y me dejó solo.

Al día siguiente estuve esperándola toda la tarde pero no apareció. No pude subir a ver a las hermanas porque siempre habíamos ido juntos y seguramente me habrían preguntado por ella. Por otra parte, había reflexionado sobre lo que la hermana mayor me había dicho el domingo, y ahora estaba más de acuerdo con sus opiniones.

Annamária se presentó por la noche en casa del señor Fleischmann. Al principio estuvo muy recelosa conmigo. Su rostro sólo se suavizó un poco cuando, al preguntarme si había pasado bien la tarde en casa de las hermanas, le respondí que no había ido. Quería saber por qué. Le dije la verdad: sin ella no me gustaba ir, y eso pareció agradaarle. Un poco después hasta quiso ir conmigo a ver los peces. Cuando regresamos, ya estábamos completamente reconciliados. Más tarde, hizo otra observación sobre el asunto: «Ésta ha sido nuestra primera pelea».

3

El otro día me ocurrió algo extraño. Me levanté temprano por la mañana para ir al trabajo. El día se anunciaba caluroso y, como siempre, el autobús estaba lleno de gente. Ya habíamos dejado atrás las últimas casas de los suburbios, al cruzar el pequeño puente que lleva a la isla de Csepel. El camino sigue entonces por una zona descampada; a la izquierda hay un edificio bajo parecido a un hangar, y a la derecha, unos invernaderos dispersos entre las huertas; al llegar allí el autobús frenó de repente. Alcancé a oír retazos de una voz que, desde fuera, mandaba apearse del autobús a los judíos que se encontraban en él. «Seguramente será para revisar los pases de frontera y los permisos», pensé.

Efectivamente, ya en la carretera me encontré frente a un policía. Sin decir una palabra, le entregué inmediatamente mi pase. Él, sin embargo, hizo primero un gesto brusco con la mano para que el autobús prosiguiera su camino. Sospeché que quizá no hubiese visto bien mis papeles, y me puse a explicarle que, como él mismo podía ver, trabajaba en una empresa militar y, no podía perder el tiempo. Pero entonces todo se llenó de voces y, de repente, me vi rodeado por mis compañeros de trabajo de la refinería. Se habían escondido detrás del terraplén, después de que el policía los había hecho bajar de otros autobuses anteriores, y ahora se reían de mi llegada. Hasta el policía sonrió, como alguien que también participa en una broma. Me di cuenta de que él no tenía nada contra nosotros, claro, qué podía tener. Le pregunté a los muchachos qué era aquello pero tampoco sabían nada.

El policía detuvo todos los autobuses que llegaron de la ciudad, y lo hizo desde cierta distancia, dando un paso hacia delante y levantando la mano al mismo tiempo; a todos los que iban bajando los mandaba esconderse detrás del terraplén. La misma escena se repitió una y otra vez: primero la sorpresa de los recién llegados, que luego se transformaba en risas. El policía parecía satisfecho. Con todo aquello había pasado un cuarto de hora, más o menos. Era una clara mañana de verano. Al tumbarnos en nuestro escondite, detrás del terraplén, sentíamos que el sol había calentado ya la tierra. Desde lejos, entre vapores azules, se distinguían perfectamente los grandes depósitos de la refinería de petróleo. Más allá, con menor claridad, se divisaban las chimeneas de otras fábricas, y todavía más allá la torre de una iglesia. De los autobuses siguieron bajando más y más muchachos; unos venían en grupo, otros solos. Llegó uno de los más populares, un chico vivaracho, con pecas y el pelo negro, muy corto, al que llamábamos Curtidor, porque, a diferencia de la mayoría de nosotros que veníamos de escuelas generales, él había estudiado ese oficio. También llegó el Fumador, que casi siempre tenía un cigarrillo en la boca. Es verdad que los otros también fumaban, yo mismo para no quedarme atrás, lo había probado también, pero él fumaba de otra manera, como con un ansia insaciable. Sus ojos también tenían una expresión extraña, ansiosa. Era callado y reservado y no gozaba de mucha simpatía en el grupo. Un día me atreví a preguntarle qué encontraba de bueno en fumar tanto, y su respuesta fue realmente escueta: «Es más barato que la comida». Me sorprendí un poco, nunca hubiera imaginado que aquella fuera la razón. Pero más me sorprendió su mirada burlona e irónica al advertir mi asombro. Como me resultó muy desagradable, no le pregunté nada más. Sin embargo, comprendí por qué los demás mostraban desconfianza hacia él.

Todos saludaron con alegría a otro muchacho que llegaba, al que llamaban el Suave. El nombre era muy acertado: tenía la tez suave, el pelo oscuro, lacio y brillante, los ojos grandes y grises, y en general todo su ser desprendía una suave atracción; más tarde me enteré de que el apodo incluía también un segundo significado: era muy popular entre las muchachas, a las que solía tratar con suavidad. También llegó Rozi en otro de los autobuses; su verdadero apellido es Rózenfeld, pero todos lo llamamos de esta forma abreviada. Por alguna razón, goza de autoridad entre los muchachos, y normalmente nos mostramos de acuerdo con sus indicaciones en las cuestiones que

nos conciernen a todos; también suele representar nuestros intereses ante el capataz. Rozi, según pude saber, estudia en un instituto mercantil. Con su cara de expresión inteligente, aunque demasiado alargada, su cabello rubio ondulado y sus ojos azules, que miran fijamente, se parece a aquellas viejas pinturas de los museos que llevan títulos como *Retrato de un infante con galgo* y cosas así. También llegó Moskovics, un muchacho bajito, de rostro simple, casi feo, nariz ancha y chata, que para colmo lleva gafas de gruesos cristales, parecidos a prismáticos, como mi abuela... y así fueron llegando todos.

En general, las opiniones coincidían con la mía: algo raro ocurría, aunque seguramente se trataría de un error. Rozi, animado por algunos de los muchachos, fue a preguntarle al policía si no tendríamos problemas por llegar tarde al trabajo y cuándo tenía la intención de dejarnos ir a cumplir con nuestros deberes. El policía no se enojó en absoluto con la pregunta pero respondió que no dependía de él, ni de sus decisiones. Él tampoco sabía mucho más que nosotros; mencionó unas «últimas órdenes» que reemplazarían a las vigentes. De momento sólo teníamos que esperar, tanto él como nosotros. Aunque el panorama no era muy claro, nos pareció que sonaba bastante aceptable. De todas formas, a los policías había que obedecerles. Con nuestros pases con el sello de la autoridad de una empresa militar en su poder, no veíamos razón alguna para tomarnos al policía demasiado en serio. Él, por su parte, tenía ante sí a «unos muchachos inteligentes» que, según añadió, seguramente seguirían comportándose «con disciplina»; al parecer le caíamos bien. Él también parecía simpático; era un hombre bajito, ni joven ni viejo, con la cara curtida por el sol y los ojos muy claros y limpios. Su acento me hizo pensar que era de origen provinciano.

Eran las siete, la hora de empezar el trabajo en la refinería. De los autobuses ya no bajaban muchachos, y entonces el policía nos preguntó si faltaba alguno. Rozi nos contó y le dijo que estábamos todos. El policía opinó que no podíamos seguir esperando allí, al lado de la carretera. Parecía preocupado, y yo tuve la sensación de que él estaba tan poco preparado para estar con nosotros como nosotros para estar con él. Llegó un momento que incluso nos preguntó: «Bueno, ¿ahora qué hago yo con vosotros?». Evidentemente no podíamos ayudarlo. Lo rodeamos con desenfado, riéndonos, como si se tratara de nuestro tutor en una excursión. Él permaneció en medio del grupo, pensativo, acariciándose la barbilla. Finalmente, nos propuso que fuéramos a las oficinas de la aduana.

Lo acompañamos a un edificio de un solo piso, destartado y solitario, que se encontraba bastante cerca de la carretera, en el que en un letrero medio caído podía leerse «Oficinas de Aduana». El policía sacó un manojo de llaves tintineantes y escogió la que abría la puerta. Una vez dentro, nos encontramos en una sala amplia, agradablemente fresca, aunque casi desierta, con unos bancos y una larga mesa desgastada por el uso.

El policía abrió otra puerta que conducía a una especie de despacho. Por la rendija observé que dentro había una alfombra y un escritorio con teléfono. Oímos que el policía hacía una llamada pero no pudimos entender sus palabras. Creo que trataba de acelerar la llegada de alguna nueva orden porque, cuando salió, después de cerrar la puerta cuidadosamente tras él, se dirigió a nosotros: «Nada, no se puede hacer nada, hay que esperar». Nos animó a que nos acomodáramos y nos preguntó si conocíamos algún juego para pasar el rato. Uno de los muchachos, si no recuerdo mal, el Curtidor, propuso el calentamanos. Al policía no le pareció buena idea y añadió que esperaba algo más de «unos muchachos tan inteligentes». Se pasó un rato bromeando con nosotros; yo tuve la sensación de que se esforzaba en entretenernos, quizá para que no tuviéramos ocasión de mostrarnos indisciplinados, como había mencionado en la carretera. Realmente, no parecía muy puesto en sus obligaciones. Pronto nos abandonó, no sin antes mencionar que tenía cosas que hacer. Cuando se fue, oímos que cerraba la puerta por fuera.

Lo que ocurrió a partir de entonces no puedo relatarlo con tantos detalles. La espera fue interminable. De todas maneras, no teníamos prisa alguna, al fin y al cabo no estábamos perdiendo nuestro tiempo. Todos coincidíamos en que estábamos mejor allí que sudando en el trabajo. En la refinería apenas había sombra. Rozi había conseguido convencer al capataz para que nos dejara trabajar sin camisa. Es verdad que no era totalmente reglamentario, puesto que de esta manera no se

podían ver nuestras estrellas amarillas, pero el capataz lo permitió por simpatía. Sólo la piel blanca como el papel de Moskovics sufrió las consecuencias: su espalda se puso roja como el tomate y nos reímos mucho cuando se quitaba los pellejos quemados por el sol.

Recuerdo que nos acomodamos en los bancos y en el suelo pero no podría relatar exactamente cómo pasamos el rato. Contamos chistes, fumamos y comimos bocadillos. También nos acordamos del capataz, diciéndonos que seguramente le habría sorprendido el hecho de que ninguno de nosotros hubiera acudido al trabajo. Uno de los muchachos sacó unos guijarros y nos pusimos a jugar al «toro». El juego consistía en lanzar un guijarro bien alto, al aire, y recoger el mayor número posible de los otros, que se dejaban en el suelo, antes de volver a agarrar el primero. El Suave, con sus largos dedos finos, ganaba todas las partidas. Rozi nos enseñó una canción que cantamos varias veces. La gracia estaba en que las palabras, siendo las mismas, se podían traducir a tres idiomas distintos, según la terminación añadida: con *es* suena a alemán, con *io* a italiano y con *taki* a japonés. Claro está, no eran más que tonterías pero a mí me divertían.

Reparé entonces que fuera había varios adultos, que, como nosotros, habían llegado en autobuses y se habían visto obligados a bajar de ellos. Comprendí que el policía, durante su ausencia, había estado haciendo lo mismo que por la mañana. Se habían juntado unas siete u ocho personas, todos hombres. Éstos le daban más trabajo al policía: decían no comprender, sacudían la cabeza, daban explicaciones, enseñaban sus papeles, lo importunaban con preguntas. A nosotros también nos preguntaron quiénes éramos y de dónde veníamos. Luego, permanecieron juntos. Les dejamos un par de bancos; unos se sentaron y otros se quedaron de pie. Hablaban de muchas cosas pero yo no les prestaba casi atención. Intentaban adivinar qué razones tenía el policía para actuar de aquella forma y las posibles consecuencias de los acontecimientos. Al parecer, sus opiniones eran muy diversas y dependían, según pude entender, de los documentos que cada uno llevaba; todos ellos disponían de algún papel que demostraba su autorización para ir a Csepel, algunos por asuntos particulares, otros por razones de «utilidad pública», como nosotros.

Entre todos ellos, uno me llamó la atención. Ajeno a las conversaciones de los demás, se dedicó a leer un libro que traía. Era un hombre muy alto y delgado con una gabardina amarilla. Tenía barba de varios días y una boca fina entre unas pronunciadas arrugas que dibujaban en su rostro una expresión de tristeza. Estaba sentado en un extremo del banco, al lado de la ventana, con las piernas cruzadas, dándole la espalda a los demás. Quizá por eso tuve la sensación de que parecía un experimentado viajero, sentado en un tren cualquiera, que consideraba inútiles las palabras, las preguntas o el contacto habitual entre casuales compañeros de viaje, y que soportaba la espera con resignación, hasta que llegáramos a nuestro destino.

Ya a media mañana, me había llamado la atención otro hombre mayor, de buen aspecto, bastante calvo y de cabello plateado en las sienes, que entró allí sin dejar de protestar. También preguntó si había teléfono y si podía hacer una breve llamada. El policía le informó que lo lamentaba pero que el aparato «sólo podía ser utilizado para el servicio». Con una mueca de disgusto, el hombre se calló.

Más tarde respondió a las preguntas de los demás, y me enteré de que, como nosotros, también pertenecía a una de las fábricas de Csepel; nos dijo que era un «experto» aunque no precisó en qué. En general, se mostraba muy seguro de sí mismo y, según mi parecer, su opinión era similar a la nuestra, sólo que a él la retención más bien le desagradaba. Observé que hablaba del policía con desdén, casi con desprecio. Dijo que el policía «probablemente obedecía una orden general» que «estaba ejecutando con demasiado empeño». Al mismo tiempo opinó que personas obviamente «más competentes» decidirían en el asunto y expresó su confianza en que eso ocurriría lo antes posible. Luego, no volví a oírle y hasta me olvidé de él. Por la tarde volvió a llamar mi atención; yo estaba también muy cansado y me di cuenta de su conducta impaciente: se sentaba, se volvía a levantar, cruzaba los brazos por delante y por detrás, miraba mucho el reloj...

Había otro hombrecito raro, de nariz pronunciada, que llevaba una mochila enorme, pantalones de golf y unas botas descomunales; hasta su estrella amarilla parecía más grande que las

otras. Estaba muy preocupado y se quejaba continuamente de su «mala suerte». Lo recuerdo bien porque su historia -que repitió varias veces- era sencilla. Para poder visitar a su madre, «muy enferma», que vivía en un pequeño pueblo de la isla de Csepel, había conseguido un permiso especial de las autoridades. Lo tenía todo en orden y llegó incluso a mostrarnos los papeles. El permiso era válido para el día en cuestión, hasta las dos de la tarde. Sin embargo, le había surgido algo que «no permitía demora alguna», nos dijo, «un asunto de negocios». No tuvo más remedio que acudir a una oficina donde había mucha gente, con lo cual se retrasó. Aunque pensaba que ya no podría hacer el viaje, cogió el tranvía, a toda prisa, para llegar a la parada de donde salen los autobuses. Al llegar se dio cuenta de que no podría hacer el viaje de ida y vuelta en el plazo permitido y que era arriesgado partir. Sin embargo, en la parada estaba todavía el autobús de las doce. Entonces, según su explicación, pensó: «¡Con el trabajo que me ha costado conseguir el papel! Y mi pobre madre también me está esperando». Nos contó que su anciana madre le causaba muchos quebraderos de cabeza a él y a su mujer. Hacía tiempo que le rogaban que se fuera a vivir con ellos, a la ciudad, pero la madre se resistía, hasta que ya fue demasiado tarde. El hombre movía la cabeza de un lado a otro, mientras nos contaba que la pobre mujer sólo quería salvar su casa a cualquier precio «y no tiene siquiera cuarto de baño», observó. Pero tenía que aceptarlo, puesto que se trataba de su madre. La pobre era ya muy anciana y estaba enferma. Nos dijo que sentía que no debía desaprovechar la ocasión, que «no se lo podía permitir». Así pues, finalmente se decidió a subir al autobús. Al recordarlo, se calló un momento; levantó los brazos y los dejó caer, con un gesto de inseguridad, al tiempo que miles de arrugas dubitativas y minúsculas se dibujaron en su frente: parecía un roedor triste caído en una trampa.

Nos preguntó si pensábamos que todo aquello podría causarle algún problema; si tendrían en cuenta que él no habría sido el culpable de superar el límite de tiempo permitido. También le preocupaba lo que pensaría su madre al ver que no llegaba, y su mujer y sus dos hijos si no regresaba a casa a las dos. Por las miradas que le dirigía, me di cuenta de que esperaba la opinión del Experto, alguna frase de la boca de ese hombre tan respetable. Éste, sin embargo, no le hacía mucho caso; no dejaba de dar golpecitos con su cigarrillo en la tapa decorada con letras y arabescos de su pitillera de plata reluciente. Su expresión reflejaba recogimiento y concentración en algún pensamiento lejano; parecía no enterarse de nada. Entonces el otro se volvió a quejar de su mala suerte, diciendo que si hubiese llegado cinco minutos más tarde a la parada, ya no habría podido coger el autobús del mediodía ni ningún otro, y que por culpa de aquellos «cinco escasos minutos» estaba aquí, en lugar de en su casa.

También me acuerdo del hombre con cara de foca: era un individuo corpulento, con bigote negro y tupido, que llevaba gafas de montura dorada, y solicitaba «hablar en privado» con el policía. Cada vez que lo hacía, se apartaba de los demás y se retiraba junto a la pared o la puerta. «Señor comisario -decía con una voz ahogada y ronca-, ¿podría hablar con usted a solas?». También utilizaba la fórmula: «Por favor, señor comisario... sólo unas cuantas palabras, si me permite...». Finalmente logró que el policía le preguntara qué quería. Pero entonces él pareció dudar; sus ojos desconfiados recorrieron la sala desde detrás de sus gafas. Estaba cerca de mí, en un rincón de la sala, pero no oí sus palabras pronunciadas en voz baja: parecía explicar algo. Luego, con una sonrisa dulce, como de complicidad, se acercó al policía, primero un poco y después inclinándose totalmente sobre él. Hizo entonces un gesto extraño: parecía querer sacar algo de su bolsillo interior; como su gesto reflejaba cierta importancia, pensé que quería presentarle al policía algún papel o documento especial o adicional. No pude saber de qué se trataba, puesto que interrumpió el gesto, aunque no abandonó del todo su postura; la dejó como inacabada, olvidada, suspendida antes de llevarla a cabo. Su mano buscó, palpó y recorrió su pecho por fuera. Parecía una enorme araña peluda o, mejor aún, un pequeño monstruo marino intentando encontrar el camino para meterse en el interior del abrigo. Seguía hablando sin parar y no había abandonado su sonrisa. Todo duró unos cuantos segundos, nada más. Luego, el policía cortó la conversación con visible decisión, casi con enfado; aunque yo no comprendía exactamente qué pasaba, de alguna manera difícil de determinar tenía la sensación de que su comportamiento era, en cierta medida, sospechoso.

Apenas me acuerdo de las otras caras, de los otros acontecimientos. Según pasaba el tiempo, mis observaciones también se hacían menos agudas. Sin embargo, puedo afirmar que a nosotros, los muchachos, el policía nos seguía tratando con mucha simpatía. Con los adultos lo era menos, según pude apreciar. Por la tarde él también parecía ya agotado, como todos. Se pasaba el tiempo tomando el fresco con nosotros o encerrado en su despacho, sin hacer caso de los autobuses que iban pasando. A veces, oía que trataba de arreglar algo por teléfono y nos informaba del resultado. «No hay nada todavía», decía, con una expresión de desánimo. Recuerdo que poco después del mediodía llegó un compañero suyo, otro policía, quien aparcó su bicicleta junto al muro. Ambos se encerraron en el despacho durante un rato. Después salieron y se despidieron, estrechando sus manos durante unos segundos. No dijeron nada pero meneaban la cabeza y se miraban como lo hacían los comerciantes; yo los había observado en la oficina de mi padre, cuando hablaban de los tiempos difíciles y lo mal que marchaban los negocios. Comprendí enseguida que eso no era probable en el caso de los dos policías; sin embargo, su expresión me evocaba esos recuerdos: la misma desgana y la misma preocupación, la misma resignación frente a un destino irremediable. Luego, me venció el cansancio; sólo recuerdo que empecé a aburrirme y que tenía calor y sueño.

En resumidas cuentas, las nuevas órdenes llegaron alrededor de las cuatro. De acuerdo con ellas, teníamos que presentarnos ante la «autoridad suprema» para que revisaran nuestros documentos. Seguramente le habían informado por teléfono, puesto que desde su despacho habíamos oído sonidos y voces que delataban cierta prisa y algunos cambios. El aparato había sonado en repetidas ocasiones, y él también había telefoneado varias veces. Nos dijo que no le habían comunicado nada en concreto, pero que él pensaba que se trataría de alguna formalidad, dado que nuestra situación era, desde el punto de vista legal, tan clara y evidente.

Nos encaminamos hacia la ciudad en filas de tres, desde varios puntos a la vez, según comprobé más tarde. Al cruzar el puente, nos encontramos con otros grupos, más o menos numerosos, de personas, todas ellas con estrellas amarillas y acompañadas por uno, dos o incluso tres policías. Entre los acompañantes de uno de los grupos reconocí al policía de la bicicleta. Los policías hacían siempre el mismo saludo breve y oficial, como si hubiesen estado esperando los encuentros. Entonces comprendí el sentido de las llamadas telefónicas previas que habían mantenido ocupado a nuestro policía: seguramente habían estado calculando y ajustando los tiempos oportunos. Al final, descubrí que caminaba en medio de una multitud considerable, rodeada a cierta distancia por los policías.

Así marchamos por la carretera, durante bastante tiempo. Era una bonita y clara tarde de verano; las calles estaban como a esa hora solían estarlo, repletas de colorido y gente, aunque yo lo veía todo un poco borroso. Como íbamos por caminos y calles que no conocía bien me desorienté. Me llamaba la atención la multitud, las calles, el tráfico y, sobre todo, la dificultad para avanzar en filas cerradas, con lo que terminé cansándome muy pronto.

De todo aquel largo camino sólo recuerdo la curiosidad furtiva, poco decidida, casi vergonzosa que nuestro desfile provocaba en el público apostado en las aceras. Aquello me divirtió al principio, pero después perdí todo interés en seguir observándolos.

Avanzábamos por una concurrida avenida, en un barrio periférico en medio del fuerte ruido producido por el excesivo tráfico; sin saber cómo, de repente nos encontramos ante un tranvía. Nos vimos obligados a detenernos, para esperar que pasara, y entonces me fijé en el movimiento rápido de una prenda amarilla, más adelante, entre las nubes de polvo, el ruido y el gas de escape de los vehículos; era el Viajero. Un salto largo fue suficiente para que desapareciera entre el ir y venir de la gente y de los coches. Me quedé perplejo porque esa actitud no encajaba con su comportamiento anterior. Sentí también una sorpresa casi alegre por la sencillez de un acto: un par de hombres decididos lo siguieron sin titubear, entre la multitud. Miré alrededor, como si se tratara de un juego, ya que no veía razón alguna para escapar aunque hubiera tenido la ocasión de hacerlo. De todos modos, el sentimiento del honor resultó ser más fuerte y, cuando los policías establecieron el orden en nuestras filas, éstas se cerraron otra vez alrededor.

Seguimos andando. Entonces todo ocurrió con gran rapidez, de una manera inesperada y un tanto sorprendente. Tras doblar una esquina, tuve la sensación de que estábamos llegando a nuestro destino, porque el camino continuaba entre las dos hojas de un enorme portón abierto. Advertí que, en lugar de policías, nos acompañaban ahora otros hombres uniformados que parecían militares. Llevaban una pluma en la visera del gorro. Eran policías militares. Nos condujeron por laberintos de caminos, entre edificios grises, más y más adentro, hasta que llegamos a una enorme plaza con guijarros blancos, que parecía el patio de un cuartel.

Entonces apareció un hombre alto de aspecto imponente que se dirigió hacia nosotros desde un edificio contiguo. Llevaba botas altas y un uniforme ceñido, con estrellas doradas y un cinturón de cuero que le cruzaba el pecho en diagonal. En una mano llevaba una pequeña fusta como las que se utilizan para montar a caballo, con la que golpeaba continuamente sus botas brillantes de charol. Un minuto más tarde, mientras esperábamos, inmóviles y formados en filas, comprobé que era un hombre bastante guapo, fuerte y atlético. Me recordó a los héroes de las películas: atractivo, con rasgos viriles y un fino bigote castaño, cortado impecablemente a la moda, que lucía de maravilla en medio de su rostro bronceado.

Cuando llegó a nuestra altura, el grito de «firmes» de los guardias nos paralizó a todos. De lo demás, sólo conservo dos fugaces impresiones. En primer lugar, la voz del hombre del látigo, que me sorprendió porque contrastaba con su cuidado aspecto, quizá fue por eso que no pude retener mucho de lo que decía. Comprendí, sin embargo, que esperaría hasta el día siguiente para proceder a «examinar» nuestros casos, según nos dijo. Luego se dirigió a los guardias y les ordenó, con una vozarrón que llenó todo el patio, que hasta entonces se llevaran a «toda esa banda de judíos» al sitio más apropiado para ellos, o sea los establos, y que nos encerraran allí durante la noche. Mi segunda impresión resultó del caos producido por los agudos gritos de los guardias, repentinamente espabilados, que trataban de sacarnos de allí. No sabía por dónde ir y sólo recuerdo que me entraron ganas de reír, por una parte debido a la situación inesperada, confusa y a la sensación de estar participando en una obra de teatro sin sentido, en la cual mi papel me era en parte desconocido y, por otra, por la breve visión que tuve de la cara de mi madrastra cuando se dio cuenta de que yo no llegaría a la hora de la cena.

4

En el tren, lo que más escaseaba era el agua. La comida parecía suficiente para varios días, pero no teníamos nada para beber, y eso era muy desagradable. Los otros viajeros nos decían que se trataba de la primera sed, que pasaría pronto, incluso, que la olvidaríamos. Hasta que volviera a aparecer. Es posible aguantar seis o siete días sin agua, afirmaban los expertos, los que teniendo en cuenta el tiempo caluroso, siempre que se esté sano, que no se sude mucho y que no se coma carne ni especias. Por el momento, así nos animaban, todavía nos quedaba tiempo: todo dependía de cuánto durase el viaje, añadían.

La verdad es que esa cuestión me preocupaba. En la fábrica de ladrillos no nos habían dicho nada al respecto, sólo nos comunicaron que los que así lo desearan podían ir a trabajar, nada más y nada menos que a Alemania. La idea me pareció atractiva, a mí y a muchos de mis compañeros de fábrica. De todas formas, los hombres de un comité judío que llevaban sus cintas distintivas en el brazo, nos dijeron que, antes o después, de manera voluntaria u obligatoria, todos los que estábamos en la fábrica de ladrillos seríamos trasladados a Alemania, y los que fuéramos como voluntarios tendríamos la ventaja de obtener mejores puestos. Además, sólo viajaríamos sesenta en un vagón, mientras que más tarde lo harían por lo menos ochenta, debido al número insuficiente de trenes. Después de aquellas explicaciones, no tuve dudas con respecto a mi decisión.

Existían además otros argumentos en relación con la falta de espacio en la fábrica de ladrillos y todas sus consecuencias higiénicas, y los problemas de suministro de alimentos. Yo ya lo había sufrido en carne propia. Cuando nos trasladaron desde el cuartel militar Guardia Armada (algunos hombres advirtieron que se llamaba «Cuartel Andrásy») a la fábrica de ladrillos, ésta se hallaba ya repleta de gente. Se veían hombres y mujeres, niños de todas las edades e innumerables personas mayores de ambos sexos. Por donde pisara, tropezaba con mantas, mochilas, maletas y paquetes de todo tipo, sacos y otros bultos. Naturalmente, me cansé pronto: todo eso, todos los pequeños inconvenientes, disgustos y fastidios que, al parecer, implica la vida comunitaria. También contribuyeron a mi decisión la inactividad, la estúpida sensación de espera y el aburrimiento: de los cinco días que pasamos allí, no recuerdo ninguno en especial, y apenas conservo algunos detalles. Por supuesto, era un alivio que a mi lado estuvieran los muchachos: Rozi, el Suave, el Curtidor, el Fumador, Moskovics y todos los demás. Por lo que veía, no faltaba ninguno, todos habían sido honrados como yo. No tuvimos mucho trato personal con los guardias, quienes permanecían casi siempre al otro lado de la valla, junto con algunos policías. De estos últimos se decía que eran más comprensivos que los guardias, más humanos, claro está, a cambio de algo, materializado en dinero o cualquier objeto de valor. Por lo menos era eso lo que se comentaba. Más que nada se encargaban de enviar cartas o mensajes, aunque había quien decía que también habían colaborado en algunas fugas aisladas y arriesgadas; sobre esta última cuestión habría sido muy difícil conseguir datos más fiables. Fue entonces cuando comprendí lo que el hombre con cara de foca había estado hablando con el policía. Así me enteré también de que nuestro policía había sido honrado. Este hecho explicaría la circunstancia de que en mis andanzas por el patio o esperando en la cola delante de la cocina, en aquel bullicio de caras desconocidas, reconociera alguna que otra vez al hombre con cara de foca.

Entre la gente que había conocido en el edificio de la aduana, me volví a encontrar con el hombre de la «mala suerte». Acostumbraba sentarse con nosotros, «los jóvenes», para «levantar el ánimo». Había encontrado un lugar cerca de nosotros, en uno de los muchos edificios abiertos, sin paredes y con techo de paja, que originalmente habían servido para el secado de los ladrillos. El hombre parecía agotado, tenía chichones y huellas de golpes en la cara. Nos contó que todo ello era el resultado del interrogatorio al que lo habían sometido los guardias por haber encontrado alimentos y medicamentos en su mochila. En vano intentó explicarles que se trataba de objetos

propios que pretendía llevar a su madre gravemente enferma; lo acusaron de comerciar con ellos en el mercado negro. De nada le valió el permiso, ni tampoco le sirvió haber sido un hombre honrado y respetuoso con las leyes hasta la última cláusula. «¿Puede alguno de ustedes decirme qué será de nosotros?», nos preguntaba. También volvió a mencionar a su familia y su mala suerte, por supuesto. Recordó el tiempo que había esperado hasta obtener el permiso y lo contento que estaba una vez lo hubo conseguido. Entonces empezó a mover la cabeza con amargura, repitiendo que nunca se habría imaginado que las cosas terminarían de esa manera; todo por cinco minutos. Si hubiera tenido mejor suerte... Si el autobús..., esas cosas repetía. Sin embargo, parecía estar contento con lo del castigo: «Yo estaba al final de la cola, quizás en eso haya consistido mi suerte porque ya andaban con prisa». Resumiendo, podía haber sido peor tratado, puesto que había visto «cosas peores» en el cuartel militar. Eso era verdad: yo también lo había visto.

Aquella mañana del interrogatorio en el cuartel nos habían advertido que no tratáramos de esconder nuestros crímenes y pecados, nuestro oro, dinero u objetos de valor. Yo también, al llegar frente al escritorio, tuve que entregarles lo que llevaba, el dinero, el reloj, la navaja, todo. Un guardia corpulento me cacheó, con movimientos rápidos y expertos, desde la axila hasta donde me cubrían mis pantalones cortos. Detrás del escritorio se hallaba el primer teniente, según se desprendía de las palabras de sus subordinados, el hombre de la fusta, que se llamaba Szakál. A su izquierda había otro guardia bigotudo y gordinflón en mangas de camisa que tenía en la mano un utensilio más bien ridículo que se parecía a un rodillo de los pasteleros. El primer teniente fue bastante simpático conmigo; me preguntó si tenía papeles, aunque cuando se los entregué no mostró el menor interés en ellos. Me quedé sorprendido, pero como el guardia bigotudo me estaba haciendo señas de que debía retirarme y dándome a entender cuáles serían las consecuencias en caso contrario, pensé que sería más sensato no protestar.

Después, los guardias nos sacaron del cuartel y nos metieron primero en un tranvía que ya nos estaba esperando. Cuando llegamos a un punto determinado de la orilla del río, nos trasladaron a un barco, y tras una caminata después de desembarcar llegamos a la fábrica de ladrillos, más exactamente, como me enteré al llegar, a la fábrica de ladrillos de Budakalász.

Durante la primera tarde que pasé en la fábrica de ladrillos, tuve ocasión de enterarme de más cosas referentes al viaje. Allí estaban los miembros del comité, que nos respondían con mucho gusto todas las preguntas. Principalmente buscaban jóvenes emprendedores que estuvieran solos. También aseguraban que habría sitio para las mujeres, los niños y los ancianos y que todos podíamos llevar nuestras pertenencias. Según ellos, la cuestión más importante era que nos apañáramos entre nosotros, humanamente, para que no fuera necesaria la intervención de los guardias. Por lo que nos explicaron, el tren sólo partiría con un número preestablecido de viajeros, y si las listas no se llenaban, serían los guardias los que nos alistarían. Yo, como muchos, opinaba que era más ventajoso alistarse como voluntario.

Sobre los alemanes había también diversas opiniones. Muchos afirmaban, preferentemente las personas de mayor edad y con experiencia, que, independientemente de lo que pensaran sobre los judíos, los alemanes eran en el fondo -como todos sabíamos- gente limpia, honrada, amante del orden, la puntualidad y el trabajo y que apreciaban estas mismas cualidades en los demás. A grandes rasgos eso era lo que yo también pensaba, y estaba seguro de que me sería útil lo poco que había aprendido de su idioma en el colegio. Principalmente esperaba encontrar en el trabajo una vida nueva, ordenada y ocupada, experiencias nuevas y algo de diversión; una vida más agradable y placentera que la que había tenido hasta entonces, según nos prometían. Eso mismo comentaban todos los muchachos. Llegué incluso a pensar que, de esa forma, podría conocer un poco de mundo. A decir verdad, si consideraba algunos de los últimos acontecimientos -los guardias armados, el asunto de mis papeles, la justicia en general-, no tenía un gran sentimiento del amor a la patria.

Había también gente más desconfiada, que parecía saber otras cosas, conocer otros aspectos del carácter alemán, gente que no sabía qué hacer y que pedía consejo; otros opinaban que, en lugar de fomentar la discordia, tendríamos que oír la razón y comportarnos con dignidad ante la autoridad. Todos esos argumentos, junto con otros, contrarios, todas las noticias, toda la

información se discutía y se volvía a discutir alrededor, en grupos grandes o pequeños que se formaban y se volvían a formar en el patio. Se mencionó también a Dios y «su inescrutable voluntad», como dijo alguien. Al igual que el tío Lajos, él también hablaba de nuestro destino, el destino de los judíos, y también como el tío Lajos, opinaba que «habíamos abandonado al Señor» y a eso se debían nuestros infortunios. Aquel hombre llamó mi atención porque era fuerte y decidido y tenía una cara interesante: una nariz fina y aguileña, ojos brillantes y mirada vidriosa, una corta barba redondeada y bigote con canas. Siempre estaba rodeado de gente que lo escuchaba atentamente. Supe que era un sacerdote, pues oí que alguien lo llamaba «señor rabino». Me acuerdo de algunas de sus palabras y expresiones, como cuando dijo que «guiado por unos ojos que ven y un corazón que siente» comprendía que «nosotros, viviendo en la Tierra, cuestionaríamos la exagerada severidad del juicio», y su voz, que normalmente sonaba fuerte y limpia, se quebró al final de la frase. Se quedó mudo por un momento, con la mirada todavía más vidriosa. No sé por qué pero tuve la extraña sensación de que había querido decir otra cosa y que a él mismo le habían sorprendido sus palabras. Continuó diciendo que no se quería «engañar», que sabía muy bien, que le bastaba con mirar alrededor y «ver todas esas caras atormentadas en este atormentador lugar para saber que su misión sería muy difícil». A mí me sorprendió su compasión, puesto que él también estaba entre nosotros. Sin embargo, no pretendía, puesto que no lo necesitaba, «ganar almas para la eternidad», ya que nuestras almas «eran de Él y venían de Él». Nos interpeló a todos, diciendo: «¡No viváis en guerra con el Señor!, no sólo porque es pecado sino porque nos llevará a la negación del sentido sublime de la vida». Según él, no podíamos vivir «con esta negación en el corazón»; por ligero que fuera un corazón así, estaría vacío, abandonado y solitario: es muy difícil ver la sabiduría del Padre Eterno entre tanta calamidad y sufrimiento, pero es nuestro único consuelo y alivio, puesto que, seguía diciéndonos, «algún día llegará su victoria y sufrirán los que se hayan olvidado de su poder y lo invocarán, arrastrándose en el polvo».

Al decirnos que debíamos tener fe en su misericordia (y que nuestra fe debía ser un pilar y una fuente inagotable de fuerza en las largas horas de las duras pruebas), también nos explicó en qué consistía la única manera de vivir. Para él esa manera era «la negación de la negación», puesto que sin esperanza «estábamos perdidos», y la esperanza sólo se encuentra en la fe, en la confianza en que Dios se apiadará de nosotros y en que alcanzaremos su gloria.

Tuve que reconocer que sus argumentos me parecían claros, aunque al final no nos dijera qué era lo que podíamos hacer para vivir como él decía; tampoco aconsejaba a los que le pedían su opinión acerca de viajar a Alemania o quedarse allí.

También estaba el hombre de la «mala suerte», que iba de un grupo a otro, mirando a todas partes con sus ojos enrojecidos e inquietos. Tras pedir disculpas por molestar, preguntaba a todos los que pasaban a su lado, con una expresión tensa e indagadora, chasqueando los dedos y frotándose las manos, si tenían intención de viajar, y las razones de su decisión, y si pensaban que era la mejor opción.

En un momento dado también llegó para alistarse otro conocido del edificio de la aduana: el Experto. Ya lo había visto en otras ocasiones en la fábrica de ladrillos. Su ropa estaba arrugada, su corbata había desaparecido y su cara estaba cubierta con una barba gris de varios días, pero aún conservaba todos los rasgos de su aspecto distinguido. Su llegada llamó la atención hasta el punto de que enseguida estuvo rodeado de gente curiosa y excitada y apenas pudo responder a la cantidad de preguntas que le formularon. Como pronto me enteré, había tenido ocasión de hablar con uno de los oficiales alemanes. El hecho había sucedido cerca de las oficinas del mando del cuartel y de las autoridades investigadoras, donde efectivamente se habían visto en los últimos días algunos oficiales con uniforme alemán que pasaban a toda prisa. Según el Experto, él ya había intentado antes hablar con los guardias. Su intención había sido ponerse en contacto con la empresa donde trabajaba. Los guardias le habían negado ese derecho fundamental, «a pesar de tratarse de una empresa de carácter militar, donde la gestión de la producción no podía llevarse a cabo sin él». Así lo había reconocido también la autoridad, a pesar de que lo «habían despojado» de los documentos que daban fe de ello y de todas sus demás pertenencias. Así me fui enterando de todo poco a poco,

según él iba respondiendo a nuestras preguntas deshilvanadas. Parecía profundamente indignado, aunque nos aseguró que no tenía intención de entrar en detalles. Por la misma razón había pedido hablar con aquel oficial alemán que se disponía a marcharse y que, casualmente, se encontraba cerca de él en aquel momento. «Me planté delante de él», nos dijo. Varias personas que habían sido testigos nos describieron su atrevimiento. Él se limitó a encogerse de hombros, añadiendo que sin atrevimiento no se llega a ningún lado y que él sólo pretendía hablar con alguien competente. «Soy ingeniero y hablo perfectamente alemán», continuó. Así se lo había dicho al oficial alemán, a quien le informó cómo le «habían impedido, de hecho y derecho, trabajar» y todo, según sus palabras, «sin ninguna razón ni fundamento jurídico, aun considerando las disposiciones vigentes». «¿Quién se beneficia de esto?», le había preguntado al oficial alemán. Le había dicho, como ahora nos estaba diciendo a nosotros: «No quiero ningún favor ni ningún trato especial. Sólo quiero que sepan quién soy y qué es lo que sé hacer, y quiero que sepan que estoy deseando trabajar según mis capacidades, eso es todo». El oficial le aconsejó que se inscribiese en la lista con los demás. No le había hecho ninguna promesa, pero le había asegurado que Alemania en esos momentos necesitaba a todo el mundo y en especial a gente preparada. Esa «objetividad» del oficial demostraba, según sus palabras, una «actitud correcta y realista». También mencionó los «buenos modales» del oficial, en contraste con la «brutalidad» de los guardias; los describió como «razonables, medidos, intachables en todos los sentidos». En respuesta a otra pregunta reconoció, sin embargo, que no tenía ninguna garantía de nada, sólo sus impresiones sobre el oficial, pero eso era todo lo que podía decir de momento y pensaba que no se equivocaba. «En todo caso -añadió-, creo conocer bien a las personas»; a mí me pareció que tenía toda la razón.

En el momento en que abandonó el lugar donde estábamos, vi al hombre desafortunado, que se separaba de un grupo de personas, dando brincos como si fuera una marioneta, para correr detrás del Experto o, mejor dicho, delante de él. Me pareció nervioso, pero al mismo tiempo muy decidido, y pensé que ahora sí se atrevería a hablarle. Sin embargo, iba tan deprisa que tropezó con un hombre alto y corpulento del comité que llegaba con un lápiz y una lista en la mano. Entonces, se detuvo, lo examinó de arriba abajo y se inclinó para preguntarle algo; no sé qué pasó después, porque Rozi me llamó: nos iba a tocar el turno.

Después sólo recuerdo que nos fuimos con los muchachos hacia nuestro lugar para dormir. Aquella última noche fue especialmente pacífica y tibia, con el sol rojo que se ponía detrás de las colinas. Del otro lado, hacia el río, divisé por encima de la valla de madera los vagones verdes de un tren que pasaba. Me sentía cansado y -lógicamente- algo nervioso por el alistamiento. Los muchachos parecían contentos. Llegó entonces el hombre desafortunado y nos dijo, con expresión solemne, aunque algo perpleja, que él también estaba ya en la lista. Aprobamos su decisión, y eso le agradó visiblemente, después dejé de prestarle atención.

En aquella parte posterior de la fábrica de ladrillos se estaba tranquilo. Aunque la gente también se juntaba en pequeños grupos para intercambiar opiniones, otros se estaban preparando para cenar y acostarse, algunos recogían sus pertenencias o permanecían callados, escuchando el silencio del anochecer. Pasamos delante de un matrimonio, a quienes yo conocía de vista. La mujer era menuda y frágil, de rasgos finos, y el hombre delgado y con gafas; le faltaban algunos dientes, la frente le sudaba y siempre parecía muy atareado. Ahora también estaba ocupado: acurrucado en el suelo, ayudado por su mujer, recogía todas sus pertenencias y las ataba con una correa de cuero, juntándolo todo, absorbido en esa tarea. El hombre desafortunado se paró a su lado; parecía conocerlo, puesto que le preguntó casi enseguida si ellos también habían decidido partir. El hombre levantó la vista y lo miró a través de sus gafas, sudando, parpadeando, con la mirada cegada por los últimos rayos de sol, y le respondió con un tono de perplejidad en la voz: «Hay que partir, ¿no es así?...». Me pareció una observación sencilla pero, al fin y al cabo, acertada.

Al día siguiente partimos temprano. El tren salía de un andén cercano, casi junto a la fábrica. Era un tren de carga, del mismo color que los ladrillos, con el techo y las puertas cerradas. Dentro del vagón éramos sesenta, con todo nuestro equipaje más el de los miembros del comité: montones de pan y gran variedad de latas de conservas, sobre todo carne; un verdadero tesoro en aquellas

circunstancias, tuve que admitir. Desde que nos alistamos, nos trataron con atención, distinción, casi con respeto, y aquel trato también me pareció un signo de recompensa, al menos para mí. También estaban los guardias, con sus fusiles, su mala leche, sus uniformes abotonados hasta arriba y su actitud, como si estuvieran cuidando una mercancía apetecible pero que no podían tocar, seguramente porque habían recibido la orden de la autoridad pertinente, es decir, de los alemanes. Luego, cerraron la puerta detrás de nosotros y oímos martillazos, señales, silbidos y pitidos; unas cuantas sacudidas y nos pusimos en marcha. Al subir, los muchachos nos habíamos instalado en los mejores sitios, en la parte delantera del vagón, debajo de las dos ventanas pequeñas y altas, aseguradas con alambres de púas. En el vagón, surgió pronto el problema del agua y de la duración del viaje.

Por otro lado, no podría decir muchas más cosas sobre el viaje en sí. Al igual que en el edificio de la aduana y en la fábrica de ladrillos, en el tren había que pasar el tiempo de alguna manera. Allí resultaba más difícil, debido, naturalmente, a las circunstancias. No obstante, al ser conscientes del destino de aquel viaje, y de que todos los movimientos lentos y sistemáticamente interrumpidos del tren nos acercaban a ese fin, nos ayudó a sobrellevar las dificultades. Ninguno de nosotros perdió la paciencia. Rozi también nos animaba, diciendo que el viaje sólo iba a durar hasta que llegáramos. Al Suave le tomaban constantemente el pelo a causa de una chica que -según los muchachos- estaba allí con sus padres y que él había conocido en la fábrica de ladrillos: el Suave desaparecía a ratos en el interior del vagón, para ir a verla, y los muchachos no dejaban de hablar de ellos dos. Allí estaba el Fumador, quien todavía podía encontrar en sus bolsillos unos restos sospechosos de tabaco, un pedazo de papel de fumar y un par de cerillas que encendía para acercárselas a su boca con la voracidad de las aves rapaces, incluso durante la noche. Moskovics (chorros de sudor ennegrecido por el hollín le recorrían la frente, los ojos, las gafas, la nariz chata y la boca gruesa: todos chorreábamos un sudor negro, incluido yo, lógicamente) y algunos otros seguían animándonos con palabras alegres incluso hasta el tercer día. El Curtidor también seguía contando chistes aunque cada vez con menos ímpetu. No me imagino cómo, pero algunos de los adultos sabían que nuestro destino era una localidad llamada Waldsee; cuando sentía sed o calor, la promesa que contenía ese nombre me aliviaba inmediatamente.

A los que se quejaban por la falta de espacio, se les recordaba que en los trenes siguientes los vagones irían cargados con ochenta personas. En el fondo, y pensándolo bien, yo había estado en lugares todavía más pequeños: en las cuadras del cuartel de la Guardia Armada, por ejemplo, donde el único remedio para la falta de espacio había sido sentarnos todos en el suelo, acurrucados. En el tren estábamos más cómodos. También nos podíamos poner de pie e incluso dar unos pasos en dirección del cubo que se encontraba en la parte posterior del vagón. Al principio, decidimos utilizarlo lo menos posible y sólo para orinar. Sin embargo, según iba pasando el tiempo, muchos nos vimos obligados a reconocer que las leyes de la naturaleza eran más potentes que nuestras promesas y a obrar en consecuencia, tanto los muchachos como los hombres y las mujeres.

Los guardias armados tampoco nos causaron grandes molestias aunque yo me asusté un poco cuando uno de ellos apareció de repente, justo encima de mi cabeza, por la ventana de la izquierda, iluminándonos con su linterna en el curso de la primera noche, mientras estábamos detenidos; de todos modos, pronto supimos que tenía buenas intenciones. «¡Escuchadme! Habéis llegado a la frontera húngara», nos advirtió. Quería hacernos una interpelación a todos, una petición por así decirlo. Deseaba que le entregásemos los objetos de valor: dinero o lo que fuera. «A donde os dirigís, no necesitaréis ninguno de vuestros objetos de valor. Además, lo que llevéis os lo quitarán los alemanes -nos aseguró-. Entonces -continuó diciéndonos desde lo alto de la ventana-, ¿no es mejor que se quede en manos húngaras?» Después de una corta pausa que me pareció solemne, añadió con una voz cálida, casi íntima que parecía olvidarlo todo y perdonarlo todo: «Al fin y al cabo, vosotros también sois húngaros...». Tras unos momentos de titubeo e inseguridad, desde el interior del vagón le respondió una voz profunda de hombre, que reconoció el valor de sus argumentos y sugirió que, a cambio, el guardia nos daría agua, a lo que él se mostró dispuesto, como dijo «a pesar de la prohibición». Sin embargo, no llegaron a un acuerdo, puesto que la voz

insistía en recibir el agua primero y el guardia los objetos de valor, y ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder. Al final, el guardia se enfadó: «Judíos asquerosos, pretendéis hacer negocios hasta con lo más sagrado». Con una voz ahogada por la indignación y el odio se marchó, deseándonos que «nos muriéramos de sed». Y eso ocurrió, efectivamente, más tarde, por lo menos así lo dijeron algunos en nuestro vagón. De hecho, yo también oí aquella voz proveniente del vagón de atrás, a partir de la tarde del segundo día, más o menos: no era nada agradable. La vieja -así la llamaban algunos en nuestro vagón- estaba enferma y probablemente se había vuelto loca por la sed. La explicación parecía lógica. Tuve que reconocer que tenían razón los que al principio del viaje habían señalado que era una suerte que en nuestro vagón no hubiese niños pequeños, ni personas mayores, ni enfermos. La tercera mañana, la vieja se calló. Decían que había muerto de sed. Bueno, la verdad es que sabíamos que era vieja y que estaba enferma, y todos, incluido yo, consideramos que al fin y al cabo era comprensible que se muriera.

Puedo asegurar que la espera no conduce a la alegría. Por lo menos ésa fue mi experiencia cuando por fin llegamos a nuestro destino. Es posible también que estuviera cansado, y el ansia por llegar me hiciese olvidar la idea: más bien me quedé apático. Recuerdo que me desperté sobresaltado, probablemente por el sonido agudo de las sirenas que aullaban fuera: la luz débil que entraba por la ventana anunciaba el alba del cuarto día. Me dolía un poco la parte inferior de la columna, a causa de las horas que llevaba en el suelo del vagón. El tren se había detenido, como otras muchas veces, siempre que sonaban las alarmas de combate aéreo. Todos nos agolpábamos detrás de las ventanas como siempre en esos casos, intentando ver algo. Al cabo de un rato, conseguí acercarme a una ventana. No vi nada. El alba era fresca y perfumada, los extensos campos estaban cubiertos por una niebla gris. De repente percibí por detrás de mí, de una manera inesperada, pero aguda y bien definida, como si sonara una trompeta, un fino rayo rojo; comprendí que era el sol que se levantaba. Aquél me pareció un momento magnífico: en casa a estas horas todavía estaría durmiendo. También vi, a mi izquierda; un edificio que anunciaba una estación, pequeña o grande, todavía no podía saberlo, pero una estación ferroviaria. Resultó ser un edificio minúsculo, gris y totalmente desierto, con pequeñas ventanas que estaban cerradas, y aquel techo ridículamente escarpado que había visto el día anterior por aquellos parajes. En la niebla matinal, el edificio iba cobrando una forma cada vez más definida delante de mis ojos, su color se iba transformando de gris a violeta, y las ventanas se iluminaron de repente con los primeros rayos de la luz roja del sol. Otros también vieron el edificio, y yo se lo conté a los que estaban alrededor. Me preguntaron si veía el nombre de alguna localidad. Y sí, lo vi: eran dos palabras que a la luz del sol se distinguían perfectamente; el cartel colgaba del lado más estrecho del edificio, debajo del techo, justo enfrente de nuestro vagón: «Auschwitz-Birkenau», eso leí, estaba escrito con las típicas letras alemanas, altas y onduladas. Traté en vano de acordarme de mis estudios de geografía, los demás tampoco tenían idea de dónde estábamos. Me senté, pues tenía que ceder el puesto a otro y, como todavía era temprano y tenía sueño, pronto me volví a dormir.

Más tarde, me despertaron los movimientos y el alboroto de los demás. Fuera, el sol brillaba ya con toda su fuerza y el tren avanzaba. Les pregunté a los muchachos dónde estábamos y me respondieron que en el mismo sitio, que el tren se acababa de poner en marcha: me habría despertado por eso. Delante de nosotros se veían fábricas, junto a otros edificios. Un minuto después, los que estaban al lado de las ventanas nos comunicaron que estábamos pasando por debajo de un arco o portón, lo cual era evidente por el cambio de luz. Al cabo de otro minuto, el tren se detuvo, y entonces nos dijeron, muy excitados, que ahora podía verse una estación con soldados y con más gente. Muchos empezaron a recoger inmediatamente sus cosas, a abrocharse las camisas; las mujeres a peinarse, averse como podían, ponerse guapas. Desde fuera, se oían golpes, puertas que se abrían, ruidos de la gente que bajaba de los vagones; tuve que reconocerlo porque no había la menor duda: habíamos llegado a nuestro destino. Estaba contento, por supuesto que sí, pero sentía que mi alegría habría sido distinta si hubiéramos llegado la víspera o el día anterior. Luego, se oyó un golpe seco de algún instrumento que se accionaba en la puerta de nuestro vagón y alguien o más bien algunos descorrieron la enorme y pesada puerta.

Primero oí unas voces, en alemán u otro idioma similar; parecía que todos hablaran a la vez. Por lo que entendí querían que bajáramos. Sin embargo, eran ellos los que subían o eso me parecía, porque no había forma de ver nada. Se corrió la voz de que teníamos que dejar todas nuestras pertenencias. Más tarde, como nos explicaron, nos las devolverían, pero desinfectadas y sólo después de la ducha que nos esperaba. «Ya era hora», pensé.

Entonces, en medio de aquella masa humana, vi por primera vez a los hombres que se encontraban allí. Me sorprendió mucho, puesto que era la primera vez en mi vida que veía yo, por lo menos desde tan cerca, unos presos de verdad, con el típico uniforme a rayas de los delincuentes, el gorrito redondo y la cabeza afeitada. Mi primera reacción natural fue retroceder. Algunos de ellos respondían a las preguntas de la gente, otros examinaban el vagón y empezaban a desalojar el equipaje con la experiencia de mozos de carga profesionales y con una rapidez extraña, típica de los zorros. Todos ellos llevaban en el pecho, al lado del número típico de los presos, un triángulo amarillo; aunque no tuve dificultades para descifrar el significado de aquel color, de repente tomé conciencia de que durante el viaje casi me había olvidado de ese asunto. Sus caras tampoco inspiraban mucha confianza: orejas separadas, narices aguileñas, ojos pequeños, hundidos y pícaros. Según todos los indicios, parecían judíos. A mí todos me parecieron sospechosos o, cuanto menos, extraños. Cuando nos vieron a nosotros, a los muchachos, su excitación fue evidente. Empezaron a susurrar frases rápidas, y entonces descubrí que los judíos no sólo teníamos el idioma hebreo, como yo había creído: «*Reds di jiddish, reds di jiddish?*». [¿Habla usted yiddish?] preguntaban. Por nuestra parte sólo respondimos: «*Nein*» [No], lo que no les puso muy contentos. Entonces, lo comprendí fácilmente en alemán, querían saber cuántos años teníamos. Les dijimos: «*Vierzehn, fünfzehn*» [Catorce, quince], según el caso. Protestaron enseguida, gesticulando con manos y cabezas, moviendo todo el cuerpo: «*Zescáin*» [Dieciséis], nos susurraron por todas partes, «*Zescáin*». Eso me sorprendió y les pregunté: «*Warum?*» [¿Por qué?] «*Willst di arbeiten?*» [¿Quieres trabajar?], preguntó uno de ellos, clavando su mirada vacía y cansada en la mía. Le respondí: «*Natürlich*» [Naturalmente], para eso estaba allí. Después él me agarró del brazo con sus manos amarillentas, huesudas y duras, y me sacudió diciéndome: «*Zescáin... Verstaist di?... Zescáin!...*». [Dieciséis... ¿Lo entiendes?... Dieciséis.] Al ver que estaba enojado y que le daba tanta importancia a la cuestión, nos pusimos de acuerdo entre los muchachos, y entre bromas le prometí: «Bueno, pues tengo dieciséis años». Y que no hubiera entre nosotros -dijeran lo que dijeran, no tendría nada que ver con la realidad- hermanos, y menos -qué raro- gemelos o mellizos, y sobre todo: «*Jeder arbeiten, nist ká mide, nist ká krenk*». [Todos trabajan. No hay que cansarse, no hay que enfermarse.] Eso pude oír en los escasos dos minutos que por entre el tumulto me costó llegar desde mi sitio a la puerta, donde por fin di un salto fuera, al sol, al aire libre.

Lo primero que apareció ante mí fue un inmenso terreno llano. Por unos instantes no pude ver nada, porque tanta luminosidad y tanto brillo blanquecino del cielo y de la tierra herían mis ojos. Pero no tuve tiempo para contemplaciones; a mi alrededor todos iban y venían, no dejaban de hablar, de preguntar, de tratar de poner orden. Las mujeres -se decía- tenían que separarse de nosotros, puesto que no nos podíamos duchar todos juntos. Los viejos, los enfermos, los niños pequeños con sus madres y los que estaban agotados por el viaje irían en camiones que los estaban separando. Todo eso nos lo comunicaron otros presos que había en todas partes. Me di cuenta, sin embargo, que había también soldados alemanes, con gorros y solapas verdes, que los vigilaban y dirigían todo con gestos expresivos y decididos: su presencia llegó a tranquilizarme un poco, puesto que como iban tan bien vestidos y arreglados, eran los únicos en medio de todo aquel caos que inspiraban firmeza y tranquilidad. Oí a algunos de los adultos que se encontraban entre nosotros decir que tratáramos de colaborar, limitándonos en las preguntas y en las despedidas, para presentarnos delante de los alemanes como seres inteligentes, no como una banda de animales: yo no podía más que estar de acuerdo. Me sería difícil relatar el resto: una corriente fuerte e incontrolable de cuerpos humanos me llevaba, arrastrándome. Detrás de mí, una voz femenina gritaba algo a alguien sobre un «bolso pequeño» que se había quedado en sus manos. Por delante, una vieja trataba torpemente de avanzar, y yo oí que un muchacho bajito le decía: «Hágales caso,

madre, ya verá cómo nos volveremos a ver pronto». Con una sonrisa cómplice, como de persona mayor, se dirigió a uno de los soldados que había a su lado, y le dijo: «*Nicht wahr, Herr Offizier, wir werden uns bald wieder...*» [¿Verdad, señor oficial, que pronto volveremos a vernos?]. Entonces, me llamó la atención un niño de cara sucia y de pelo rizado, vestido como un maniquí, que chillaba y trataba de liberarse con tirones y empujones de las manos de una mujer rubia, su madre. «¡Quiero ir con mi papá! ¡Quiero ir con mi papá!», gritaba, chillaba, aullaba, pataleando de manera ridícula con sus zapatos blancos sobre los guijarros blancos y el polvo blanco. Yo trataba de seguir los pasos de los muchachos, guiados por las indicaciones de Rozi, mientras una señora con un vestido de verano estampado trataba de abrirse camino, apartándonos a los demás, para ir hacia los camiones. Más adelante, un señor mayor, con sombrero negro y corbata también negra, daba vueltas, dejándose arrastrar y empujar delante de mí, mientras buscaba por todos lados, y gritaba: «¡Ilonka! ¡Mi Ilonka!». Un hombre alto con la cara huesuda y una mujer de pelo negro largo se abrazaban, apretándose estrechamente, y se besaban, impidiéndonos el paso a los que queríamos avanzar, hasta que la corriente arrastró a la mujer, o más bien la muchacha, separándola de su compañero, tragándosela por completo; todavía la volví a ver un par de veces, esforzándose por asomar la cabeza y hacer señas de despedida.

Todas esas imágenes y voces, todos esos acontecimientos me confundieron y me aturdieron un poco; era tanta la cantidad de gente que se unía en un solo torbellino raro y multicolor, casi disparatado que no pude observar bien las cosas, quizá más importantes. Por ejemplo, no podría afirmar con exactitud si fue nuestro esfuerzo o el de los soldados o el de los presos o el de todos juntos el que consiguió formarnos en una sola y larga fila de cinco hombres -ya sólo de hombres-, que lenta pero decididamente avanzaba paso a paso. Allá adelante, nos dijeron otra vez, nos esperaba la ducha, pero primero teníamos que pasar el examen médico. Nos explicaron, aunque era fácil adivinarlo, que se trataba de un examen de aptitud para el trabajo.

Entretanto, tuvimos unos momentos de descanso. Los muchachos merodeaban: delante, detrás, a los lados; nos hacíamos señas, nos saludábamos; estábamos todos. Hacía calor. Tuve también la ocasión de mirar alrededor, para ver dónde estábamos. La estación parecía limpia y cuidada; el suelo era de guijarros, como es habitual, y tenía unas franjas de césped con flores amarillas, un camino asfaltado, impecablemente blanco, que se perdía en el horizonte. También me di cuenta de que el camino estaba separado del inmenso terreno colindante por una fila de columnas iguales, entre las cuales se extendía una alambrada de púas. Era fácil adivinar: allí debían de estar los presos. Empezaron a intrigarme por primera vez -quizá porque por primera vez tuve tiempo para ello- y tuve curiosidad por conocer sus crímenes.

Me volvió a sorprender el tamaño de aquel llano. Sin embargo, en medio de tanta gente y de tanta luminosidad, no pude apreciar los detalles; apenas pude divisar los edificios de un piso que se extendían en la lejanía, alguna que otra construcción tipo torre de caza, torres, chimeneas. Varios compañeros señalaron hacia arriba: era un objeto alargado, inmóvil y brillante, anclado en el cielo limpio, sin nubes, pero que estaba descolorido y cubierto por vapores blancos. Era un Zeppelin. Alguien explicó que se utilizaba para detectar ataques aéreos. Me acordé del sonido de las sirenas que habíamos oído al alba. Sin embargo, los soldados alemanes no parecían ni mucho menos preocupados o asustados. Al recordar los ataques aéreos que había vivido en casa, el susto y el miedo, la tranquilidad casi despreocupada, la invulnerabilidad de los soldados, me hizo comprender por qué en casa siempre se había hablado con tanto respeto de los alemanes. Me fijé también en las dos líneas en forma de rayos que llevaban en el cuello del uniforme. Así comprobé que pertenecían a las famosas unidades SS, de las que había oído hablar largo y tendido. Ahora puedo afirmar con toda seguridad que entonces no los encontré peligrosos: iban y venían despreocupadamente, al lado de nuestras filas, respondiendo a preguntas, asintiendo con la cabeza, dándonos simpáticas palmaditas en la espalda o en los hombros.

En aquellos momentos ociosos de espera advertí otra cosa más. En mi ciudad también había visto ya muchos soldados alemanes, por supuesto que sí, pero siempre parecían apresurados, ocupados, impecablemente vestidos y poco comunicativos. Aquí se comportaban de otra manera,

con menos formalidad, se sentían más como en su casa. En sus vestimentas, gorros, botas o uniformes más o menos reglamentarios, se podían apreciar diferencias según hicieran un trabajo u otro. Todos llevaban su arma colgando del hombro; era natural, a fin de cuentas eran soldados. Muchos llevaban también un bastón, lo cual me sorprendió porque ninguno parecía tener defectos para caminar, todos eran sanos y fuertes. Al cabo de un rato tuve ocasión de observar aquel objeto más de cerca. Un soldado que estaba delante de mí se llevó el bastón a la espalda, lo cogió por los dos extremos, en posición horizontal, a la altura de la cadera, y empezó a blandirlo con movimientos que parecían aburridos. Cuando llegó a mi altura en la fila comprobé que ni era de madera ni era un bastón, sino que se trataba de un látigo. Me causó una sensación un tanto extraña, pero no le di mucha importancia, puesto que hasta aquel momento nadie lo había utilizado y, además, había muchos presos entre nosotros.

Después me puse a escuchar los llamamientos sin hacer mucho caso; me acuerdo que preguntaron si había entre nosotros mecánicos o gente que supiera de mecánica, luego por gemelos o mellizos, gente con deficiencias físicas y -en medio de alguna que otra risita- si había algún enano; siguieron por los niños, asegurándonos que todos ellos recibirían un trato especial, estudios en lugar de trabajo, en fin, todo tipo de ventajas. Algunos de los adultos nos animaban: decían que no perdiéramos la ocasión de pasar por niños. Pero me acordé de los consejos de los presos que habían subido a nuestro vagón; de todas formas, yo prefería trabajar a vivir como un niño, claro que sí.

Habíamos avanzado bastante en la fila. Pude ver que ahora había más soldados y más presos alrededor. Las filas de cinco se iban transformando en una fila india. Nos dijeron que nos quitásemos las chaquetas y las camisas para que estuviéramos delante del médico con el pecho descubierto. Avanzábamos cada vez más deprisa. Vi dos grupos que estaban formados más adelante: a mi derecha había un grupo mixto grande, y a mi izquierda, otro, más pequeño y más atractivo, con algunos de nuestros muchachos. Enseguida supuse que estos últimos debían de ser los considerados aptos para trabajar. Yo avanzaba cada vez más deprisa, hacia un punto que parecía fijo en medio del bullicio y del caos, donde podía verse un uniforme impecable, con el típico gorro alto y arqueado de los alemanes; me sorprendió que me tocara tan pronto mi turno.

El examen propiamente dicho duró sólo unos dos o tres segundos. Justo delante de mí estaba Moskovics; el médico le indicó enseguida la dirección del grupo más numeroso, extendiendo el dedo índice hacia el otro lado del camino. Oí que Moskovics trataba de explicarse: «*Arbeiten... Sechzehn...*» [Trabajo... Dieciséis], pero una mano lo apartó de allí, y yo ocupé su lugar. A mí el médico me examinó con más detenimiento, dirigiéndome miradas reflexivas, serias y atentas. Me erguí para enseñarle mi pecho y -me acuerdo- sonreí ligeramente para paliar lo de Moskovics. Sentí confianza en aquel hombre, puesto que tenía buen aspecto y una cara simpática, alargada y bien afeitada, con labios finos y ojos azules o grises, en todo caso, claros y bondadosos. Pude fijarme bien en él, mientras apoyaba sus manos enguantadas en mis mejillas y me apartaba la piel de debajo de los ojos, con el típico gesto rutinario de los médicos. Al mismo tiempo, en una voz baja pero clara, característica de los hombres cultos, me preguntó, como sin darle importancia: «*Wieviel Jahre alt bist du?*». [¿Cuántos años tienes?] «*Sechzehn*», le respondí. Asintió con la cabeza, como aceptando la respuesta correcta, no la verdad, por lo menos ésa fue mi impresión. Tuve la sensación -quizás equivocada- de que estaba contento o aliviado, de que yo le caía bien. Entonces, moviéndome la cara hacia un lado e indicándome la dirección con la otra mano, me mandó al otro lado, donde estaban los aptos para el trabajo. Los muchachos ya me estaban esperando, sonriendo, contentos y victoriosos. Viendo sus caras relucientes comprendí la diferencia que había entre el otro grupo y el nuestro: era la victoria, si lo interpreté bien.

Mientras me ponía la camisa, intercambié unas pocas palabras con mis compañeros; luego tuvimos de nuevo que esperar. Desde donde me encontraba, pude observar mejor lo que ocurría al otro lado del camino. La gente no dejaba de llegar y de distribuirse en dos grupos delante del médico. Llegaron más muchachos y, naturalmente, yo también participé en su recepción. Vi a las mujeres, más allá, en otra fila; estaban rodeadas de soldados y de presos, pasaban delante del

médico, todo ocurría igual, excepto que ellas no tenían que descubrirse el pecho, claro está. Todo se movía, todo funcionaba, todos estaban en su sitio, cumpliendo con su trabajo, con puntualidad, serenidad y automatismo. Había sonrisas en muchas caras, unas humildes y otras más seguras, unas dubitativas, otras que parecían prever los resultados, pero al fin y al cabo todas eran sonrisas, como la que yo tenía en el rostro. Con la misma sonrisa se dirigió a un soldado una mujer morena, muy guapa, que llevaba aretes y un impermeable blanco que mantenía cerrado con las manos cruzadas en el pecho; con la misma sonrisa pasó delante del médico un hombre moreno de buen aspecto: resultó apto para trabajar. Así llegué a comprender el trabajo del médico. Si llegaba un hombre viejo: lo mandaba al otro lado, claro; si llegaba uno más joven: a nuestro lado; llegaba otro, panzudo, aunque se pusiera muy erguido: no servía... sí servía, el médico lo mandaba a nuestro lado, aunque yo no estaba muy convencido, lo veía más bien entrado en años. También advertí que la mayoría de los hombres tenían barba de varios días, por lo que no podían causar una impresión muy buena. Al mirarlos con los ojos del médico, me di cuenta de cuántos viejos e inútiles había. Uno era demasiado flaco, el otro demasiado gordo, a otro sus tics lo convertían en neurótico: la nariz, la boca y los ojos se movían de una manera muy rara, como si fuera un conejo husmeando; él también sonreía de buena gana, como cumpliendo con su deber, mientras con pasos precipitados y torpes se dirigía al grupo de los no aptos para trabajar. Llegó otro, con la chaqueta y la camisa en la mano, los tirantes de los pantalones caídos hasta las rodillas; en sus brazos y en su pecho se adivinaba la flaccidez de los años. Cuando llegó delante del médico, éste, naturalmente, lo mandó con los no aptos; el rostro cubierto de barba, su expresión, la sonrisa, igual pero más familiar, los labios resecos y partidos me trajeron recuerdos: parecía querer decirle algo al médico. Sin embargo, éste ya no le hacía caso, miraba al siguiente; ya entonces una mano lo llevó hacia allá, probablemente la misma que se había llevado a Moskovics. El hombre hizo un gesto, se volvió hacia atrás, con una expresión estupefacta e indignada: sí, era el Experto, no me había equivocado.

Tuvimos que esperar un par de minutos más. Había mucha gente haciendo cola para la revisión. En nuestro grupo éramos unos cuarenta, según mis cálculos; nos dijeron que nos fuéramos a duchar. Un soldado vino a nuestro lado, pero yo no pude saber de dónde había salido. Era un hombre bajito, más bien mayor y de aspecto pacífico que llevaba un enorme fusil, parecía un simple soldado sin rango. «*Los, ge' ma' vorne!*», nos dijo, o algo así, sin ningún respeto por las reglas gramaticales. Lo dijera como lo dijera, a mí me sonó agradable, puesto que ya nos estábamos impacientando no tanto por el jabón sino por el agua, claro está. Seguimos un camino que se extendía por debajo de un portón con alambres de púas, hacia un rincón donde debían de estar las duchas. Íbamos en grupos pequeños, sin prisas, hablando y mirando alrededor; detrás de nosotros iba el soldado, sin pronunciar palabra, indiferente. A nuestros pies, el camino era ancho e impecablemente blanco; delante de nosotros se extendía el llano infinito y abrumador en el aire caluroso que parecía temblar y ondear. A mí me inquietaba el hecho de que el lugar adonde nos dirigíamos estuviera muy alejado, pero resultó que el edificio de las duchas estaba tan sólo a diez minutos de la estación. Todo lo que vi durante el trayecto resultó de mi agrado. Sobre todo, un campo de fútbol que estaba en un claro, a la derecha, y que parecía estar en perfecto estado: con su prado verde, sus porterías, sus líneas debidamente trazadas; todo bien cuidado y ordenado. Enseguida nos pusimos a hacer planes: después del trabajo iríamos allí a jugar al fútbol. Aún me gustó más lo que vimos al otro lado: una de esas fuentes típicas que se encuentran en los campos. En ella, un letrero con letras rojas prevenía: «*Kein Trinkwasser*» [No potable], pero en aquel momento no nos importó en absoluto. El soldado esperó pacientemente; puedo decir que nunca me había causado tanto placer beber agua, aunque después me quedara un sabor fuerte y nauseabundo, como a residuos químicos. Seguimos andando y, más allá, divisamos algunas casas, las mismas que habíamos visto desde la estación. La verdad es que de cerca parecían edificios un poco raros, largos y bajos, de un color indefinido, con aparatos de aire o de luz que asomaban colgados del techo. Cada edificio estaba rodeado por un sendero de guijarros rojos y separado del camino principal por franjas de césped bien cuidado. Observé, divertido, que algunas de aquellas granjas eran como pequeñas huertas, con repollos plantados y con flores de todos los colores. Todo era pulcro, cuidado y hermoso. Tuve que reconocer que tenían razón los que en la fábrica de ladrillos nos habían

hablado bien de los alemanes. Sólo faltaba un pequeño detalle: no había ninguna señal de vida. Pensé que eso era natural, al fin y al cabo, a esas horas la gente estaría trabajando.

Después de girar a la izquierda y de pasar por otro portón con alambres, llegamos a las duchas, que se encontraban en medio de un patio. Allí nos estaban esperando, y nos explicaron todo con paciencia y con amabilidad. Primero, entramos a un lugar con el suelo cubierto de baldosas, que era como una antesala. En el interior había mucha gente, algunos de ellos llegados en nuestro tren, por lo que comprendí que la rueda seguía girando sin cesar. De la estación llegaba más y más gente, en grupos, para ducharse. Dentro nos ayudaba un preso, un preso -tuve que reconocerlo- muy elegante; vestía el mismo uniforme a rayas pero con hombreras y un corte impecable, como si fuera a la última moda, bien planchado y todo; su cabello era negro y bien peinado, como el nuestro, las personas que estábamos en libertad. Nos recibió de pie, en el otro extremo de la sala, junto a un soldado que estaba sentado detrás de un pequeño escritorio. El soldado era bajito, de aspecto campechano y muy gordo; tenía una gran papada que casi se confundía con su enorme barriga; dos minúsculos y pícaros ojos apenas se reconocían en su rostro, bien afeitado, amarillento y lleno de arrugas: me recordó a los enanos que habían estado buscando entre nosotros en la estación. Sin embargo, llevaba el gorro del uniforme que inspiraba respeto y tenía ante sí una cartera nueva y brillante, y un látigo de cuero blanco -una verdadera pieza de artesanía, tuve que reconocer-, que sin lugar a dudas le pertenecía. Todo aquello pude verlo, entre las cabezas y los hombros de los demás, mientras entrábamos en la sala y nos uníamos a los que ya estaban dentro. El preso, entretanto, salió y volvió a entrar por una puerta que estaba en frente, y luego le dijo algo confidencial al soldado, inclinándose sobre su oreja. El soldado parecía satisfecho y, al responderle, pudimos oír su voz fina, aguda y entrecortada por suspiros, como la de un niño o una mujer. Después de ponerse erguido, levantó un brazo bien alto en el aire, mientras el preso se dirigía a nosotros, pidiéndonos «silencio y atención»; entonces experimenté por primera vez la agradable sensación, tantas veces recordada por los mayores, de oír palabras húngaras en el extranjero; el preso era, pues, un compatriota nuestro. Enseguida sentí pena por él, pues veía que se trataba de un hombre joven y a todas luces inteligente, distinguido aunque estuviera preso; me entraron ganas de preguntarle qué delito le había llevado allí. Nos dijo que nos comunicaría nuestros deberes y transmitiría los deseos de *Herr Oberscharführer*. Si, como era de esperar, nosotros colaborábamos, todo se arreglaría «de manera rápida y eficiente», lo que repercutiría en nuestro interés y satisfaría plenamente los deseos de *Herr Ober*, dijo dirigiéndose a él de una forma más familiar, como si descuidara las formas oficiales.

Después, nos explicó un par de detalles evidentes en esas situaciones; el soldado acompañaba sus palabras con movimientos de cabeza aprobatorios para afirmar la credibilidad de un hombre que, al fin y al cabo, era un preso, dirigiendo su rostro simpático y sus ojos alegres hacia él o hacia nosotros. Nos enteramos, por ejemplo, de que en la siguiente sala, a la que llamó «vestuario», nos tendríamos que quitar toda la ropa y colocarla de manera ordenada en unos percheros que tenían sus correspondientes números. Mientras nos estuviéramos duchando, desinfectarían nuestras ropas. Era necesario -lógicamente, como nos decía- que recordáramos nuestros respectivos números. También me pareció lógico que nos propusiera atar nuestros zapatos para «evitar extravíos o pérdidas». A continuación, unos barberos profesionales nos cortarían el pelo y, según nos prometía, después de todo eso llegaríamos a las duchas.

Antes de proceder con nuestro cometido solicitó que aquellos que todavía llevaran cualquier objeto de valor, como oro, joyas, piedras preciosas o simplemente dinero, se lo entregaran a *Herr Ober* de manera voluntaria, puesto que era la última ocasión para «deshacerse de ese tipo de pertenencias sin ninguna consecuencia penal». Según nos explicó, estaba «terminantemente prohibido» poseer objetos de valor o comerciar con ellos en todo el territorio del *lager* o sea campo; aquella expresión alemana me resultó del todo conocida. Después de la ducha, todos tendríamos que pasar por «un aparato de rayos X especial», según nos explicó; el soldado asintió con vehemencia y alegría al oír la palabra «rayos X», pues seguramente pudo reconocerla. Entonces me acordé del guardia armado del tren, quien, al fin de cuentas estaba bien informado. El preso añadió que el intento de delito de contrabando tendría como consecuencia una severa pena para el culpable

y el riesgo de manchar nuestro honor frente a las autoridades alemanas y, por lo tanto, sería «absurdo e ilógico». Aunque yo no estuviera implicado, me pareció que tenía toda la razón. Un breve silencio, intenso y un tanto incómodo, siguió a sus palabras. Entonces, alguien entre la gente más cercana al escritorio, se abrió paso para acercarse y colocar algo delante del soldado, después regresó a su sitio. El soldado dijo algo que sonó como una aprobación y, tras un breve examen visual, colocó el pequeño objeto -desde donde yo estaba, no se veía muy bien qué era- en el cajón del escritorio. El soldado parecía contento. Hubo otro momento de silencio, más corto que el anterior, y alguien se movió, otro hombre, y luego otro y otro, y así muchos, de manera cada vez más rápida, más decidida; todos pasaban por delante del escritorio y colocaban sus objetos en el pequeño espacio que quedaba entre el látigo y la cartera. Con excepción del ruido de los pasos y de los objetos y las breves palabras aprobatorias o alentadoras del soldado, todo se desarrolló en el más absoluto silencio. También observé que el soldado procedía de la misma manera con todos los objetos. Aunque alguien pusiera dos objetos sobre la mesa, él siempre los examinaba uno por uno. Luego abría el cajón, colocaba uno de los dos objetos, cerraba el cajón, en la mayoría de las ocasiones, empujándolo con la barriga, para proceder a examinar la pieza siguiente, de la misma manera que había hecho con las anteriores.

Yo estaba perplejo por la cantidad de cosas que iban apareciendo, puesto que los guardias armados ya habían requisado un montón de artículos parecidos. También me sorprendió la prisa, la diligencia que ponía la gente en entregar sus pertenencias, después de haberlas guardado durante tanto tiempo y de haber afrontado los riesgos que eso pudiera traerles. Seguramente a eso se debía la expresión un tanto vergonzosa y solemne, pero en todo caso aliviada. De todas formas, comprendí que la situación no era la misma que en las dependencias del cuartel: ahora nos encontrábamos al comienzo de una nueva vida y se trataba de otra cosa totalmente distinta, por supuesto. Todo ese proceso duró unos tres o cuatro minutos.

De lo demás, no puedo decir más que todo ocurrió según las indicaciones previas del preso. Se abrió la puerta y entramos en una sala donde había largos bancos con perchas encima de ellos. Encontré el número que me correspondía y lo repetí mentalmente varias veces para no olvidarlo. Até los dos zapatos con el cordón, como nos habían aconsejado. Entramos en una sala enorme y bien iluminada, donde había presos trabajando con navajas y máquinas rasuradoras: eran los peluqueros. Me acerqué a uno de ellos que estaba situado a la derecha. Probablemente me indicó que me sentara -yo no hablaba su idioma- en el taburete que había delante de él. Me cortó el cabello hasta el último pelo, dejándome la cabeza totalmente afeitada. Después cogió la navaja, me indicó que levantara los brazos y me afeitó los sobacos. A continuación se sentó delante de mí, en un taburete bajito. Sin decir palabra, me agarró el órgano más delicado y me quitó todo el vello con su navaja, toda aquella pelambreira que apenas había empezado a crecer y que constituía mi orgullo como hombre. Es posible que parezca absurdo pero la pérdida de aquel vello me resultó aún más dolorosa que la pérdida de mi cabello. Estaba muy sorprendido y un tanto molesto pero comprendí que sería ridículo salirme de las casillas por una cosa que, al fin y al cabo, no tenía mayor importancia. Los demás muchachos se encontraban en la misma situación y le gastaban bromas al Suave, preguntándole cómo se defendería así con las chicas.

Pero ya nos estaban llamando: nos esperaba la ducha. En la puerta, un preso le entregó un pedazo de jabón color marrón a Rozi que iba delante de mí, dándole a entender que era para tres personas. En la ducha nos esperaban un suelo resbaladizo de tablas de madera y un sistema de tuberías en el techo con duchas incorporadas. Adentro, ya había muchísima gente: todos estaban desnudos y olían bastante mal.

Me sorprendió el hecho de que el agua empezara a correr por sí sola, después de buscar todos, yo incluido, los grifos inútilmente. El agua no caía a chorros demasiado abundantes, pero su temperatura me pareció agradable. Antes que nada, bebí un buen trago y sentí que tenía el mismo sabor que la de la fuente; luego simplemente me deleité dejando caer el agua por todo mi cuerpo. Alrededor, los otros también se estaban duchando; soplaban y resoplaban, disfrutando de aquellos momentos de despreocupada alegría. Los muchachos nos hicimos bromas por nuestras cabezas

rapadas. El jabón que nos habían entregado formaba muy poca espuma y contenía pequeñas partículas duras y cortantes. Un hombre regordete que estaba a mi lado, con pelos negros y rizados por la espalda y el pecho que no le habían afeitado, se enjabonó durante largo rato, con movimientos solemnes, casi rituales. Yo notaba que algo, aparte de su cabello, naturalmente, le faltaba pero no sabía qué. Entonces me di cuenta de que en la mandíbula y alrededor de la boca tenía el rostro más blanco y lleno de pequeños cortes recientes. Reconocí enseguida que era el rabino de la fábrica de ladrillos: así pues, él también había venido. Sin su barba, me pareció menos extraño; podía haber pasado por un hombre cualquiera, con la nariz un poco más grande de lo normal. Estaba enjabonándose los pies cuando, de la misma manera inesperada con que había empezado a correr, se cortó el agua; entonces, dirigió su cabeza hacia arriba, luego miró su cuerpo con resignación, como alguien que comprende y acepta y se somete ante la voluntad de una autoridad suprema.

Yo tampoco pude hacer otra cosa que dejarme llevar pues me estaban empujando y arrastrando hacia fuera. Entramos en una sala mal iluminada, donde un preso nos dio a cada uno un pañuelo, no, mejor dicho, una toalla, diciendo que se la devolviéramos después de utilizarla. Un poco más adelante, otro preso me untó con un pincel en la cabeza, las axilas y las ingles. El pincel contenía un líquido de color indefinible que picaba y olía mucho a desinfectante. Todo aquello lo hacían de una manera automática, con movimientos rápidos y hábiles.

A continuación nos encaminamos por un pasillo con dos ventanas iluminadas a la derecha y una pequeña salita sin puerta al final; por cualquier lugar que pasáramos había presos, que distribuían ropa. A mí, como a todos, me dieron una camisa que parecía haber sido azul con rayas blancas y que no tenía cuello -era similar a las que acostumbraban usar nuestros abuelos-, unos calcetines también de la misma época, un par de cordones para los pantalones, un traje de lienzo muy usado, de rayas blancas y azules, igual que el traje de los presos: la mirase como la mirase, aquella ropa era un uniforme de preso. En la pequeña salita abierta pude elegir yo mismo entre los muchos pares de zapatos que había con suela de madera, forrados con tela, y que no tenían cordones sino tres botones a los lados; encontré unos que eran aproximadamente de mi número. También recogí los dos paños de tela gris, que parecían pañuelos, más otra prenda imprescindible, el gorro redondo, bastante destrozado, a rayas, también típico de los presos.

Durante unos instantes estuve indeciso, no sabía exactamente qué hacer, pero no me podía entretener en medio de tantas prisas, tanto jaleo, tanta gente vistiéndose, puesto que tampoco quería quedarme atrás. Me até los pantalones -que eran anchos y no tenían cinturón ni nada parecido- como pude y corriendo; los zapatos eran también muy raros, puesto que la suela era totalmente rígida. Terminé de vestirme y me puse el gorro en la cabeza. Cuando acabé los otros muchachos también estaban ya vestidos, nos miramos atónitos, sin saber si reír o llorar. Menos mal que no tuvimos tiempo ni para una cosa ni para otra, porque cuando quisimos darnos cuenta ya estábamos otra vez fuera. No sé quién estuvo dándonos órdenes, ni sé muy bien qué ocurrió; sólo recuerdo que alguien me golpeó, entre empujones y tirones, y yo me dejé llevar, tratando de no caerme con mis zapatos nuevos, escuchando, aturdido, unos golpes sordos, como si estuvieran pegando a la gente por detrás, por la espalda. Así continuamos hacia delante, atravesando plazas y patios, por caminos rodeados de alambres, más portones que se abrían y se volvían a cerrar, hasta que al final ya todo se me hizo confuso y caótico y no supe siquiera dónde estaba.

5

No puede haber, creo yo, ningún preso que al principio no se extrañe de su condición. También nosotros, los muchachos, estuvimos mirándonos extrañados en el patio al que llegamos después de la ducha. Me fijé en un hombre joven que estaba junto a mí, el cual se examinaba su vestimenta, palpándola de arriba abajo, con mucha atención y dedicación pero también con incredulidad, como si tratara de comprobar la calidad de la tela. Luego miró alrededor como si quisiera decir algo, pero al final no dijo nada porque vio que todos estábamos vestidos igual: por lo menos eso me pareció, aunque quizás estaba equivocado. Incluso con su cabeza rapada, con aquella vestimenta, con su uniforme de preso que le quedaba un poco corto pude reconocerlo por su cara huesuda: era el enamorado que una hora antes -porque una hora más o menos había pasado desde nuestra llegada hasta nuestra transformación completa- se había visto obligado a separarse de su enamorada con tanta pena.

En ese momento, de repente, sentí que me arrepentía de algo. Cuando todavía vivía en mi casa, encontré por casualidad un libro en el estante; se trataba de un libro cubierto de polvo que probablemente nadie había leído jamás. El autor había sido un preso; yo empecé a leerlo pero no pude acabarlo porque no lograba entender el razonamiento del escritor. Me pareció que los protagonistas tenían nombres muy largos, muy complicados, imposibles de retener y, al fin y al cabo, aquel libro no me interesaba en absoluto; después de todo yo aborrecía la vida de los presos. Ahora que, sin lugar a dudas, lo iba a necesitar, no tenía ni idea de lo que allí se narraba. Lo único que recordaba era que el preso decía que se acordaba más de los primeros días de su cautiverio que de los últimos, a pesar de que éstos estaban más próximos al período en que escribió su obra. Esa sola idea ya me pareció sospechosa, pues creía que se trataba de una mentira. Sin embargo, ahora sé que decía la verdad: yo mismo recuerdo mucho mejor el primer día que todos los siguientes.

Al principio, me sentía como si sólo estuviera allí de paso, de una manera lógica y comprensible, como corresponde a los engaños e ilusiones típicos de la naturaleza humana. El patio, ese terreno soleado, parecía un tanto desierto, no había ni rastro del campo de fútbol, ni huerta, ni plantas, ni césped, sólo una enorme y sencilla edificación de madera que me recordaba un pajar o un cobertizo: seguramente nuestro nuevo hogar. Para entrar, nos dijeron, teníamos que esperar el toque de queda vespertino. Por delante y detrás de nuestro edificio había otros, muy similares, dispuestos en filas que parecían infinitas, y a la izquierda, otra fila con los mismos edificios separados por espacios iguales. Más lejos se veía un camino ancho, asfaltado, mejor dicho otro camino ancho y asfaltado, puesto que después de salir de la ducha, la uniformidad de los edificios, patios y caminos era tal que yo ya no distinguía nada de nada. En el punto en el que ese camino convergía con otro que se extendía entre los cobertizos, había una barrera con rayas rojas y blancas, finas y bien trazadas, como de juguete. A la derecha se veían las vallas con alambre de púas, reforzadas, según nos dijeron, con corriente eléctrica; yo no pude creerlo hasta que tuve ocasión de reconocer aquellos pequeños pivotes de porcelana blanca, tan típicos de los postes de electricidad y de teléfono. La descarga -nos decían- sería seguramente mortal; en realidad bastaba con pisar la estrecha franja de tierra arenosa que bordeaba la valla para que desde una de las torres de vigilancia nos dispararan sin previo aviso (eran las torres de madera que yo en la estación había tomado por puestos de caza). Todo esto nos lo explicaron con empeño y dándose mucha importancia los que parecían mejor informados.

Al cabo de un rato llegaron los voluntarios, trayendo recipientes rojos y pesados que hacían mucho ruido al chocar unos contra otros. Ya habíamos sido informados y la noticia corría de un lado a otro, a lo largo y ancho de todo el patio: «¡Nos van a traer sopa caliente!». La verdad es que yo también creía que ya era hora de que nos dieran algo de comer; sin embargo, me pareció excesiva la alegría que mostraban unas caras llenas de gratitud, una alegría especial, como de niños,

que los invadió con la noticia. Tuve la sensación de que no se debía tanto a la sopa como simplemente al cuidado y atención que nos brindaban por primera vez después de tantas sorpresas desagradables desde nuestra llegada. También me pareció probable que la noticia la hubiera empezado a difundir aquel preso que parecía nuestro guía, para no decir nuestro anfitrión. Él también llevaba un uniforme de corte perfecto, como el preso de la ducha, tenía pelo -ese detalle ya me resultaba rarísimo- y llevaba un gorro de fieltro azul que en casa solíamos denominar «boina vasca» y zapatos amarillos de cuero, muy bonitos. Llevaba un lazo rojo en el brazo que era evidentemente una señal de autoridad; en ese momento consideré seriamente la idea que me habían inculcado en casa, según la cual «el hábito no hace al monje». El preso llevaba un triángulo rojo en el pecho, señal inequívoca de que él no estaba allí por su sangre sino por su manera de pensar y sus ideales. Con nosotros estuvo simpático aunque reservado y bastante parco en palabras; nos informó de todo lo necesario con mucho gusto. Su comportamiento no me pareció extraño, al fin y al cabo ya llevaba tiempo allí y conocía la situación. Era un hombre alto, más bien delgado, en cuyo rostro, aunque simpático, eran evidentes los signos del cansancio. Me di cuenta de que muchas veces trataba de distanciarse de nosotros y -no sé por qué- nos miraba con extrañeza; pude comprobarlo en sus miradas incrédulas, las muecas en su cara y los gestos de su cabeza. Más tarde me dijeron que era de origen eslovaco. Algunos de los nuestros hablaban su idioma y formaban pequeños grupos alrededor de él.

Fue él mismo quien nos distribuyó la sopa, utilizando un cucharón raro, de mango muy largo que parecía un embudo, y con la ayuda de otros dos presos que tampoco eran de los nuestros. Éstos le iban pasando unos platos rojos y unas cucharas cochambrosas. Tendríamos que apañarnos con un plato y una cuchara para dos personas, puesto que no había para todos; por la misma razón, después de tomarnos la sopa tendríamos que entregarlo todo de nuevo. Cuando me tocó el turno, recibí mi sopa, mi plato y mi cuchara junto con el Curtidor; aquello no me gustó nada puesto que no tenía la costumbre de comer con nadie del mismo plato, pero comprendí que la necesidad producía situaciones anómalas. Primero, probó él la sopa y luego me pasó el plato inmediatamente. Tenía una expresión un tanto rara; al preguntarle qué tal estaba la sopa me dijo que la probara. Vi que todos los muchachos se miraban con sorpresa, entre risas. Entonces yo también probé la sopa y tuve que reconocer que, lamentablemente, era incomedible. Le pregunté al Curtidor qué hacíamos con ella y me respondió que, por él, la podíamos tirar. En aquel momento, una voz muy serena detrás de mí nos comunicó: «Así es la sopa aquí». Era un hombre bajito, bastante mayor, a quien encima del labio superior se le veía la marca del bigote. Su cara reflejaba una mezcla de bondad y experiencia. Varias personas alrededor miraban con disgusto sus respectivos platos y cucharas. Él les explicó que había participado en la Primera Guerra Mundial como oficial del ejército. Allí había tenido ocasión, según dijo, de comer hasta hartarse esa sopa, entre los soldados alemanes en el frente donde habían luchado. Según su opinión, la sopa estaba preparada con «ingredientes desecados», lo que resultaba un tanto raro para el estómago húngaro, reconoció con una sonrisa indulgente llena de comprensión.

Siguió diciéndonos que uno podía acostumbrarse a ella y que era necesario puesto que tenía «un alto valor nutritivo y muchas vitaminas», gracias al conocimiento que tenían los alemanes de la conservación de los alimentos. «De todas formas -añadió con otra sonrisa- la primera regla que debe cumplir un buen soldado es comerse todo lo que le den porque nunca sabe si al día siguiente se lo volverán a dar.» Dicho esto, empezó a comerse su ración, tranquilo y circunspecto, sin hacer una sola mueca de disgusto hasta que la terminó. Yo había decidido tirar la mía a un lado de la barraca, como había visto hacer a algunos adultos y muchachos. Sin embargo cambié de idea al ver que nos observaba un soldado, representante de la autoridad, y temí que pudiera ofenderse; aunque lo único que advertí en su rostro fue una mirada extraña y una sonrisa indefinida. Devolví entonces el plato y la cuchara y a cambio me entregaron una gruesa rebanada de pan con un cubito blanco encima que, por su forma y tamaño, se parecía a los cubitos de los juguetes de construcción y que resultó ser mantequilla, margarina, nos decían. Me lo comí todo a pesar de que nunca había probado un pan como aquél: era cuadrado y no tenía corteza ni miga, parecía estar hecho de barro negro y al

masticarlo, unos trocitos de paja y de granos crujían entre los dientes. Pero al fin y al cabo era pan y yo tenía hambre después de un viaje tan largo. A falta de mejor instrumento, extendí la margarina con el dedo, a la manera de Robinson, como lo vi hacer a otros. Luego me fui a buscar agua pero con gran disgusto comprobé que no había: «Vaya, otra vez a pasar sed, como en el tren», pensé con irritación.

Entonces percibimos claramente aquel olor difícil de definir que ya nos había llamado la atención: era un olor dulzón y pegajoso, con un deje a residuo químico ya conocido, un olor tan intenso que casi me hizo devolver el pan. No nos fue difícil descubrir que procedía de una chimenea situada a nuestra izquierda, en la dirección del camino asfaltado pero mucho más lejos. Parecía la chimenea de una fábrica y, según la respuesta que nos habían dado alguno de los soldados, era en realidad la chimenea de una fábrica de cuero. Yo asocié aquel olor con el de otra fábrica de cuero por la que pasábamos algún domingo, cuando iba con mi padre a ver un partido de fútbol en el estadio de *újpest*.

Al pasar por su lado en el tranvía, siempre tenía que taparme la nariz. También nos dijeron que, por suerte, nosotros no trabajaríamos allí, pues si todo iba bien, si no había brotes de fiebre tifoidea, disentería u otras epidemias, nos trasladarían pronto a un lugar mejor. Por este motivo no llevábamos todavía números en la ropa o en la piel, como nuestro comandante, nuestro «comandante de bloque» como lo llamaban. Entre nosotros, alguno se mostró muy interesado por ver el número que estaba escrito en su muñeca, con tinta verde, como grabado en su piel de manera indeleble, con la ayuda de unas agujas, «tatuado», nos dijeron.

También los voluntarios encargados de traer la sopa habían visto los números en la muñeca de los presos más antiguos que trabajaban en la cocina. Uno de los nuestros les había preguntado qué era aquello, y desde entonces se mostraban obsesionados por comprender el significado de la respuesta que repetían una y otra vez: «*Himmlische Telephonnummer*» [Número de teléfono celestial], les dijeron. El asunto nos daba que pensar a todos; a mí también me sorprendía, pero no pude llegar a ninguna conclusión. La gente empezaba a reunirse alrededor del comandante de bloque y de sus dos ayudantes para preguntarles cosas y comentar las respuestas con los demás, sobre distintas cuestiones que les preocupaban, como las epidemias. «Las hay», nos comunicaron. «Y ¿qué pasa con los enfermos?» «Se mueren.» «¿Y los muertos?» «Los incineran», nos informaron.

No sé cómo, pero poco a poco fuimos descubriendo que aquella chimenea no era de ninguna fábrica de cuero sino del «crematorio», el lugar donde se incineraba a los muertos. Cuando me enteré de aquello, no pude dejar de mirar la chimenea con atención: allí estaba ancha y corta, cuadrada, con la parte de arriba como si estuviera a medio terminar. Yo, por mi parte, no sentía otra cosa que cierto respeto y el olor, naturalmente, aquel olor que nos envolvía, casi nos ahogaba en su masa espesa y pegajosa como un cenagal. Más lejos advertimos, con sorpresa, la presencia de otra chimenea y otra, y luego otra más, en el horizonte. Dos de ellas desprendían humo como la nuestra. Quizá también tuvieran razón los que sospechaban del humo que salía de detrás de un bosquecillo con árboles poco frondosos, los cuales se preguntaban si la epidemia sería tan grande como para que hubiera tantos muertos.

Puedo decir, sin exagerar, que al final del primer día estaba más o menos informado de todo. También fuimos a ver el barracón de los aseos: una sala con tres cabinas de madera que tenían dos agujeros cada una, es decir, seis en total. Había que sentarse encima de ellos o mear adentro, cada cual fuera la necesidad. Tampoco tuvimos mucho tiempo de hacer comprobaciones puesto que pronto apareció un preso muy enfadado con una cinta negra en el brazo y con un garrote pesado en la mano; tuvimos que salir enseguida, algunos ni siquiera habían terminado. Allí también conocimos a presos antiguos pero más amables que parecían más apacibles y hasta se mostraron dispuestos a responder algunas de nuestras preguntas. Para ir y volver de los aseos, en todo momento bajo la mirada del comandante del bloque, tuvimos que andar bastante. El camino discurría al lado de un terreno que me llamó la atención: detrás de la valla con alambres de púas estaban los barracones habituales, donde vi a algunas mujeres que me parecieron muy extrañas.

Especialmente reparé en una, pero desvié la mirada enseguida, porque tenía el vestido abierto y algo que colgaba por fuera, junto a la cabeza calva y brillante de un bebé. Los hombres todavía parecían más raros, vestidos con ropas muy usadas, pero normales, como las que lleva la gente de fuera, la gente libre. Cuando regresamos de los aseos, me enteré de que aquél era el campo de los gitanos. La información me dejó un tanto desconcertado: en casa, todos -incluido yo- sentíamos cierta desconfianza hacia los gitanos, por supuesto, pero nunca había oído que fueran también criminales o delincuentes. En el momento en que pasábamos por el campo, por detrás de la valla apareció una carroza tirada por niños bastante pequeños que parecían caballos poni con el bridón al hombro; un hombre bigotudo caminaba a su lado, con un látigo en la mano. La carga estaba tapada con mantas, pero por las rendijas se veían claramente entre los trapos, las barras de pan -pan blanco- que llevaban. Llegué a la conclusión de que ellos estaban ligeramente por encima de nosotros en el escalafón.

Recuerdo también que en el mismo trayecto, por el camino principal, vi a un hombre vestido con un traje blanco, con una gruesa raya roja en sus pantalones y un gran gorro negro de artista, como los que se ven en los autorretratos de los pintores de la Edad Media, que llevaba en la mano un bastón, como de señorito, y que no dejaba de mirar alrededor. Me costó trabajo creer lo que decían: aquel hombre tan distinguido no era más que un preso como nosotros.

A pesar de que durante el paseo no entablé conversación con ningún desconocido, tuve ocasión de conocer detalles muy precisos. Allí, enfrente, estaban quemando a nuestros compañeros de viaje, los que habían llegado con nosotros en el mismo tren, todos los que habían pretendido subir a los camiones, todos los que en el examen médico resultaron no aptos para trabajar, por ser demasiado viejos o por cualquier otra razón, todos los niños con sus madres y las futuras madres a las que se les notaba ya el embarazo. Como nosotros, todos ellos desde la estación, habían ido a ducharse. También a todos ellos les habían informado sobre las perchas, los números y la organización de la ducha. Después de pasar por el barbero y recibir el jabón entraron en una sala llena de duchas y de tuberías, pero de los grifos no salía agua sino gas. De todos los detalles me fui enterando poco a poco; algunos eran discutidos, otros admitidos, otros adornados y exagerados. Me contaron que esos guardias se mostraban muy amables con ellos; los trataban con consideración; los niños jugaban a la pelota y cantaban. El lugar donde acaban con ellos está situado en medio de un terreno con césped, entre un prado y un bosquecillo: todo eso me pareció una broma o una pifia típica de niños. Como también la manera tan hábil de cambiar nuestra vestimenta con el truco de las perchas y los números, y de arrancarnos nuestras pertenencias con la amenaza de los rayos X, que resultó ser un bulo. De todas formas, tuve que reconocer que aquello no era ninguna broma puesto que el resultado -por así decirlo- podía verlo y sentirlo en mi estómago revuelto, pero no pude evitar pensar que quizá no fuera más que una broma grotesca. Me imaginé entonces que se habrían reunido unos cuantos hombres maduros, no unos niños, unos señores bien vestidos, condecorados con medallas y que fumaban puros, probablemente comandantes, y habrían pedido no ser molestados. A uno se le habría ocurrido lo del gas, a otro lo de la ducha, a un tercero lo del jabón, un cuarto añadió lo de las flores, y así sucesivamente. Algunas de las ideas habrían sido discutidas, enmendadas, otras habrían sido aceptadas enseguida, y entonces todos se habrían puesto de pie (no sé por qué, pero me pareció indispensable imaginar que se ponían de pie) para chocar las manos. Me resultó muy fácil imaginar la escena. El plan de los comandantes se materializaría tras gran dedicación y mucho ajeteo, y el éxito del espectáculo -yo mismo podía comprobarlo- estaba más que asegurado. Ése había sido seguramente el destino de aquella vieja que siguió los consejos de su hijo en la estación, del niño con el zapato blanco y su mamá, de aquella mujer rubia corpulenta, del viejecito con el sombrero negro y de aquel neurótico rechazado por el médico. También me acordé del Experto: se habrá sorprendido mucho, el pobre. «¡Pobre Moskovics!», dijo Rozi moviendo la cabeza con mucha pena, y todos estuvimos de acuerdo. El Suave exclamó: «¡Dios mío!». Entre él y la muchacha de la fábrica de ladrillos había «ocurrido de todo», y él pensaba en las posibles consecuencias que tarde o temprano se notarían. Tuvimos que reconocer que sus preocupaciones no carecían de fundamento, aunque su expresión no solamente reflejaba

preocupación sino también otro sentimiento menos difícil de definir. Los muchachos lo miraban con cierto respeto, que yo comprendía, claro que sí.

Ese día también reflexioné sobre otro hecho: ese sitio, esa «institución», existía ya hacía varios años, nos explicaron, funcionando día a día. Tuve la sensación, a lo mejor exagerada, de que de cierta manera me habían estado esperando. En realidad, como nos habían dicho varias personas con una mezcla de reconocimiento y de miedo, nuestro comandante llevaba allí exactamente cuatro años. Entonces reparé en lo importante que había sido para mí aquel período de cuatro años, en el que cursé los estudios de secundaria. Me acordé de la ceremonia de apertura del primer curso. Allí estaba yo, vestido con mi uniforme azul marino, decorado con alamares estilo húngaro, el uniforme «a lo Bocskai». Evoqué las palabras del director, un hombre respetable que de algún modo parecía también un comandante: llevaba unas gafas que añadían seriedad a su rostro y lucía un hermoso bigote blanco. Para terminar su discurso citó las palabras de un sabio de la antigüedad: «*Non scolae sed vitae discimus*», es decir, «No estudiamos para la escuela sino para la vida». Pero entonces, según veo ahora, habría tenido que aprender únicamente cosas sobre Auschwitz. Me tendrían que haber explicado todo, con inteligencia, honradez y transparencia. Sin embargo, durante los cuatro años de colegio no me habían dicho ni una palabra al respecto. Claro, habría resultado embarazoso y, en realidad, no formaba parte de la cultura general. La desventaja era que tenía que enterarme de todo sobre la marcha, aprender por ejemplo que estábamos en un *Konzentrationslager* o, lo que es lo mismo, un «campo de concentración».

Estos campos no eran todos iguales, según nos explicaron. El nuestro era un *Vernichtungslager*, o sea, un «campo de exterminio». Otra cosa totalmente distinta era un *Arbeitslager*, un «campo de trabajo»: allí la vida es fácil, las circunstancias y la alimentación son incomparablemente mejores, claro, es natural, puesto que aquellos campos están destinados a otros fines. Nosotros iríamos a uno de esos campos, si entretanto no ocurría nada inesperado, lo que en Auschwitz -así me dijeron- era bastante frecuente. De ninguna manera era aconsejable -nos decían- ponerse enfermos. El hospital se encontraba cerca de una de las chimeneas, la que los entendidos denominaban simplemente «la número dos». El principal peligro para la salud era el agua sin hervir, como aquella que yo había bebido al salir de la estación; entonces yo no sabía nada, pero claro, estaba el letrero, eso nadie podía negarlo, aunque también el soldado podía habernos dicho algo. «Bueno -pensé-, hay que esperar para ver qué pasa: yo me sentía bien, gracias a Dios, y tampoco los muchachos se habían quejado de nada.»

Aquel mismo día me enteré de más cosas: otros detalles, otras costumbres típicas del lugar. En general, puedo decir que aquella tarde se habló más de nuestras perspectivas, nuestras posibilidades para el futuro y de lo que nos esperaba que de las chimeneas. A ratos, casi nos olvidábamos de ellas y ni siquiera recordábamos su existencia, todo dependía de la dirección del viento. También vimos desde lejos a las mujeres; los hombres, al verlas, se acercaron a la valla y, muy alborotados, comenzaron a señalarlas con los dedos: allá estaban, efectivamente, aunque al principio era difícil distinguirlas, puesto que estaban lejos, al otro lado de la explanada, ese campo de tierra arcillosa que se extendía delante de nosotros. Me asusté un poco al verlas y advertí que la actitud de los hombres había cambiado. El entusiasmo y la alegría de los primeros momentos se transformaron en un silencio interrumpido por una sola voz, apagada y temblorosa: «Les han afeitado la cabeza». En medio de aquel silencio oí por primera vez unos leves acordes de música que traía la ligera brisa de aquella tarde de verano: eran sonidos apenas audibles pero allí estaban, sin duda evocándonos la paz y la alegría, sorprendiéndonos a todos, junto con el espectáculo de las mujeres. También por primera vez tuve que ponerme en fila -todavía no sabía para qué-, en una de las últimas filas de diez que tuvimos que formar delante de nuestro barracón, al igual que todos los demás presos delante de todos los demás barracones, por delante y por detrás, a izquierda y derecha, en todas partes donde mirara. También por primera vez me quité el gorro, obedeciendo las órdenes recibidas. Por el camino principal divisé tres soldados en bicicleta, que se acercaban sin apenas hacer ruido en aquella tarde tan pacífica; era un espectáculo bello y austero, tuve que reconocer. Entonces me dije: «Vaya, hace mucho rato que no vemos a ningún soldado». Me sorprendió la

actitud rígida, fría y altiva con que los tres soldados escucharon (y uno de ellos anotaba) lo que nuestro comandante, que también llevaba el gorro en la mano, les decía desde el otro lado de la valla. Me resultó difícil reconocer en aquellos soldados, que siguieron su camino sin decir palabra y con una expresión casi siniestra, a los miembros del Comité de recepción que aquella misma mañana nos habían estado esperando en la estación. Oí una voz suave, la del oficial de rostro decidido y pecho erguido, que me susurraba, casi sin mover los labios: «Recuento de efectivos vespertino» dijo, asintiendo con la cabeza. Su sonrisa y la expresión de su rostro parecían indicar que todo estaba ocurriendo según estaba previsto, como él lo tenía calculado.

En ese momento observé por primera vez cómo era el color de la noche allí, porque durante la espera había anochecido. El color era mágico: el espectáculo de los fuegos artificiales con las llamas que se elevaban al cielo a lo largo de todo el horizonte. Alrededor se susurraba, se murmuraba, se repetía: «¡Los crematorios...!», pero ya con el tono de admiración que suele emplearse ante la contemplación de los fenómenos naturales.

A continuación recibimos la orden de *abtreten* (romper filas), y nos informaron que la cena consistiría en un pan igual al que habíamos comido por la mañana. «Vaya -pensé-, con el hambre que tengo.»

Cuando entramos en el barracón, en nuestro «bloque», comprobamos que estaba completamente vacío; no había ni rastros de muebles ni siquiera luz, sólo un suelo de cemento. Tendríamos que acomodarnos de la misma forma que lo habíamos hecho en el cuartel militar; apoyé la espalda en las piernas del muchacho que estaba sentado detrás de mí, y el que se sentó delante hizo lo propio en las mías. Estaba tan cansado después de tantas experiencias, tantas impresiones, tantas novedades que me dormí enseguida.

En cuanto a los días siguientes, al igual que me ocurrió en la fábrica de ladrillos, sólo conservo una impresión general menos detallada, un sentimiento o sensación que sería difícil definir. No es extraño, pues cada día había algo nuevo que ver, experimentar y aprender. En un par de ocasiones volví a sentir la misma sensación fría, extraña y desconocida que había experimentado al ver por primera vez a las mujeres. También me resultaba extraño encontrarme en medio de los hombres, con aquellos rostros aturdidos, que se preguntaban sin cesar los unos a los otros: «¿Qué os parece?, ¿qué os parece?». Generalmente no había respuesta, o había una sola, siempre la misma: «Es horrible». Sin embargo, no es esa palabra, no es esa experiencia -por lo menos para mí- la que mejor define la situación en Auschwitz. Entre los cientos de personas de nuestro bloque estaba también el hombre desafortunado. Tenía un aspecto extraño con su uniforme demasiado grande, el gorro que se le escurría sobre la frente. «¿Qué os parece? -preguntaba-, ¿qué os parece?...» Aquello no nos podía parecer nada en especial. Apenas podía yo seguir sus frases confusas, pronunciadas siempre con mucha prisa. Él decía que no debía pensar pero terminaba haciéndolo, pensaba siempre en una sola cosa: en los que había dejado en casa, en los que lo estaban esperando y por quienes él tenía que «hacerse fuerte»: su mujer y sus dos hijos pequeños.

El problema principal era el mismo que en el edificio de la aduana, la fábrica de ladrillos o el tren: los días resultaban eternos. Empezaban muy pronto, con los primeros rayos de sol de mediados del verano. Las mañanas eran muy frías en Auschwitz; los muchachos nos acurrucábamos para darnos calor en el barracón, en dirección a la valla alambreada, para que el sol nos regalara sus primeros rayos rojizos. Un par de horas más tarde, teníamos que buscar la sombra. A pesar de todo, el tiempo pasaba: el Curtidor estaba con nosotros y nos contaba chistes; también aparecieron los guijarros para jugar, el Suave nos los ganaba todos, y Rozi no se cansaba de decirnos: «¡Ahora vamos a cantarlo en japonés!». Aparte de eso, los dos paseos diarios, uno por la mañana al barracón de los aseos y otro por la tarde a los cuartos de baño (eran parecidos a los aseos, sólo que a lo largo de la pared, en vez de las cabinas, había lavabos esmaltados con dos tubos de hierro paralelos por encima, por cuyos minúsculos agujeros salía el agua), la distribución de la comida, el recuento vespertino y, por supuesto, todo tipo de noticias: eso era todo lo que pasaba, así transcurrían los días.

A veces pasaban otras cosas, como por ejemplo lo que ocurrió durante la segunda noche, el *Blocksperr*e o «cierre de los bloques», cuando por primera vez vimos a nuestro comandante impacientarse, incluso enfadarse. Aquella noche oímos unas voces lejanas, un caos de sonidos entre los cuales se distinguían gritos, ladridos y disparos que oímos perfectamente desde la oscuridad un tanto asfixiante de nuestro barracón. Otro día vimos a unos hombres que caminaban detrás de la valla. Nos dijeron que regresaban del trabajo, pero yo mismo pude ver que los últimos de la fila empujaban unos carros pequeños llenos de cadáveres. Por supuesto, aquellos espectáculos hacían trabajar mi imaginación. Sin embargo, tampoco era suficiente para pasar el día entero. Así me di cuenta de que hasta en Auschwitz uno puede aburrirse, en el supuesto de ser uno de los privilegiados que se lo puedan permitir. Esperábamos, siempre esperábamos -si lo pienso bien- que no ocurriera nada. Ese aburrimiento y esa espera son las impresiones que mejor definen, al menos para mí, la situación en Auschwitz.

Tengo que reconocer otra cosa: al día siguiente de nuestra llegada me comí la sopa, y al tercero ya la esperaba. El horario de las comidas en Auschwitz era un tanto especial. Nada más levantarnos nos daban un líquido que llamaban café; la comida, que consistía en una sopa, era servida muy temprano, alrededor de las nueve de la mañana. Luego no había nada más, hasta que llegaba el pan con margarina, alrededor de la puesta de sol, antes del recuento vespertino. Así pues, muy pronto -más o menos al tercer día- me acostumbre a la sensación de hambre; los muchachos también se quejaban de lo mismo. Sólo el Fumador observó que él no tenía esa sensación y que sólo echaba de menos el tabaco. Al decir eso con su forma cortante y brusca, su cara reflejaba cierta satisfacción que me irritó; creo que por la misma razón los muchachos lo interrumpieron cuando estaba hablando.

Por sorprendente que parezca, sólo estuve tres días en Auschwitz. En la noche del cuarto día me encontraba de nuevo sentado en un tren, en uno de los conocidos vagones de tren de mercancías. Nuestro destino, según nos habían dicho, era Buchenwald; aunque a esas alturas ya era más prudente con los nombres prometedores, sabía que no podía ser pura casualidad aquella expresión llena de simpatía, de calor, de ternura, de ensoñación y de cierta envidia que había visto en la cara de los presos que nos despedían. Entre ellos había muchos presos antiguos que debían de saber: me daba cuenta por las cintas que llevaban en el brazo, por sus gorros y por sus zapatos. Ellos disponían todos los preparativos relacionados con el viaje; los soldados -simples soldados rasos- estaban más lejos, al otro extremo del andén. En aquella noche silenciosa y pacífica, de colores suaves, nada me recordaba -quizás únicamente su extensión- la estación bulliciosa, llena de nerviosismo, luces, movimientos y voces que nos había recibido tres días antes.

Del viaje no puedo contar muchas cosas: todo ocurrió de la manera habitual. Éramos ochenta, y no sesenta como antes, pero no había equipaje, ni tuvimos que preocuparnos por las mujeres. Teníamos un cubo para las necesidades, hacía calor y estábamos sedientos, como la otra vez, pero soportábamos mejor el hambre. Antes de partir, nos habían distribuido nuestras raciones: una rebanada de pan más gruesa que de costumbre, el doble de margarina y algo que se parecía a una salchicha y que se llamaba *wurst*. Me lo comí todo inmediatamente, primero porque tenía hambre, segundo porque no tenía dónde guardarlo y tercero porque no nos habían comunicado que el viaje duraría tres días.

A Buchenwald también llegamos un amanecer: la fresca mañana de un día hermoso y soleado, aunque con algunas nubes y rachas de viento. En comparación con la de Auschwitz, la estación de Buchenwald parecía el simple apeadero de un pueblo acogedor. El recibimiento no fue tan agradable pues no nos abrieron presos sino soldados. Aquella fue la primera vez que los vi tan de cerca, de una manera tan directa, tan poco disimulada. Actuaban con la máxima rapidez y disciplina. Se oyeron varios gritos: «*Alle raus! Los! Fünf Reihen! Bewegt euch!*» [¡Todos fuera! ¡Rápido! ¡Cinco filas! ¡Moveos!], unos cuantos golpes, bofetadas y patadas, un par de culatazos de fusil y las respectivas quejas. Pronto estuvimos formados en filas de cinco, como si nos hubieran movido con cuerdas, con un soldado por cada cinco filas, es decir, un soldado por cada veinticinco hombres vestidos con uniforme a rayas, más dos al final del andén, a un metro de distancia

aproximadamente, que no nos quitaban ojo de encima. Dejaron de gritar y nos indicaron la dirección que debíamos seguir y los pasos correspondientes, siguiendo los suyos. La columna comenzó a avanzar, ondulando como las orugas que de niño trataba de meter en las cajas de cerillas, ayudándome de tiras de papel y de palillos: todo aquello me aturdió y me impresionó. También me entraron ganas de sonreír porque pensé en aquellos policías húngaros que nos habían escoltado de una manera tan descuidada, tan vergonzosa el día en que fuimos conducidos hasta el cuartel militar. Incluso la actuación exagerada de los guardias me pareció que sólo les había servido para llamar la atención, para darse importancia, comparándola con este procedimiento perfectamente estudiado y ejecutado con total coordinación y en completo silencio. Veía bien sus caras, el color de sus ojos y de sus cabellos y otros rasgos personales, sus defectos, alguna que otra mancha en la piel; aquellos detalles tan humanos me hacían dudar: «¿Serían ellos parecidos a nosotros en el fondo, estarían hechos de la misma materia?». Enseguida me di cuenta de lo equivocado que estaba, yo no era como ellos, claro que no.

Advertí que subíamos por una pendiente cada vez más escarpada, por un camino amplio y cuidado, como en Auschwitz, pero más sinuoso. En los alrededores había muchas zonas verdes, unas casas muy bonitas, chalets entre los árboles, parques y jardines; el paisaje en conjunto, las proporciones, todo parecía armonioso y -puedo afirmarlo con tranquilidad- acogedor, por lo menos comparándolo con Auschwitz. A la derecha del camino, nos sorprendimos al ver un pequeño zoológico con ciervos, roedores y otros animales, entre los que destacaba un oso pardo que, al oír nuestros pasos, adoptó una postura como si fuera a pedirnos limosna, haciendo unos movimientos muy simpáticos; por descontado, con nosotros no tuvo suerte. Después pasamos junto a una estatua que se encontraba en medio de un claro, entre dos caminos que se bifurcaban. La estatua se levantaba sobre un pedestal de piedra blanca, porosa, poco reluciente y tenía muy poca gracia. El uniforme a rayas, la cabeza rapada y su postura indicaban que representaba a un preso. Con la cabeza inclinada hacia delante y una de sus piernas hacia atrás imitaba a un corredor, y llevaba un enorme cubo de piedra en las manos crispadas. Al principio, la miré simplemente como el que disfruta contemplando una obra de arte, de manera desinteresada, como me habían enseñado en la escuela, pero luego se me ocurrió pensar que también tendría un significado, y que ése no sería el más alentador. Luego divisé las vallas alambradas, un portón de hierro entre dos columnas bajas y gruesas con una pequeña construcción por arriba que me recordó al puente de un capitán de barco.

Atravesamos el portón: estábamos en el nuevo campo de concentración.

Buchenwald se hallaba en medio de montes y valles, en la cima de una colina. El aire era puro, y los ojos se deleitaban con la vista del paisaje variado, lleno de bosques y casitas de techo rojo en el valle. El barracón de las duchas está en el lado izquierdo. Los presos eran simpáticos aunque diferentes a los de Auschwitz.

Después de llegar, pasamos por las duchas, los barberos, el líquido desinfectante y el cambio de uniforme. El uniforme era exactamente igual al de Auschwitz. El agua de las duchas, sin embargo, estaba más caliente, los barberos hacían su trabajo con más cuidado y el encargado del guardarropa intentaba acertar con las tallas, aunque fuera dando un vistazo rápido.

Concluidos los pasos habituales, nos dirigimos a una ventanilla, donde nos preguntaron si teníamos algún diente de oro. Luego, un compatriota, un antiguo preso con pelo, inscribió nuestros nombres en un libro y nos entregó un triángulo amarillo y una cinta de tela a cada uno. En medio del triángulo había una letra «U» para señalar que éramos húngaros y, en la cinta, un número, el mío, por ejemplo, era el 64.921. Me recomendaron que aprendiera a pronunciar correctamente ese número en alemán, *Vier-und-sechzig, neun, ein-und-zwanzig*, puesto que ésta debía ser mi respuesta en caso de que me pidieran la identificación. No grababan el número en la piel, y si, preocupado por ello, lo hubiera preguntado en la ducha, un antiguo preso me habría contestado enfadado, levantando las manos y mirando al techo: «*Aber Mensch, um Gotteswillen! Wir sind ja doch hier nicht in Auschwitz!*». [Pero, hombre, por el amor de Dios. Esto no es Auschwitz.] No obstante, antes de que llegara la noche, tanto el número como el triángulo debían estar cosidos al traje, a la altura del pecho, con la ayuda de los únicos propietarios de hilo y aguja: los sastres. Si uno se

aburría de hacer cola todo el día esperando turno, podía incentivarlos con una parte de la ración de pan con margarina, pero, de todas formas, lo hacían sin recibir nada a cambio, puesto que era su deber, según decían.

En Buchenwald no hacía tanto calor como en Auschwitz; los días eran grises y lloviznaba a menudo. A veces nos sorprendían con sopa de pan caliente por la mañana; la ración de pan en general era el tercio de una barra o incluso la mitad, no como en Auschwitz, donde la ración normal era un cuarto y a veces un quinto; la sopa del mediodía era sustanciosa e incluso a veces contenía restos de carne o, con mucha suerte, un trozo entero. Aquí supe también qué era el *Zulage* [suplemento], que consistía en una salchicha adicional o una cucharadita de mermelada añadida a la habitual margarina, según refirió con satisfacción el oficial vigilante. En Buchenwald dormíamos en tiendas de campaña -puesto que era un *Zeltlager* [campo con tiendas] o, con otra denominación, un *Kleinlager* [campo pequeño]. Dormíamos en lechos de paja y, aunque el espacio era reducido, por lo menos podíamos acostarnos. Las alambradas no estaban electrizadas, pero debíamos tener en cuenta que si se nos ocurría salir de la tienda seríamos despedazados por los perros, cosa que no nos sorprendió por muy exagerado que pudiera parecernos al principio. Al otro lado de la valla, por donde los caminos subían a la colina, entre los barracones verdes bien cuidados y los edificios de piedra, todos los atardeceres teníamos ocasión de realizar nuestras compras: los presos antiguos que dormían allí nos vendían cucharas, navajas, platos e incluso ropa. Uno de ellos me ofreció un suéter por el «módico precio», dijo, de medio pan, pero al final no se lo compré puesto que en verano no necesitaba suéter y el invierno -pensaba- estaba todavía lejos.

Allí comprobé también que existían diversas clases de triángulos y letras: yo no conocía todas, no siempre me enteraba de cuál era el país de origen de cada una. Por la zona de la tienda donde dormía, también se oían palabras húngaras pronunciadas con acento provinciano, y a menudo reconocí aquel idioma extraño que había oído por primera vez de boca de los presos que nos habían recibido en la primera estación. En Buchenwald no había recuento vespertino para los habitantes del *Zeltlager*, y los lavabos estaban al aire libre, entre árboles: eran muy parecidos a los de Auschwitz, con la diferencia que la pila era de piedra y el agua corría por los tubos y caía -con más o menos fuerza- durante todo el día; así pues, por primera vez desde que había llegado a la fábrica de ladrillos, ocurrió el milagro: pude beber agua en cuanto tenía sed o, incluso, por el simple gusto de hacerlo.

En Buchenwald también había un crematorio, por supuesto, pero sólo uno, y no era el objetivo del campo, no era su móvil ni su razón de ser -lo puedo afirmar con toda seguridad-, sino que en él sólo se incineraba a la gente que moría en el campo, debido a accidentes naturales de la vida, por decirlo así. Los presos más antiguos me dijeron que lo más importante en Buchenwald era evitar la cantera, aunque, añadieron, últimamente apenas se utilizaba, al contrario de lo que había sido normal tiempo atrás. El campo funcionaba desde hacía siete años, y a él llegaban personas de otros campos más antiguos, entre los cuales se mencionaban los de Dachau, Oranienburg y Sachsenhausen: eso explicaba las sonrisas indulgentes de los presos «bien vestidos» que había visto al otro lado de la valla, algunos de ellos con números de cuatro e incluso de tres dígitos.

Cerca de nuestro campo -así me dijeron- se encontraba la ciudad de Weimar, famosa en la cultura occidental. Yo también estaba enterado de su existencia, claro, puesto que allí había escrito sus famosas obras el autor del poema que empieza «*Wer reitet so spät durch Nacht und Wind?*» [¿Quién cabalga tan tarde con el viento en la noche?], que, como otras muchas personas, sabía de memoria. Según me dijeron el autor también había plantado un árbol con sus propias manos, que pronto se hizo frondoso y que se encontraba en algún sitio de nuestro campo, junto al que había una placa conmemorativa y una valla para protegerlo de los presos. En resumen, no tardé en comprender la expresión de los rostros que nos habían despedido en Auschwitz; puedo decir que yo también me encariñé pronto con Buchenwald.

Zeitz, el campo de concentración que llevaba el nombre del pueblo, estaba a una noche de camino en tren desde Buchenwald, más una caminata de veinte o veinticinco minutos. Allí nos acompañaron los soldados, por un camino que discurría entre campos labrados y un paisaje

campestre. Éste, nos aseguraron, sería destino definitivo para todos aquellos cuya letra inicial del apellido se encontrara antes de la «M» en el abecedario; los demás irían al campo de concentración de la ciudad de Magdeburgo, cuyo nombre me resultaba conocido por mis estudios de historia; así nos lo habían comunicado en Buchenwald, en el curso de la cuarta noche, en medio de una enorme plaza iluminada con focos, los presos encargados que llevaban las listas en la mano. Lo único que me apenó fue que me separarían de los muchachos y sobre todo de Rozi: el capricho de los apellidos nos llevó a distintos trenes y a mí, en concreto, me separó de todos los demás.

Creo que no había nada peor, nada más agotador que los esfuerzos y las cargas que había que soportar al llegar a un nuevo campo de concentración. Así pude comprobarlo en Auschwitz, en Buchenwald y en Zeitz. Por otra parte, me di cuenta de que había llegado a un campo de concentración pequeño, pobre, alejado y provinciano, por decirlo de alguna manera. No había duchas, ni siquiera crematorio, al parecer éste sólo se encuentra en los campos más importantes. El paisaje era plano, sólo desde el final del campo se divisaban unas colinas y montes: «la sierra de Turingia», así me dijeron que se llamaba. Las vallas alambradas con las cuatro torres de vigilancia en los cuatro ángulos se encontraban justo al lado de la carretera. El campo se levantaba en un terreno cuadrado, una enorme plaza polvorienta, abierta y comunicada con la carretera a través del portón, rodeada por los otros tres lados por tiendas de campaña enormes como un hangar o una carpa de circo.

Enseguida nos contaron, nos ordenaron, nos llevaron y nos trajeron, para determinar quiénes dormirían en qué tiendas: nos pusieron en filas de diez, delante de nuestros respectivos «bloques». Yo ocupé mi puesto delante de la tienda que estaba a la derecha, y allí estuve esperando muchísimo tiempo, de pie, hasta que se me entumeció todo el cuerpo bajo el peso de aquel día que resultaba cada vez más y más insoportable. En vano miraba por todas partes, buscando a los muchachos, alrededor no había más que desconocidos. Mi vecino de la izquierda era un hombre alto y delgado, un poco raro, que no dejaba de hablar solo y de mover su cuerpo, inclinándose hacia delante y hacia atrás, y el de la derecha, uno bajito pero fuerte, se pasaba el tiempo echando escupitajos en la arena. Me miró, primero fugazmente y luego con más detenimiento, con sus ojos achinados y brillantes. Su nariz era pequeñísima, casi como si no tuviera hueso, y llevaba el gorro un poco ladeado, lo que le daba un toque de gracia. «¿Y tú -me preguntó, después de mirarme por segunda vez-, de dónde eres?» Enseguida me di cuenta de que le faltaban los dientes anteriores. Cuando le dije que era de Budapest, se animó muchísimo y me preguntó si todavía existían los bulevares y si circulaba el tranvía número seis, como él «los había dejado». Le contesté que, por supuesto, todo estaba igual y se mostró muy contento. También quería saber cómo había llegado hasta allí, a lo que yo respondí: «Fue muy fácil, sólo tuve que bajar del autobús». «¿Y qué?», preguntó. Le respondí que nada más, que allí estaba. Se quedó un tanto sorprendido, como alguien que no conoce la disposición de su propio hogar, y quise preguntarle qué era lo que tanto le extrañaba, pero no pude porque al instante me cayó una bofetada. En realidad estaba ya sentado en el suelo cuando oí el ruido y empecé a sentir un escozor en la mejilla izquierda. Ante mí había un hombre, vestido con traje negro de montar y un gorro negro de artista, que lucía un cabello y un fino bigote negro en medio de su cara de tez oscura y desprendía un olor extrañísimo: no había ninguna duda, era un olor auténtico a perfume. De su griterío sólo entendí la palabra *Ruhe*, es decir, «silencio», repetida varias veces. La verdad es que parecía representar una verdadera autoridad, avalada por los números que llevaba junto a la letra «Z» dentro de un triángulo verde, un silbato de plata y las letras blancas «LA» en una cinta en el brazo. Yo estaba bastante enfadado puesto que no estaba acostumbrado a que me pegaran; sentado y todo, intenté expresarlo de alguna manera. Yo creo que percibió mi enfado porque, a pesar de que seguía chillando, noté que la expresión de sus ojos oscuros, como aceitosos, cambió, haciéndose más suave, como si quisiera disculparse, mientras me miraba de arriba abajo: era una sensación molesta e incómoda. Luego, siguió su camino, corriendo entre la gente que le abría paso, con la misma rapidez con la que había llegado.

Cuando me levanté, mi vecino de la derecha me preguntó si me había dolido. Le contesté bien alto, para que todos me oyeran, que no, que en absoluto. «Entonces -opinó- deberías limpiarte la

nariz.» Al tocarla, mis dedos se mancharon de sangre. El vecino me indicó que debía inclinarme hacia atrás para que la sangre dejara de correr. Después me dijo que aquel hombre era un gitano y, tras un corto silencio, añadió: «Es un bujarrón». Al ver que yo no había entendido aquella expresión, continuó: «Mariquita». Eso sí lo entendí, más o menos. «Bueno -dijo entonces, extendiéndome la mano-, yo me llamo Bandi Citrom», y yo también le dije mi nombre.

Según me contó, venía de un campo de trabajo. Lo habían destinado a trabajos obligatorios al principio de la guerra, puesto que tenía veintiún años en aquella época: por su edad, su sangre y su estado físico era apto para trabajar; así se había visto obligado a abandonar su casa hacía cuatro años. Había estado en Ucrania, desactivando minas. «¿Y tus dientes?», le pregunté. «Me los han roto», su respuesta me sorprendió tanto que no pude dejar de preguntar: «¿Cómo?», me contestó que era «una larga historia» y no quiso entrar en detalles. Al parecer se había «peleado con el sargento», lo que tuvo como consecuencia la rotura de la nariz y los dientes. Tampoco entró en detalles sobre la manera de desactivar las minas, sólo me dijo que se hacía con una pala, un alambre y mucha suerte. Por eso habían quedado tan pocos en el «batallón disciplinario» y habían tenido que reemplazar a los húngaros por soldados alemanes. Ellos se pusieron muy contentos puesto que les habían prometido un trabajo más fácil. El tren los llevó a Auschwitz, como era de esperar.

A mí me hubiera gustado seguir curioseando, pero en aquel momento llegaron tres hombres. Unos diez minutos antes, me había llamado la atención el nombre de uno de ellos al que se dirigían varias personas: «¡Doctor Kovács!»; al instante había salido de las filas un hombre regordete, de cara blanda, con media calva y el resto de la cabeza afeitada. Se movía despacio, casi a regañadientes, como alguien que sólo hace caso ante la insistencia; él mismo había designado a los otros dos. A continuación se fueron los tres, acompañados del hombre vestido de negro, y yo me enteré cuando la noticia llegó a las últimas filas, de que acabábamos de elegir a nuestro comandante, *Blockältester* como ellos lo llamaban, y a nuestros *Stubendienst*, es decir -como le traduje más o menos a Bandi Citrom que no hablaba alemán- nuestros «sirvientes de habitación». Ahora nos querían enseñar algunas de las voces de mando y los movimientos que las acompañaban, y, más adelante, ya nos enseñarían más. Yo ya conocía algunas de las voces, como «*Achtung! Mützen... ab! Mützen... auf!*» [¡Atención! ¡Quitaos las gorras! ¡Poneos las gorras!], pero otras eran nuevas: «*Korrigiert!*» [¡Ajustar!] se refería a los gorros, naturalmente y «*Aus!*» a lo que teníamos que «ajustar», por ejemplo las manos a los muslos, con un golpe seco. Practicamos las órdenes varias veces. Según nos explicaron, el *Blockältester* también era el responsable del recuento; lo ensayó y lo volvió a ensayar delante de todos nosotros; uno de los *Stubendienst* -un hombre bajito, con tez rojiza, casi violeta— representó el papel de soldado. «*Block fünf -dijo- ist zum Appel angetreten. Es soll zweihundertfünfzig, es ist...*» [El bloque cinco se ha presentado a formar filas. Debe haber doscientas cincuenta, hay...] y así me enteré de que pertenecía al bloque número cinco y de que éramos doscientos cincuenta en total. Después de un par de repeticiones, todo quedaba perfectamente claro, comprendido y asimilado.

Luego tuvimos un rato de inactividad, de modo que pude fijarme en un descampado que había a la derecha de nuestra tienda, en el que se levantaba un montículo de tierra con un palo largo encima y un foso profundo detrás. Le pregunté a Bandi Citrom para qué servía todo aquello. «La letrina», me dijo enseguida, sin pensarlo siquiera, y se puso a mover, incrédulo, la cabeza al ver que yo no conocía ese término. «Se nota que nunca te has separado de las faldas de tu madre», opinó y pasó a explicarme para qué servía la letrina. Luego añadió -cito sus palabras textuales-: «Para cuando la llenemos de mierda, estaremos libres». Aquello me hizo mucha gracia pero él se quedó serio, como si estuviera profundamente convencido de ello. No pudo decirme nada más puesto que desde el portón se acercaban tres soldados de aspecto muy distinguido y con pasos severos y decididos, pero sin prisas, como si estuvieran en su casa, totalmente seguros de sí mismos. Al verlos, el *Blockältester* gritó en un tono entusiasmado que no había empleado durante los ensayos: «*Achtung! Mützen... ab!*», al instante todos, incluidos Bandi Citrom y yo mismo, nos quitamos los gorros.

6

Sólo en Zeitz comprendí que la vida de un preso también tiene días laborables, mejor dicho, que la vida de un preso sólo tiene días laborables, todos iguales. Era como si ya hubiera estado en una situación similar, en el tren, camino a Auschwitz. Allí también todo dependía del tiempo y de la habilidad de cada uno. Pero en Zeitz era peor; para seguir con el mismo ejemplo, tenía la sensación de que el tren se había detenido indefinidamente, pero, por otra parte, delante, a mi alrededor e incluso dentro de mí era como si corriera a toda velocidad: apenas podía asimilar los repentinos cambios que se producían alrededor y en mi interior. Puedo, sin embargo, afirmar una cosa con total seguridad: he recorrido todo el camino aprovechando honradamente todas y cada una de las posibilidades que se me iban presentando.

En primer lugar, todo lo nuevo hay que empezarlo con buena voluntad, incluso en un campo de concentración; ésa fue mi experiencia -de momento, bastaba con convertirme en un buen preso, lo demás vendría después-, ésa era mi convicción, en eso se basaba mi comportamiento, al igual que el de todos los demás. Enseguida comprendí que las opiniones favorables que había oído en Auschwitz sobre la situación del *Arbeitslager* en cierto modo podían considerarse algo exageradas. Sin embargo, todavía no había percibido hasta qué punto podían ser exageradas esas opiniones y sus consecuencias -no podía, claro que no-, y lo mismo les ocurría, sin excepción, a los aproximadamente dos mil presos de nuestro campo, naturalmente sin contar los suicidas. Sin embargo, se producían muy pocos suicidios, no era la regla, eso lo reconocía todo el mundo. Yo me enteré de unos cuantos casos, oía los comentarios y las opiniones: algunos lo desaprobaban por completo, otros lo comprendían, los conocidos lo lamentaban, pero todos parecían estar hablando de un hecho excepcional, lejano, extraño y difícil de explicar, de un acto frívolo o quizás incluso respetable pero de todas formas de algo que era consecuencia de una conducta precipitada.

Lo principal era no abandonarse; algo siempre pasará porque nunca ha pasado que algo no pasara, eso me enseñó Bandi Citrom, afirmación llena de sabiduría que él había aprendido en el campo de trabajo. La primera cosa, la más importante era, en todas las circunstancias, el lavarse (las pilas en filas paralelas, los tubos de hierro con sus agujeros a la intemperie en la parte del campo que daba hacia la carretera). También era sumamente importante administrar la ración de comida, la hubiera o no. Por difícil que resultara esa dura disciplina había que guardar algo para el desayuno de la mañana siguiente. Es más, otro trozo debería quedar para la hora de la comida, procurando evitar que nuestros pensamientos y, sobre todo, nuestras manos se encaminaran a los bolsillos. Así, y sólo así, se evitaba el penoso pensamiento de no tener nada que llevar a la boca. Me enteré de que aquel trapo que yo creí siempre que era un pañuelo, servía para envolver los pies antes de meterlos en los zapatos; aprendí que en el recuento o en la marcha, los únicos sitios seguros eran los de la fila del medio; que en el momento en que distribuían la sopa había que ponerse atrás para recibir una porción más espesa; que el mango de la cuchara se podía transformar en un instrumento parecido a un cuchillo. Todo esto -y muchas cosas más, todas muy importantes para la vida de un preso- lo aprendí de Bandi Citrom, observándolo y tratando de imitarlo o comportarme como él.

Nunca lo hubiese creído y, sin embargo, es una verdad como un templo: en ninguna otra circunstancia importa tanto llevar una vida ordenada, ejemplar y hasta virtuosa como estando preso. Todo eso estaba claro. Bastaba con echar un vistazo a los alrededores del bloque uno, donde vivían los presos más antiguos. El triángulo amarillo en su pecho nos lo decía todo, y la letra «L» nos informaba que procedían de la lejana Letonia, exactamente de la ciudad de Riga, según me dijeron. Entre ellos había unos sujetos extraños que al principio me sorprendieron; eran todos muy viejos, con la cabeza hundida, la nariz prominente y el sucio uniforme colgando sobre sus hombros: parecían cuervos frioleros incluso en los días más calurosos del verano. Con aquel aspecto, aquellos pasos difíciles y penosos parecían preguntar: «¿Vale la pena el esfuerzo?». Eran como signos de

interrogación vivientes. Por su forma y hasta por su volumen no podían llamarse de otro modo. Me enteré de que en el campo de concentración los llamaban «los musulmanes». Bandi Citrom me advertía: «Al verlos se te quitan las ganas de vivir», y tenía algo de razón, aunque más tarde comprendí que para eso hacía falta mucho más.

Por encima de todo estaba el recurso de la terquedad. Había muchas clases y grados de terquedad, pero ésta nunca faltaba en Zeitz, hay que reconocerlo, y muchas veces nos era de gran ayuda. Contábamos, por ejemplo, con la presencia de una compañía, comunidad o especie -no sé cómo llamarla- cuyo primer representante, que estaba a mi izquierda en la fila, me había llamado la atención al llegar. Bandi Citrom me contó más cosas sobre ellos, me dijo que los había apodado «fineses», puesto que cuando se les preguntaba de dónde eran, siempre decían -si es que decían algo- «*Fin Minkács*», es decir «de Munkács», o «*Fin Sarada*», que ya era más difícil de adivinar, de Sátoraljaújhely. Bandi Citrom los conoció en el campo de trabajo, y su opinión sobre ellos no era muy buena. Estaban por todas partes, en el trabajo, en la marcha o en el recuento, en la fila, balanceándose para atrás y para adelante, murmurando sus rezos como si fueran deudas de nunca acabar. En las pausas nos decían con disimulo: «Cuchillo para vender», pero no les hacíamos caso. Menos aún, por muy tentador que fuera, cuando por la mañana nos decían: «Sopa para vender», porque ellos no comían sopa, ni *wurst* cuando había: no comían nada que prohibiera su religión. Entonces, ¿cómo sobreviven?, cabría preguntarse, y Bandi Citrom habría respondido que no había por qué preocuparse por ellos; y es verdad, puesto que -como era evidente- sobrevivían. Entre ellos y con los letones hablaban el yiddish, pero conocían también el alemán, y el eslavo y quién sabe cuántos idiomas más; el húngaro sólo lo empleaban para hacer negocios.

Una vez -no pude evitarlo- me pusieron en el destacamento en que estaban ellos. «*Reds di jiddish?*» [¿Hablas en yiddish?], me preguntaron enseguida. Cuando les dije que no, habían terminado conmigo, no me hicieron el menor caso, me miraban como si fuera aire, como si no existiera. Traté de hablarles, de hacerme ver, pero todo fue en balde. «Tú no eres judío», repetían moviendo la cabeza. Me sorprendió mucho porque no comprendía cómo aquella gente -todos tan buenos comerciantes- podía aferrarse a una cosa sin sentido que sólo le causaría problemas. Aquel día volví a sentir la misma tensión, el mismo escozor en la piel, la misma torpeza que había experimentado muchas veces cuando todavía vivía en Budapest y estaba entre ellos, como si hubiera algo anormal en mí, como si yo fuera distinto, diferente de su ideal; lo que quiero decir es que me sentía judío, y ese sentimiento resultaba extraño, puesto que estaba entre judíos, en un campo de concentración.

También Bandi Citrom me sorprendía a veces. Lo oía cantar a menudo, en el trabajo, en el descanso, y pronto aprendí de memoria su canción favorita. La cantaba con sus compañeros en el campo de trabajo, en el batallón disciplinario:

Por los campos de Ucrania vamos desactivando minas,
no tenemos miedo, somos valientes.

Así empezaba; me gustaba en especial la última estrofa:

Si cae un compañero
a casa el recado mandaremos.
No importa lo que nos espere,
hermosa patria nuestra,
de ti nunca nos olvidaremos.

La canción me gustaba mucho, su melodía era triste y lenta, y la letra me impresionaba cada vez que la oía; en mi mente se dibujaba la imagen de aquel guardia del tren que quiso recordarnos que éramos húngaros: al fin y al cabo, a ellos también la patria los había castigado. Un día se lo mencioné a Bandi, y él no hizo ningún comentario en contra de mi observación, pero parecía un poco molesto, como enfadado. Al día siguiente, en un momento dado, empezó a silbar la canción, a tararearla y cantarla, como si no se acordara de nada. Otra frase que repetía con frecuencia era: «Algún día volveré a pisar el asfalto de la calle Nefelejcs». Bandi hablaba tanto de la calle, del número de su casa, que llegué a encariñarme con ella y a desear volver a verla, aunque en realidad para mí no tuviera un atractivo especial; la suya era una calle pequeña e insignificante, cerca de la estación de ferrocarriles del este. Me hablaba mucho de la ciudad, me recordaba las plazas, las calles y también algunos edificios típicos que tenían algún letrero o inscripción especial. Cuando se refirió a «las luces de Budapest», tuve que corregirlo, explicándole que tales luces ya no existían, debido a que se tenían que tapar con papeles por los ataques aéreos, y que las bombas también habían cambiado bastante el aspecto de la capital. Me escuchó, pero no le agradaba lo que oía. Al día siguiente volvió a hablarme de las luces de Budapest.

No es posible enumerar todas las formas de terquedad, todas las formas entre las que elegir, si hubiera habido posibilidad de elección en Zeitz. Se hablaba del pasado, del futuro, y se hablaba muchísimo, sí, puedo decir que nunca antes había oído hablar tanto como allí, entre los presos, de la libertad: claro, era lógico. Otros se divertían contando chistes, dichos o bromas. Yo también los escuchaba, por descontento. Había una hora especial del día, entre el regreso de la fábrica y el recuento vespertino, una hora muy agitada y despreocupada, que siempre esperaba con ansiedad: la hora de la cena. Un día, a esa hora, yo estaba tratando de abrirme paso entre la gente que iba y venía, compraba y vendía, hablaba y escuchaba, cuando de repente tropecé con alguien que me miró sorprendido; su cara, su nariz, sus ojos me resultaban familiares: «¡Vaya!», exclamamos ambos a la vez, puesto que él también me había reconocido. Era el hombre de la «mala suerte». Pareció muy contento de verme, y me preguntó dónde dormía. Le contesté que en el bloque cinco. «Qué lástima», dijo, porque él dormía en otro bloque. Se quejó de «no ver nunca a los conocidos», y cuando le dije que yo tampoco los veía, no sé por qué pero se puso muy triste. «Nos hemos perdido, nos hemos perdido todos», observó. No supe muy bien qué significado darle a sus palabras y a sus gestos. Luego, su rostro se iluminó de repente, y me preguntó: «¿Sabes qué significa la letra "U"?», me preguntó señalándome esa letra en su pecho. Le respondí que claro que sabía que quería decir *Ungarn*, húngaro. «¡Qué va! -me respondió-, es *Unschuldig* [inocente]», y se rió, asintiendo con la cabeza, pensativo, disfrutando de su chiste, no sé por qué. Observé la misma expresión en el rostro de los que contaban el mismo chiste, lo que ocurría con bastante frecuencia, sobre todo al principio. Parecía que en aquella palabra habían encontrado un sentimiento alentador, por lo menos eso indicaba la misma risa, la expresión idéntica de sus caras, la misma sonrisa dolorida pero encantada con la que contaban y escuchaban el chiste una y otra vez, como cuando uno oye una melodía que le llega al corazón o un cuento que le conmueve de una manera especial.

Todos ellos se esforzaban por igual en una misma cosa: todos trataban de mostrarse buenos presos. Claro, ése era su interés, eso requerían las circunstancias; nuestra vida, en realidad, se limitaba a eso. Por ejemplo, si el orden de las filas era ejemplar y los números cuadraban perfectamente, el recuento vespertino duraba menos, por lo menos al principio. Si nos mostrábamos aplicados en el trabajo podíamos evitar las palizas, por lo menos al principio.

Sin embargo, por lo menos al principio, puedo afirmar que no sólo esa clase de beneficios guiaba nuestra manera de actuar. Por ejemplo, en el trabajo, la primera tarde para no ir más lejos, nuestra tarea era descargar un vagón entero de guijarros grises. Siguiendo el ejemplo de Bandi Citrom -después de que el guardia, esta vez mayor y más amable, nos diera su permiso- nos quitamos las camisas. Fue la primera vez que vi su piel amarillenta, los músculos bien desarrollados y el lunar debajo de su pecho izquierdo, Bandi dijo: «¡Vamos a enseñarles a éstos lo que sabemos hacer en Budapest!», con un tono realmente serio. Puedo afirmar que aunque era la primera vez en mi vida que yo tenía una pala en la mano, tanto nuestro guardia como aquel hombre de la fábrica -

que iba y venía y tenía aspecto de capataz- parecían contentos, lo que, por otra parte, aumentaba nuestro entusiasmo, por supuesto. Por el contrario si las palmas de mis manos empezaban a arder o veía que mis dedos estaban rojos de sangre y el guardia me preguntaba: «*Was ist denn los?*» [¿Qué ocurre?], y yo sonreía y le mostraba mis manos, él se ponía muy serio, llegando incluso a dar un estirón del cinto del que colgaba su fusil, y me decía: «*Arbeiten! Aber los!*» [¡Vamos! ¡A trabajar!] Estaba claro que yo tenía que dejar de preocuparme por mis manos.

Desde el primer día, sólo me importaba saber una cosa: cuándo podía escabullirme del trabajo, cuándo podía robar unos minutos de descanso, cómo cargar menos la pala, la laya, la horca, y puedo afirmar que he aprendido todos los trucos, todas las mañas, las he asimilado y las he puesto en práctica en todos los trabajos que tuve que ejecutar. Al fin y al cabo ¿quién se beneficiaba?, como había preguntado en una ocasión el Experto. Estoy seguro de que allí había algún fallo, algún problema, algún obstáculo, algún fracaso. Cualquier palabra de reconocimiento, cualquier señal, por pequeña que fuera, nos hubiera sido más útil, por lo menos a mí. Porque, a fin de cuentas, personalmente, ¿qué teníamos los unos contra los otros? El sentimiento de vanidad permanece aun entre los presos, y ¿quién no anhela un poco de comprensión y de buena voluntad? ¿Acaso no se llega más lejos con eso? En el fondo, estas experiencias tampoco han cambiado mi opinión. El tren avanzaba y si miraba hacia delante, divisaba a lo lejos la meta; en los primeros tiempos -los tiempos dorados como los llamamos más tarde con Bandi Citrom- Zeitz parecía un lugar bastante tolerable (siempre que se tuviera un buen comportamiento y buena suerte), por lo menos en aquellos momentos transitorios, hasta que el futuro nos trajera otra cosa, claro. Dos veces a la semana tocaba medio pan, tres veces un tercio, y sólo dos veces un cuarto. *Zulage* también, muy a menudo. Una vez a la semana, patatas cocidas (seis patatas que te echaban en el gorro: claro, sin *Zulage*, puesto que eso hubiera sido ya una exageración), y una vez sopa de leche.

El primer disgusto del temprano despertar se olvidaba pronto con el rocío del alba, el cielo limpio y el café caliente, aunque convenía darse prisa en la letrina puesto que pronto se oían las llamadas para pasarnos revista. Los recuentos por la mañana eran más cortos y enseguida empezaba el trabajo. Una de las puertas laterales de la fábrica que utilizábamos nosotros, los presos, se encontraba a la izquierda de la carretera, en medio de una franja de tierra, a unos diez o quince minutos de camino desde el campo. El ruido se oía desde lejos: murmullos, chasquidos, zumbidos y resoplidos; los ruidos secos y cortos de las tuberías de hierro. Así nos saludaba la fábrica, con sus caminos principales y laterales, sus grúas y excavadoras, sus vías y un laberinto de chimeneas, cámaras frigoríficas, sistemas de tuberías y talleres: parecía más bien una ciudad llena de laberintos. Los grandes boquetes, cunetas, ruinas y partes derrumbadas, las tuberías rotas y los cables destrozados daban fe de la llegada de los aviones. La fábrica se llamaba Brabag -según me enteré el primer día, a la hora de la comida-, forma abreviada de *Braun-Kohl-Benzin Aktiengesellschaft*, «empresa que cotizaba en Bolsa», según me informó un compañero corpulento, que resollaba apoyado sobre el codo, mientras sacaba un pedazo de pan ya masticado del bolsillo. En el campo se decía de él, siempre entre risas y aunque a él no pareciera importarle, que poseía un porcentaje de las acciones. Según me dijeron -y también adiviné por el olor que me recordaba al de la refinería de Csepel-, estaban intentando obtener petróleo, pero utilizaban algún truco para no sacarlo del aceite mineral sino del carbón. La idea me pareció interesante, pero comprendí que mi opinión importaba poco. Las posibilidades laborales eran un tema interesantísimo. Unos preferían la pala, otros el pico; para unos lo mejor era tender cables, para otros, la mezcla de argamasa, y -quién sabe cómo- también había gente que escogía los trabajos de reparación de tuberías, en los que el barro amarillo y el aceite negro te llegaban hasta la cintura; aunque nadie negaba la existencia de esas razones, los trabajos de reparación de tuberías solían escogerlos los letones y sus amigos los fineses.

Una vez al día, la palabra *antreten* [retirada] sonaba dulce, lenta y entrañable: por la noche, designaba el momento de regresar a casa. Bandi Citrom se abría paso entre la multitud que rodeaba los aseos, gritando: «¡Fuera musulmanes!», y luego vigilaba atentamente la forma en que yo procedía a mi limpieza. «Lávate también el pito, ahí viven los piojos», me decía y yo reía pero siempre le hacía caso.

Nos gustaba aquella hora especial, la hora de los recados, chistes y quejas, la hora de las visitas, de las conversaciones, de los tratos y negocios, la hora de intercambiar información, que sólo quedaba interrumpida por el tintineo de las cazuelas, esa señal que nos hacía movernos a todos, que nos hacía espabilar a todos: la hora de la cena, cuya duración dependía de la suerte. Al cabo de una, dos o como máximo tres horas (ya estaban encendidos los focos) empezaban las carreras dentro de las tiendas, por la estrecha franja del medio, entre las triples filas de cabinas que llamaban «compartimientos» para dormir. Durante un largo rato, las tiendas se llenaban de voces que susurraban en la oscuridad: era la hora de conversar sobre el pasado, el futuro, la libertad. Así me enteré de que antes de ser privados de libertad todos habían sido felices y ricos. Había quienes contaban lo que acostumbraban cenar, y a veces también hablaban de temas íntimos, usuales entre los hombres. En una ocasión, mencionaron -algo que nunca volví a oír- que en la sopa se ponía un tranquilizante llamado «bromuro», por lo menos eso decían, con una expresión cómplice y misteriosa.

Bandi Citrom también solía mencionar la calle Nefejejs, las luces y «las mujeres de Budapest», tema que yo desconocía por completo.

En otra ocasión, un viernes por la noche, me llamó la atención la voz suave y melodiosa de alguien que se encontraba en un rincón de la tienda: era un sacerdote, un rabino. Me acerqué, trepando por encima de las literas, y en medio de un grupo de gente hallé al rabino que ya conocía. En aquel grupo se practicaban los rezos tal como estaban, con su uniforme de preso y su gorro; no me quedé mucho rato con ellos puesto que tenía más ganas de dormir que de rezar.

Bandi Citrom y yo dormíamos arriba del todo. En nuestro compartimiento había además otros dos jóvenes que también eran de Budapest. Los compartimientos eran de madera, con un montón de paja y un saco encima. Teníamos una manta para dos pero en verano no la utilizábamos. Desde luego, el sitio no sobraba: si yo me daba la vuelta, también el vecino debía dársela; si éste cambiaba de postura, yo me veía obligado a hacer lo mismo. Pero, como siempre, el sueño profundo y reparador lo hacía olvidar todo: la verdad es que aquéllos fueron días dorados.

Los cambios empezaron más tarde: primero fueron las raciones. Desaparecieron las de medio pan, como si nunca hubiesen existido, y llegaron las de un tercio o un cuarto, muchas veces sin *Zulage*. El tren también empezó a avanzar más lentamente y, al final, se paró. Yo trataba de mirar hacia delante pero sólo veía el día siguiente, y éste era como el anterior, exactamente igual, en caso -por supuesto- de que siguiera acompañándonos la suerte. Ya no tenía ganas ni fuerzas para nada; todos los días me levantaba más cansado; cada día que pasaba soportaba peor el hambre; me movía con más y más dificultad; todo se me volvía una carga, incluso yo mismo. Ya no siempre éramos buenos presos y sentíamos las consecuencias por parte de los soldados y de los que ostentaban algún cargo entre nosotros, sobre todo el *Lagerältester* [comandante de campo].

Éste, fuera donde fuera, siempre iba vestido de negro. Daba la señal de silbato para despertarnos y efectuaba el último examen por la noche. La gente no dejaba de hablar de las excelentes condiciones en que vivía. Su idioma era el alemán, su sangre, gitana -así lo llamábamos nosotros, los húngaros, «el gitano»-; ésta era la primera razón por la que se encontraba en un campo de concentración, y la segunda, algo que Bandi Citrom había descubierto a primera vista: el color verde de su triángulo advertía que había robado y matado a una señora mayor, según decían, muy rica, que le había dado trabajo. Así, por primera vez en mi vida pude ver a un asesino con mis propios ojos. Él era el encargado del orden y de la justicia, su trabajo consistía en asegurar el cumplimiento de las leyes; en principio, no parecía ningún pensamiento alentador: eso opinábamos todos, incluido yo. Por otra parte, tuve que reconocerlo: llegado un punto determinado, los matices se confunden. Yo, por ejemplo, tuve más problemas con un *Stubendienst*, aunque era un hombre muy honrado. Por eso había sido elegido por votación, al igual que el doctor Kovács, el cual no era doctor en medicina sino en derecho, para *Blockältester*. Los dos eran de la ciudad de Siófok, a orillas del precioso lago Balaton. Su nombre era Fodor, y era un hombre pelirrojo al que todo el mundo conocía.

Decían -¡ignoro si era verdad o no!-, que el *Lagerältester* utilizaba su bastón y su puño por puro placer, porque eso le producía una cierta satisfacción similar a lo que buscaba con los hombres, los chicos o las mujeres: eso decían los más informados. Sin embargo, en estos casos el orden no era un pretexto sino una auténtica necesidad, un interés común; nunca se le olvidaba insistir en ese punto cuando -viéndose en la necesidad- tenía que hacerlo. Por otra parte, el orden nunca era perfecto; en realidad, lo era cada vez menos. Por eso él se veía obligado a pegar con su cucharón de hierro a los que se movían demasiado en la fila, a los que no sabían cómo había que formar delante de él o cómo había que colocar el plato, al lado de la cazuela; éstos dejaban caer entonces el plato, la sopa, todo; de forma que imposibilitaban su trabajo y nos causaban problemas a todos. Por eso tiraba de los pies de los que se quedaban durmiendo por la mañana, puesto que las irregularidades las cometía una sola persona, pero todos, incluso los inocentes, teníamos que cargar con las consecuencias. Las intenciones de las personas no eran siempre las mismas, por supuesto, pero a partir de cierto punto las diferencias eran sólo cuestión de matices y los resultados eran idénticos.

Aparte de ellos, había otro encargado alemán, que llevaba un uniforme a rayas impecable y una cinta amarilla alrededor del brazo: a éste, por suerte, no lo veía mucho; más tarde -para mi mayor sorpresa- aparecieron varias personas con la cinta negra, con la inscripción -menos ostentosa- de *Vorarbeiter* [capataz]. Allí estaba yo cuando apareció por primera vez -en la cena- con la cinta en el brazo uno de los que dormían en nuestro bloque: antes no me había fijado mucho en él puesto que no tenía ninguna característica especial ni nada que lo distinguiera, aunque era fuerte y alto. Sin embargo, todo cambió: a partir de entonces ya no sería un perfecto desconocido; los amigos se le acercaron, lo rodearon, le desearon suerte y lo felicitaron por el nombramiento, saludándolo y ofreciéndole la mano, que él aceptaba o no, según el caso (los rechazados se retiraban enseguida). El momento más solemne -por lo menos para mí- fue cuando en medio de aquel silencio casi reverente, en medio del interés general y de las miradas envidiosas de todos, él se levantó lentamente, con dignidad y sin prisa, para recoger la segunda ración que le correspondía por el cargo; el *Stubendienst* se la sirvió con la complicidad de dos personas que se encuentran en el mismo nivel.

En otra ocasión, me fijé en la cinta distintiva de un hombre con andar gallardo y pecho erguido. Lo reconocí enseguida: era el oficial de Auschwitz. Un día me encontré bajo su mando y ahora puedo decir que es verdad que por algunos de sus hombres habría puesto la mano en el fuego, mientras que no aguantaba a los que vagueaban y «hacían que otros les sacasen las castañas del fuego»; él mismo había utilizado esas palabras para explicarse al empezar el trabajo. Al día siguiente, Bandi Citrom y yo nos las ingeniamos para cambiar de destacamento.

También advertí otros cambios, sobre todo en las personas ajenas al campo, como la gente de la fábrica, nuestros guardias, algunos representantes de la autoridad, etc. Al principio no entendía el porqué de esos cambios, me parecía que el aspecto de todos ellos era mucho más saludable. Luego reparé en que el cambio se había producido en nosotros, no en ellos, sólo que era más difícil de percibir. Por ejemplo, cuando miraba a Bandi Citrom no veía en él nada especial, pero cuando trataba de acordarme de él, de la primera vez que lo había visto, en la fila o en el trabajo, y había observado sus músculos fuertes, imponentes y durísimos, apenas podía dar crédito a lo que ahora veía. Comprendí entonces que a veces el tiempo nos engaña. No había advertido esa cuestión tan obvia al observar, por ejemplo, a la familia Kholmman. Allí todos la conocíamos; procedía de un pueblo llamado Kisvárdá, igual que otras muchas personas del campo, y donde era seguramente gente respetable; por lo menos los otros los trataban con deferencia y hablaban de ellos con reverencia. Eran tres: el padre, bajito y calvo, el hijo mayor y el más pequeño -los dos tenían unas facciones diferentes a las del padre, pero eran casi idénticos, por lo que deduje que se debían de parecer a la madre-; eran dos muchachos rubios, de ojos azules. Los tres iban siempre juntos, y siempre que podían, cogidos de la mano. A medida que pasaba el tiempo observé que el padre se iba quedando atrás y los dos hijos tenían que ayudarlo, cogiéndolo de las manos. Más tarde, el padre ya no iba con ellos, entonces era el hijo mayor el que tenía que arrastrar a su hermano

pequeño, que acabó desapareciendo también; finalmente era el mayor el que se arrastraba solo, hasta que no lo vi más. Al reflexionar ahora sobre todas estas cosas, comprendo que yo asistí a aquel proceso de una manera gradual, acostumbándome a cada fase, sin verlo en realidad. Me imagino que yo también habría cambiado porque el Curtidor, con quien me crucé un día al entrar en la cocina, donde había encontrado un trabajo envidiable de pelador de patatas, no me reconoció. Cuando logré convencerlo de que tenía delante a su compañero de la Shell, le pregunté si por casualidad no habría alguna sobra en la cocina, algún resto, lo que fuera. Me dijo que iría a verlo, y que por su parte no quería nada a cambio, pero me preguntó si tenía cigarrillos puesto que el *Vorarbeiter* de la cocina estaba «loco por el tabaco». Al confesarle que no tenía se marchó. Al instante comprendí que no tenía mucho sentido esperar y que la amistad es una cosa pasajera, limitada por las leyes de la vida, y que eso es natural.

Otro día fui yo quien al principio no reconocí a una criatura muy rara que pasaba a mi lado, probablemente en dirección a las letrinas. Llevaba el gorro calado hasta las orejas, su cara flaca y huesuda estaba llena de magulladuras y de su nariz caían gotas amarillas. «¡Suave!», grité pero él ni siquiera se inmutó. Se arrastraba de una forma penosa, agarrando sus pantalones con una mano; yo pensé que nunca habría imaginado que alguien pudiera cambiar tanto. Otro día vi también al Fumador -creo que era él-, todavía más amarillo y más flaco que el Suave, con los ojos más grandes y febriles.

En ciertas circunstancias, no basta con la buena voluntad. En una ocasión, cuando todavía estaba en casa, había leído que con el tiempo y con el esfuerzo necesarios uno puede incluso acostumbrarse a vivir preso. No dudo de que esto sea verdad cuando se está encerrado en una casa o en una prisión normal, civil, pero en un campo de concentración, según mi experiencia, es imposible. Y estoy totalmente convencido de que no es por falta de esfuerzo, ni de buena voluntad; el problema es que simplemente no te dejan tiempo para ello.

Sé que en un campo de concentración hay tres formas de evadirse, puesto que había visto y oído cómo otros lo hacían y yo mismo llegué a ponerlas en práctica. Yo escogí la primera forma, quizá la menos pretenciosa, pues existe una parcela de nuestra naturaleza que -según aprendí- es verdaderamente un don eterno que le impide al hombre caer en la locura. Es un hecho demostrado que nuestra imaginación permanece libre incluso en condiciones de privación de libertad. Yo podía, por ejemplo, hacer lo siguiente: mientras mis manos estaban ocupadas con la pala y el pico -ahorrando fuerzas, suministrándolas bien, limitándome a realizar sólo los movimientos más necesarios-, yo lograba escapar de allí. Al mismo tiempo, me di cuenta de que la imaginación no es ilimitada, pues con el mismo esfuerzo me habría podido trasladar a Calcuta, Florida o a cualquiera de los lugares más bellos del mundo. Sin embargo, como eso no me parecía bastante serio y no me habría resultado muy convincente, la mayoría de las veces me quedaba en casa. La verdad es que tampoco era menos atrevido que estar en Calcuta, pero por lo menos tenía algo de humildad, y daba cierto trabajo que igualaba el esfuerzo y lo hacía auténtico. Pronto advertí que cuando era libre no había vivido de la mejor manera posible, que había malgastado mis días, que tenía de qué arrepentirme... Sin ir más lejos, me acordaba de que algunas comidas no me gustaban, no las comía o sólo lo hacía a medias, simplemente porque no eran de mi agrado; eso me pareció una falta incomprensible e imperdonable. O la eterna discusión entre mi padre y mi madre por mi persona. «Cuando esté de nuevo en casa terminaré con todas estas discusiones para que haya paz», pensé de una manera sencilla y con estas mismas palabras, sin vacilar ni un instante, como si sólo me interesaran los problemas derivados de ese hecho completamente natural. Había también cosas de mi vida previa que me ponían nervioso o que, por ridículo que parezca, me daban miedo: ciertas asignaturas en el colegio, los profesores que las enseñaban, los exámenes y sus resultados, el comportamiento de mi padre al enterarse de las notas; me acordaba de esos temores y me divertía. Uno de mis pasatiempos favoritos era imaginarme una y otra vez un día completo, un día íntegro en casa, desde la mañana hasta la noche, ateniéndome siempre a la regla de la humildad. El mismo esfuerzo me hubiera costado imaginarme un día especial, un día perfecto, pero yo me imaginaba un día malo: madrugar, ir a la escuela y agobiarme, comer mal... y al imaginarme todo eso, enmendaba

todas aquellas posibilidades malgastadas y fallidas o, simplemente, inadvertidas. Lo había oído decir, y ahora también puedo dar fe de ello: es verdad que las paredes de la cárcel no pueden poner límites a nuestra imaginación. El único problema era si mi imaginación me llevaba tan lejos como para olvidarme de mis manos, porque entonces la realidad restablecía sus derechos de la manera más concreta y contundente.

Más tarde, empezaron a no cuadrar los números en los recuentos de las mañanas, como sucedió un día en el bloque seis, que estaba junto al nuestro. Todos sabíamos qué ocurría, puesto que el toque de diana en un campo de concentración arranca del sueño a todo el mundo: aquellos que no despertaban ya no lo harían nunca más, y allí quedarían sus cuerpos. Pues bien, en esto consiste la segunda forma de evasión, ¿quién no ha tenido la tentación, aunque sea una sola vez, de abandonarse? Yo sí, con seguridad, sobre todo por la mañana cuando me despertaba y debía afrontar un nuevo día en el alboroto de la tienda. Así me ocurrió en repetidas ocasiones, pero Bandi Citrom nunca dejó que lo hiciera. Al fin y al cabo, el café no importaba tanto, y al recuento ya llegaríamos: eso piensa uno, eso pensaba yo también. Naturalmente, no podíamos quedarnos acostados, hubiera sido algo infantil; debíamos levantarnos y luego... conocíamos algún sitio, algún rincón del todo seguro. Lo teníamos previsto, calculado, porque habíamos encontrado aquel lugar por pura casualidad, sin buscarlo, casi sin darnos cuenta. Nos acostábamos, nos metíamos, por ejemplo, debajo de las cabinas. Cualquier rincón, cualquier sitio o escondite bastaban. Nos cubríamos bien con paja, mantas, con lo que fuera. Al mismo tiempo, considerábamos la idea de estar presentes en el recuento; los más atrevidos hasta llegaban a pensar que la falta de una sola persona quizá no llamaría la atención, que quizá contarían mal -a fin de cuentas todos podemos equivocarnos-, que quizá precisamente aquel día la falta de una sola persona no llamaría tanto la atención, y ya por la noche -estábamos seguros- cuadrarían los números; los más atrevidos incluso llegaban a estar seguros de que en aquel escondite nunca los encontrarían. Sin embargo, los verdaderamente atrevidos no pensaban ni siquiera en eso, porque ellos simplemente creían -como yo lo he llegado a creer también- que una hora más de sueño justifica cualquier riesgo, cualquier precio, lo que sea.

En realidad, nunca era una hora ya que por las mañanas las cosas se sucedían muy rápido: enseguida se formaban los destacamentos de búsqueda. Aquel día, como otros muchos, el *Lagerältester* iba delante, vestido de negro, recién afeitado y perfumado, con su gallardo bigote; el guardia alemán y un *Blockältester* y un *Stubendienst* les seguían de cerca. Todos armados con palos, porras y garrotes entraron en el bloque seis. Desde dentro se oyeron voces y gritos y, al cabo de unos minutos -¡vaya!-, el aire se llenó del vociferar triunfante y victorioso de los que acaban de encontrar lo que buscaban. También oímos otra voz, cada vez más débil, que se calló pronto. Lo que sacaron de la tienda sólo parecía un bulto, una cosa sin vida, un montón de trapos que dejaron tirado al final de la fila, allá, echado. Sin embargo, algún detalle, algún rasgo típico llamaron mi atención, y pude reconocerlo: el hombre desafortunado. Siguió entonces el grito de «*Arbeitskommandos antreten*» [Comandantes, ¡empezad!] y ya sabíamos que los soldados serían más severos con todos nosotros.

Por último, hay una tercera manera de escapar: la literaria, la verdadera. Hubo un caso, un solo caso en nuestro campamento. Los fugitivos eran tres, los tres letones, hombres experimentados, que hablaban alemán y conocían perfectamente los alrededores, es decir, se movían con seguridad -según corrió la noticia como un murmullo-, y nosotros estábamos orgullosos, disfrutamos con malicia del desconcierto de nuestros guardias, algunos incluso empezaron a considerar con entusiasmo la posibilidad de seguir el ejemplo. Después estuvimos furiosos con ellos, ya de madrugada, a eso de las dos o las tres, cuando como castigo por sus actos todavía permanecíamos en las filas, en el recuento, formados o, mejor dicho, tambaleándonos. A la tarde siguiente, intenté no mirar hacia la derecha, donde había tres sillas, y encima de ellas, sentadas, tres personas o tres cosas parecidas a personas. Me pareció más sensato no mirar el aspecto que podían tener, ni la inscripción de las letras grandes y torpes que llevaban en unas cartulinas colgadas del cuello (más tarde me enteré, puesto que lo repitieron mucho en el campamento: «*Hurrah! Ich bin wieder da!*»),

es decir «¡Hurra! ¡Estoy aquí otra vez!»); también vi un artilugio de madera del que colgaban tres sogas con nudo corredizo; comprendí que se trataba de una horca. Cena no hubo, por supuesto, y en su lugar los gritos de «*Appell! Das ganze Lager: Achtung!*» [¡A formar filas! Todo el campo: ¡Atención!], en la voz del mismísimo *Lagerältester* en persona. Se prepararon los ejecutores, aparecieron también los representantes de las autoridades militares, y pasó lo que tenía que pasar, lo previsto, por decirlo así, por suerte bastante lejos de donde nosotros estábamos, al lado de los aseos. Yo no miré, preferí dirigir la vista a la izquierda, de donde llegaba una voz, un murmullo, una especie de melodía. En esa dirección pude distinguir una cabeza que temblaba, un cuello flaco inclinado hacia delante, con la nariz y los ojos iluminados, casi enloquecidos, llenos de lágrimas: los ojos del rabino. Pronto me enteré también de lo que decía porque muchos empezaron a repetir sus palabras. Primero los fineses, todos ellos, y muchos más. No sé de qué manera pero sus palabras también se repetían en los bloques colindantes. Se veían las bocas que se movían, las cabezas, los cuellos, los hombros que se balanceaban suavemente pero con firmeza. El murmullo se transformó, en medio de las filas, en un ruido apenas audible pero constante que sonaba por todas partes, como si viniera de las entrañas de la tierra: «*Iskadal, voiskadal*» se oía, y hasta yo sé que es el «*kaddis*», la oración que los judíos rezamos a los muertos. Reconozco que no fue otra cosa que terquedad, la única y definitiva manera de terquedad, casi obligatoria, casi forzada, casi impuesta -hay que reconocerlo-, y al mismo tiempo inútil (puesto que allí delante nada se alteraba, no había ningún cambio, ningún movimiento más que las últimas convulsiones de los ahorcados); yo comprendí, sin embargo, el sentimiento que hacía que la cara del rabino casi se diluyera y que su nariz temblara de una manera extraña. Como si hubiese sucedido aquel momento tan esperado, aquel victorioso momento de la llegada del cual nos había hablado en la fábrica de ladrillos. A mí, por primera vez me dio pena, sentí un vacío, incluso cierta envidia, deseando saber rezar -aunque fuese una sola oración- en la lengua de los judíos.

Sin embargo, ni la terquedad, ni las oraciones, ni nada pudo liberarme de una cosa: del hambre. Ya antes había experimentado -o así lo creía- el hambre; había tenido hambre en la fábrica de ladrillos, en el tren, en Auschwitz e incluso en Buchenwald, pero no conocía el hambre «a largo plazo», por decirlo de alguna manera. Tenía un hueco, un espacio vacío, y quería, con todos mis esfuerzos, llenar ese hueco sin fondo, ese espacio cada vez más vacío, aniquilar, silenciar el hambre. Mis ojos no veían otra cosa que comida, mis pensamientos, mis actos, todo mi ser se ocupaba exclusivamente de eso, y si no me comía la madera, el hierro o los guijarros, era sólo por la imposibilidad de masticarlos y digerirlos. Sin embargo, he comido arena y también hierba; las comía sin pensar, pero no había mucha hierba ni en el campo, ni en el territorio de la fábrica. Por un solo cebollín se pedían dos rebanadas completas de pan, y por el mismo precio se vendía una remolacha azucarera o una forrajera. A mí, me gustaba más la forrajera porque era más jugosa y por lo general más grande, aunque los entendidos decían que las azucareras tenían más valor nutritivo, más cosas que aprovechar; pero apenas había elección, aunque la forrajera fuera más dura y tuviera un sabor más picante. A veces, me bastaba incluso con ver comer a los otros. A nuestros guardias les traían la comida a la fábrica y yo no les quitaba los ojos de encima cuando comían. Sin embargo, no me dejaban disfrutarlo de verdad porque comían demasiado deprisa, sin masticar bien, parecían no darse cuenta de lo que hacían. En otra ocasión estuve con un destacamento en el taller, donde los capataces sacaban la comida que traían de sus casas; recuerdo que estuve mirando durante mucho tiempo una mano amarilla, con grandes nudillos, que sacaba de un bote de vidrio alargado judías verdes enteras, una tras otra. No podía dejar de mirar aquella mano, quizá con un sentimiento inseguro y poco definido de esperanza. Sin embargo, aquella mano -que ya conocía perfectamente bien- sólo se movía entre el bote y la boca. Un poco después, ni siquiera eso, puesto que el hombre se dio la vuelta y a partir de entonces sólo me mostró la espalda; comprendí que lo hacía guiado por un sentimiento humanitario, y me habría gustado decirle que no se preocupara, que siguiera comiendo tranquilamente, que yo apreciaba también el hecho de poder ver cómo lo hacía, que eso era mejor que nada, por supuesto. El primer plato de mondas de patatas se lo compré a un finés. Me lo enseñó en el descanso de mediodía, y yo tuve la suerte de que Bandi Citrom no estuviera conmigo y pusiera pegas. Se lo puso delante, sacó lentamente un trozo de papel con sal muy gorda,

cogió un poco con los dedos, se lo llevó a la boca, lo probó y me dijo, como sin darle importancia: «Se vende». Por lo general, un plato así cuesta dos rebanadas de pan o una ración de margarina, él pedía la mitad de mi sopa de la cena. Traté de regatear, alegando mil razones, incluso nuestra raza común. «Tú no eres judío», decía, sacudiendo la cabeza como lo hacen los finlandeses. «Entonces ¿por qué estoy aquí?», le pregunté. «¿Cómo quieres que lo sepa?», respondió, encogiéndose de hombros. Le dije: «¡Maldito judío!». «Por eso no te voy a vender esto más barato...», me respondió. Al final se lo compré por el precio que pedía, y por la noche apareció en el momento en que me sirvieron la sopa; no sé cómo pudo haberse enterado de que había sopa de leche.

Puedo decir con certeza que ciertas nociones sólo se comprenden cabalmente en un campo de concentración. Aquellos cuentos tontos de mi infancia, por ejemplo, hablaban de un «vagabundo» o un «peregrino» que llegaba a la corte del rey y, para ganarse la mano de su hija, se comprometía a servirle, muy contento, porque sólo se trataba de siete días. «Pero acuérdate que en mi castillo siete días son siete años», le decía el rey: pues lo mismo puedo decir yo del campo de concentración. Nunca me habría imaginado que podría envejecer tan pronto. Si en una situación normal hacen falta cincuenta o sesenta años para envejecer, en el campo bastaron tres meses para que mi cuerpo me abandonara. Puedo asegurar que no hay nada más molesto, más decepcionante que llevar la cuenta, día a día, de lo que se ha degradado de nosotros mismos. En casa, aunque no le hubiese prestado mucha atención, generalmente estaba en armonía con mi organismo, me gustaba esa maquinaria. Me acuerdo de aquella tarde de verano en la que estaba leyendo una novela de aventuras en el fresco del salón, mientras con una mano acariciaba con placer la piel suave y sedosa, llena de pelitos dorados, de mi fuerte muslo. Ahora, esa misma piel estaba arrugada, colgaba, estaba seca, áspera y amarillenta, cubierta de abscesos, manchas marrones, grietas, heridas y escamas que -sobre todo entre los dedos- me producían un picor desagradable. «Sarna», me aseguró Bandi Citrom cuando se lo enseñé. Observaba atónito con qué velocidad, con qué desenfadada rapidez disminuía, día a día, la carne de mis huesos, hasta que no quedaba nada, hasta que desaparecía toda mi materia blanda. Cada día me sorprendía algo nuevo, algún nuevo fallo o algún defecto, en aquella cosa que me resultaba cada vez más rara y extraña, aunque hubiese sido un buen amigo: mi cuerpo. Ya no podía ni verlo, sin tener una sensación de desequilibrio, de horror. Con el tiempo dejé de quitarme la ropa y luego dejé de lavarme, puesto que eso también era desagradable y doloroso en medio de aquel frío. También estaban los zapatos.

Los zapatos eran causantes, por lo menos para mí, de muchos disgustos. Por lo general, era imposible estar muy contento con las prendas de vestir que nos habían asignado en el campo de concentración: eran poco funcionales y tenían muchos defectos, con lo cual se transformaban en fuentes de disgusto o simplemente eran inútiles. Por ejemplo, con las lluvias finas y grises, tipo calabobos -que eran constantes durante el cambio de estación-, los trajes de lienzo se transformaban en rígidos tubos, cuyo contacto húmedo nuestra piel trataba en balde de evitar. No servían los capotes para lluvia -que distribuyeron enseguida-, pues sólo eran otra capa húmeda más, otro engorro; tampoco me parecía una solución involucrar en el papel áspero de los sacos de cemento robados, como muchos hacían, entre otros Bandi Citrom, desafiando todo riesgo, puesto que ese tipo de delitos se descubrían enseguida: bastaba con un golpe de palo en la espalda o en el pecho y el ruido resquebrajado del papel te delataba. Y cuando ya no producía ese ruido seco, entonces la nueva capa, mojada y desagradable, ni siquiera se podía quitar sin esconderse.

Lo más desagradable eran los zapatos de madera. Todo empezó, en realidad, con el barro. Mi experiencia con él era insuficiente. Por supuesto, en mi vida previa había visto y pisoteado barro, pero nunca había imaginado que éste pudiera convertirse en nuestra mayor preocupación, en el asunto principal de nuestras vidas. No podía saber lo que significaba hundirme en el barro hasta la pantorrilla, sacar el pie con todo el esfuerzo del que fuera capaz, con un movimiento definitivo, rápido, produciendo un ruido de chapoteo, sólo para hundirme en él otra vez, unos veinte o treinta centímetros más adelante. No lo sabía, no estaba preparado para ello, aunque tampoco me hubiera servido de mucho estar preparado. Por otra parte, a los zapatos de madera, con el tiempo, se les rompían los tacones. Entonces caminábamos sobre una suela gorda y redondeada -que de repente se

hacia más fina y adquiriría una forma de góndola-, balanceándonos a la manera de unos muñecos tentetiosos. La suela fina que quedaba tras romperse el tacón se agrietaba pronto y, a cada paso, entraba por las grietas una mezcla de barro frío, minúsculos guijarros y otro tipo de sedimentos con partículas cortantes. También el forro de los zapatos se desprendía de la madera, rozándonos el tobillo, abriendo heridas por todas partes. Estas heridas -por su naturaleza- desprendían un líquido pegajoso y, así, al cabo de un tiempo, era ya imposible librarse de los zapatos, que ya no se podían quitar, se pegaban, se adherían al cuerpo, formando otro miembro más. Yo llevaba puestos los zapatos todo el día, y tampoco me los quitaba para acostarme, entre otras cosas para no perder tiempo cuando tuviera que levantarme saltando de mi cama, dos, tres y hasta cuatro veces cada noche.

Por la noche más o menos me las arreglaba y, al cabo de saltos, andanzas y arrastres, llegaba al barro de fuera y bajo la luz de los focos encontraba lo que buscaba. Pero ¿qué hacer durante el día si nos entraban las ganas -irrefrenables debido a la diarrea- estando en un destacamento? Había que hacer entonces de tripas corazón, quitarse la gorra y pedirle al guardia permiso para ir al retrete. En el supuesto de que hubiera uno en los alrededores para uso de los presos y de que el guardia fuera bondadoso, podíamos pedir permiso una vez y luego otra, pero ¿quién se atrevería a pedirselo una tercera vez, poniendo a prueba su paciencia? Entonces sólo nos quedaba la lucha silenciosa - con los dientes bien apretados y la tripa temblorosa- para ver quién resultaba vencedor: nuestro cuerpo o nuestra voluntad.

Como último recurso -esperándolo o no, provocándolo o tratando de evitarlo- siempre quedaban las palizas. Yo también recibí las mías, naturalmente, ni más ni menos que otros, el promedio, como cualquiera de nosotros, en justa correspondencia con las condiciones generales de nuestro campo, nada personal ni nada accidental. Parece ilógico, pero así fue: a mí no me tocaron los más autorizados o los designados habitualmente para ello, los miembros de las SS, sino un soldado de los llamados *Todt*, un cuerpo menos definido, cuyos miembros llevaban uniforme amarillo y desempeñaban funciones de capataz en el trabajo. Él era quien nos vigilaba y quien se dio cuenta -con qué vozarrón, con qué salto lo demostró- de que yo había dejado caer el saco de cemento. La verdad es que el trabajo de cargar sacos de cemento era uno de los más apreciados -y con toda razón- en los destacamentos, un trabajo excepcional que se recibía con una alegría apenas demostrable. Había que inclinar la cabeza para que otro te colocara un saco en el hombro y en el cuello; con el saco a cuestas había que ir hasta un camión donde alguien te lo quitaba; luego regresabas -dando una vuelta de tamaño variable según las posibilidades del momento- y, si tenías suerte, todavía había gente en la fila, con lo cual se ganaba más tiempo, hasta el saco siguiente. El saco no pesaba más de diez o quince kilogramos, lo que en condiciones normales parece un juego de niños, hasta se podría jugar a la pelota con ellos, pero yo tropecé y lo dejé caer. El saco de papel se rompió, volcándose en el suelo su contenido, esa materia valiosa, el cemento. Al instante el soldado estaba a mi lado y yo sentía su puño en la cara; me tiró al suelo y puso sus botas en mis costillas y su mano en mi cuello: me empujaba la cara contra el suelo, contra el cemento, para que lo recogiera, lo recuperase; pretendía que chupara el cemento. Me agarró y me volvió a poner de pie, diciendo que me demostraría «*Ich werde dir zeigen, Arschloch, Scheisskerl, verfluchte Judehund*» [Te enseñaré lo que es bueno, gilipollas, cabrón, maldito perro judío], que yo no dejaría caer ningún saco más, me prometía. A partir de entonces, él mismo me ponía los sacos encima, sólo se ocupaba de mí, sólo me seguía a mí con los ojos hasta el camión y, de regreso, me hacía poner el primero aunque hubiese gente en la cola delante de mí. Al final, actuamos perfectamente coordinados, ya nos conocíamos, yo veía en su rostro cierta satisfacción, cierto aliento, por no decir cierto orgullo, y en cierta manera tuve que reconocer que con razón, al fin y al cabo, puesto que aguanté, yendo y viniendo, llevando y trayendo -aunque me tambaleaba, me agachaba, con los ojos cubiertos por un velo oscuro-, sin dejar caer ni un saco más; a fin de cuentas eso le dio la razón a él. Al terminar ese día sentí, por primera vez, que algo se había degradado definitivamente en mi interior, y a partir de aquel día todas las mañanas me levantaba con el pensamiento de que aquélla

sería la última mañana en que me levantaría; hacía cada movimiento con el pensamiento de que se trataba de mi último movimiento; sin embargo, los seguía haciendo, por lo menos de momento.

7

Existen situaciones en que parece imposible que se puedan agravar o empeorar. Yo mismo, al cabo de tanto esfuerzo, de tanto afán, de tanto empeño, acabé encontrando la paz, la tranquilidad y el alivio. Ciertas cosas, por ejemplo, que antes me habían parecido sumamente importantes, perdieron por completo su significado para mí. Así, estando en la fila durante el recuento, si me cansaba -y sin mirar si me encontraba en medio de un charco o si había barro-, me dejaba caer, me sentaba y me quedaba sentado o acostado hasta que mis vecinos me levantaban a la fuerza. No me molestaban ni el frío ni la humedad, ni el viento ni la lluvia: simplemente no me llegaban, ni siquiera los sentía. Desapareció hasta el hambre, me seguía llevando a la boca todo lo que encontraba, todo lo que fuera comestible, pero sin prestar atención, como por costumbre y de manera mecánica. En el trabajo no cuidaba ya ni las apariencias. Si tenían algún inconveniente, lo más que podían hacer era pegarme, y con eso tampoco me hacían mayor daño, sólo me hacían ganar tiempo, puesto que con el primer golpe me acostaba en el suelo y ya no sentía los otros porque me quedaba dormido.

Una sola cosa se había hecho más fuerte dentro de mí: el enfado. Si alguien me molestaba, me tocaba o me rozaba, si me equivocaba en el paso (lo que ocurría con frecuencia) y alguien me pisaba, por ejemplo, habría sido capaz de matarlo allí mismo, sin titubear, si hubiera tenido las fuerzas para matar y si al levantar la mano no me hubiese olvidado ya de lo que quería hacer. Tenía broncas hasta con Bandi Citrom; «me abandonaba», yo era una carga para el destacamento, traía problemas para todos, le contagiaba mi sarna: todo eso me reprochaba. Yo parecía molestarle en un aspecto especial. Me di cuenta aquella vez que por la noche me llevó a los aseos. Yo pataleaba, protestaba, pero al fin consiguió quitarme toda la ropa a la fuerza, y por mucho que tratase de golpearle el cuerpo y la cara con el puño, me frotó el cuerpo con agua helada. Le había dicho mil veces que me dejase en paz, que no me pusiera bajo su tutela, que se ocupase de su propia mierda. Me preguntó si quería morir allí o si quería volver a casa, y no sé qué respuesta habría leído en mi cara, pero yo vi en la suya un asombro repentino, una especie de susto como cuando miramos a los desgraciados, a los condenados o a los enfermos graves contagiosos: fue entonces cuando me acordé de lo que había dicho sobre los musulmanes. El hecho es que desde entonces me evitaba, y yo, por fin, me libré de esa última carga.

Sin embargo, de mi rodilla no me podía librar: el dolor me acompañaba siempre, a todas partes. Un día me atreví a mirarla, y aunque mi cuerpo estuviera acostumbrado a casi todo, pensé que sería mejor volver a esconder enseguida esa nueva sorpresa, ese bulto rojo en el que se había convertido mi rodilla derecha. Sabía perfectamente que en nuestro campo había un dispensario, pero la hora de la consulta coincidía con la hora de la cena, y ésta me parecía más importante que la salud. Por otra parte -debido a las experiencias ya adquiridas- mi confianza en los «servicios médicos» era relativa. Además, estaba dos tiendas más adelante, y en aquel entonces, debido a los fuertes dolores, ya no me arriesgaba a tales caminatas, por lo menos si no era indispensable. Al final, me llevó Bandi Citrom con otro compañero, haciéndome sentar entre sus manos unidas, cargando conmigo. Al llegar me obligaron a sentarme sobre una mesa y me dijeron que probablemente me iba a doler, puesto que era necesario operarme de inmediato y sin anestesia, ya que no disponían de ella. Con una navaja me hicieron dos cortes entrecruzados encima de la rodilla y me sacaron todo lo que se había acumulado en mi muslo; luego me vendaron con papel. Enseguida reclamé mi cena, y me aseguraron que ellos se cuidarían de ese asunto, y resultó ser verdad. La sopa era de remolacha y colinabo, una de mis favoritas, y a los que estábamos «hospitalizados» nos dieron la parte más espesa. Yo estaba muy contento. Pasé la noche en la tienda del dispensario, en uno de los compartimientos de arriba, totalmente solo. Lo único desagradable fue que, a la hora habitual de la diarrea, no pude utilizar mi propia pierna, por lo que tuve que pedir

ayuda -primero en voz baja, luego más alto y al final a gritos-, pero nadie acudió a socorrerme. Al día siguiente por la mañana, junto con otros cuerpos, el mío fue arrojado encima del suelo mojado de un camión y trasladado a la cercana localidad de «Gleina» -no sé si me enteré bien del nombre-, donde se encontraba el hospital propiamente dicho de nuestro campo. Nos vigilaba un soldado, sentado en un práctico taburete portátil, con su fusil brillante en el regazo: estaba visiblemente disgustado, hacía muecas, seguramente con razón, considerando lo que tenía que ver y oler sin quererlo. Sobre todo me molestó pensar que hubiera sacado ya sus conclusiones y que creyese que eran verdaderas; yo tenía ganas de disculparme, diciendo que no era yo el único culpable, que en el fondo yo no era así, pero hubiera sido difícil de demostrar, por supuesto.

Al llegar, tuve que soportar los inesperados chorros de agua a presión que salían de una manguera y que me mojaban por todo el cuerpo, hiciese lo que hiciese, quitándome todo: ropa, suciedad, vendas de papel, lo que fuera. Luego me llevaron a una sala donde me dejaron un camisón y un lecho, la parte de abajo de una litera de madera, donde por fin pude acostarme encima de un colchón aplastado y desigual, hecho con paja, cubierto con una sábana endurecida por el que había dormido en la misma cama que yo, una sábana llena de manchas sospechosas, que desprendían un hedor igualmente sospechoso; pero al fin tenía un colchón entero sólo para mí, y pronto me dejaron en paz, para que pasara el rato como quisiera, lo que al principio se tradujo en dormir.

Parece que nuestras viejas costumbres las llevamos con nosotros también a los lugares nuevos; así, en el hospital, tuve que luchar al principio contra numerosos condicionamientos, numerosas ideas fijas del pasado. Por ejemplo, el sentido del deber; al principio me despertaba sobresaltado al alba, pensando que no me había presentado al recuento y que me estarían buscando; me costó mucho trabajo admitir que había sido un error y acostumbrarme a la idea -cuya evidencia quedaba demostrada por la realidad- de que me encontraba en mi casa, de que todo estaba bien: alguien estaba gimiendo, más allá otros conversaban, otro callaba, se quedaba con la mirada fija a lo lejos, por donde le indicaba su nariz aguileña, mirando al techo, boquiabierto; a mí, sólo me dolía la herida y, como siempre, tenía mucha sed, debido lógicamente a la fiebre. El hecho es que me costaba convencerme de que no había recuento, de que no tenía que ver a soldados y, sobre todo, de que no tenía que ir al trabajo: todas esas ventajas eran tan importantes para mí que ninguna circunstancia secundaria, ninguna enfermedad las podía echar a perder. A veces me llevaban a una salita del piso de arriba, donde trabajaban dos médicos, uno más joven y el otro mayor; a mí me tocó ser «paciente» de este último. Era un hombre moreno y delgado, muy amable, vestido con bata blanca, zapatos limpios y una cinta alrededor del brazo, con cara fácilmente reconocible de viejo zorro simpático. Me preguntó de dónde era y me contó que él había llegado hasta allí desde Transilvania. Me despojó de mis vendas de papel, que para entonces se habían vuelto verdes y se habían endurecido, y luego, con las dos manos, me sacó del muslo todo lo que se había acumulado. Para terminar, con la ayuda de un instrumento parecido a una aguja, me metió una gasa enrollada por debajo de la piel, explicándome que era para «permitir el drenaje» y facilitar así «el proceso de limpieza y de curación», no fuera que la herida se cerrase antes de tiempo. Yo, por mi parte, estaba encantado con la idea puesto que no tenía nada especial que hacer fuera, no tenía ninguna prisa por nada, ni siquiera por curarme. Otra observación suya me gustó menos. Como, según su opinión, un solo canal de drenaje en la rodilla no bastaría creía que había que abrir otro, por un lado, y unirlo con el primero por un tercer corte. Me preguntó qué me parecía y yo me sorprendí porque me miraba como si de verdad estuviera esperando mi respuesta, mi consentimiento, por no decir mi autorización. «Como a usted le parezca», contesté y entonces dijo que no había más tiempo que perder. Enseguida se puso manos a la obra, pero yo me vi obligado a comportarme de una manera un tanto ruidosa y eso pareció molestarle. Me lo hizo saber. «Así no puedo trabajar»; yo traté de disculparme, diciendo: «No puedo remediarlo». Avanzó un par de centímetros más, y lo dejó, sin acabar el plan original en su totalidad. Aun así, parecía bastante contento, y observó: «Por lo menos es algo», puesto que de esa manera podría drenar el pus por dos sitios, en lugar de por uno.

El tiempo pasaba más deprisa en el hospital: cuando no dormía, estaba ocupado con el hambre, la sed, el dolor, la herida, alguna que otra conversación, la visita al médico, pero incluso sin ningún tipo de ocupación me encontraba también muy bien, o justamente por eso, por esa sensación dulce y placentera de no tener que ocuparme de nada. También hacía preguntas a los recién llegados para enterarme de las noticias del campo, de qué bloque eran y si conocían por casualidad a un tal Bandi Citrom, del bloque cinco, ni alto ni bajo, con la nariz rota y sin dientes, aunque nadie parecía acordarse. Observaba las heridas de los demás en la consulta: eran parecidas a las mías, sobre todo en las piernas y los muslos, aunque también las había más arriba, en caderas, traseros, brazos e incluso cuellos y hombros: las llamaban «infecciones», y su aparición y masiva propagación no eran -según los médicos- extrañas ni anormales en los campos de concentración. Más tarde empezaron a llegar enfermos a quienes había que amputar algún dedo de los pies, en el peor de los casos todos, pues, según contaban, fuera, en el campo era invierno, y sus pies se habían congelado en los zapatos de madera. En una ocasión entró una persona vestida con un uniforme de preso hecho a medida; era obvio que se trataba de una autoridad. Lo oí decir claramente, aunque en voz baja, «*Bonjour*»; por eso y por la letra «F» de su triángulo rojo adiviné que era francés; por la cinta que llevaba en el brazo con la inscripción «*O. Arzt*» también me enteré de que era el médico en jefe de nuestro hospital. Me quedé mirándolo porque hacía mucho que no veía a un hombre tan atractivo: no era muy alto, pero su uniforme estaba debidamente relleno de carne por todas partes, su cara también era rellenita, y todos sus rasgos eran inequívocamente los suyos propios; conservaba las proporciones y los distintos matices para expresar sus sentimientos: su barbilla era redonda y tenía un hoyuelo en el medio, su piel morena y aceitosa brillaba como las pieles solían brillar antaño, en casa, entre la gente normal. No me parecía mayor, calculé que tendría unos treinta años. Los otros médicos parecían estar muy ajetreados, buscando su aprobación, explicándole todo con pelos y señales y, según observé, no a la manera acostumbrada en el campo sino más bien a la antigua usanza, de fuera -que tantos recuerdos me traía-, con la distinción, la educación y el buen comportamiento que se manifiestan en sociedad, cuando se nos presenta la ocasión de demostrar que conocemos y manejamos bien un idioma culto, en este caso concreto el francés. Sin embargo, me di cuenta de que todo eso no significaba nada en absoluto para el médico en jefe: lo miraba todo, respondía brevemente a todo, asentía con la cabeza, pero todo lo hacía muy despacio, como apagado, taciturno, tenebroso, con una constante expresión de desaliento, casi de abatimiento en el rostro y en los ojos oscuros. Yo estaba asombrado, no entendía en absoluto a qué se podía deber todo eso en el caso de una persona de tanta autoridad, tanto poder y tanto rango. Trataba de adivinarlo fijándome bien en su cara, en sus gestos, y poco a poco llegué a la conclusión de que al fin y al cabo él también estaba allí; comprendí entonces, no sin extrañarme, que él estaba simplemente apenado por su condición de preso. Me entraron ganas de decirle que no se preocupara, que eso era lo de menos, pero no me atreví, y luego también me acordé de que yo no hablaba francés.

Casi todo el tiempo que duró el traslado lo pasé durmiendo. Había oído decir que en Zeitz estaban terminando la construcción de unos barracones de piedra, en lugar de las tiendas, para pasar el invierno, y que no se habían olvidado de acondicionar uno como hospital. Me arrojaron sobre el suelo de un camión -era de noche, todo estaba a oscuras y, por el frío que hacía, calculé que probablemente estaríamos a mediados de invierno-; lo siguiente que vi fue una sala enorme y bien iluminada, con una fría antesala que olía a productos químicos y con una bañera de madera en el medio, donde tuve que sumergirme hasta la coronilla. No sirvieron ni peticiones, ni quejas ni protestas; me estremecí al sentir el líquido helado y al pensar que muchos enfermos se hubiesen sumergido ya en el mismo líquido pardusco, con heridas y todo.

El tiempo pasaba más o menos igual que antes, excepto por algunas diferencias. En el nuevo hospital, por ejemplo, las literas eran de tres pisos. Nos llevaban con menor frecuencia al médico, por lo que mi herida se limpiaba más o menos sola, como podía. Para colmo, empecé a sentir dolor en la parte izquierda de la cadera, y apareció el conocido bulto rojo e inflamado. Al cabo de un par de días, durante los cuales esperé que se me pasara, que pasara algo, tuve que decirselo al

enfermero, y al cabo de otros dos o tres días de apuros y de esperas, me tocó el turno del médico, instalado en la parte delantera del barracón, donde me practicaron otro corte del tamaño de la palma de una mano en la cadera. Otra circunstancia molesta se debía al lugar que yo ocupaba, en una de las camas de abajo, justo enfrente de una pequeña ventana alta, que miraba al cielo invariablemente gris, y que no tenía vidrio, sólo unos barrotes de hierro, en los cuales se formaban unas eternas estalactitas de hielo, debido probablemente a la acumulación de los vapores que subían del interior. Yo estaba vestido como correspondía a todos los enfermos: con un camisón corto y sin botones y una gorra de lana verde que nos habían distribuido debidamente al empezar los fríos; tenía dos orejeras y un corte en «V» sobre la frente, por lo que recordaba el gorro de un campeón de patinaje sobre hielo, o de algún actor que estuviera en las gradas representando el papel de Satanás; también debo reconocer que la gorra resultó sumamente útil. Así pues, pasaba mucho frío, sobre todo desde que había perdido una de mis dos mantas con cuyas tiras hubiera podido entonces apañarme para rellenar los agujeros y roturas de la otra. El enfermero me había dicho que se la prestara, que me la devolvería pronto. En balde me agarré a ella con las dos manos, él resultó ser el más fuerte. Además de la pérdida, me preocupaba bastante la idea de que las mantas se las quitaran normalmente a los enfermos cuyo fin estaba próximo, según todas las previsiones y cálculos. En otra ocasión, una voz ya bien conocida a esas alturas que procedía de una de las camas de abajo me previno de la llegada de un enfermero con otro enfermo nuevo en los brazos, buscando con cuál de nosotros lo podría acostar. Al enfermo de aquella voz, sin embargo, la autorización del médico le aseguraba el derecho a una cama para dormir solo debido a su gravedad. Así protestaba y chillaba vivamente: «¡Protesto! ¡Tengo derecho! ¡Pregúntenle al médico!». Así una y otra vez hasta que los enfermeros tuvieron que llevar su carga a otra cama, en este caso la mía: me tocó un muchacho de mi edad. Me pareció que su cara estaba amarilla y sus ojos ardientes, pero ya todos teníamos las caras amarillas y los ojos ardientes. Enseguida me preguntó si tenía agua para beber, a lo que le respondí que ya me gustaría a mí también, y luego que si tenía tabaco para fumar... y claro, tampoco tuvo suerte. Me ofreció darme su ración de pan a cambio pero le dije que no insistiera, que no dependía de eso, que no tenía, y entonces se quedó callado. Me imaginé que tendría fiebre porque su cuerpo, en constante temblor, desprendía un calor que yo no dejaba de aprovechar con gusto. Por la noche dio muchas vueltas en la litera, y eso me gustó menos, puesto que no siempre tenía debidamente en cuenta la ubicación de mis heridas. Le dije que se estuviera quietecito y, al final, me hizo caso. Por la mañana me di cuenta de por qué me había obedecido: en vano traté de despertarlo para el café. Sin embargo, como había prisa, yo le entregué sin tardanza su tazón al enfermero, puesto que me lo pedía justo cuando yo iba a explicarle lo ocurrido. También cogí su ración de pan, y por la noche su sopa, y así, hasta que un día empezó a comportarse de manera muy rara y tuve que avisar; al fin y al cabo no podía seguir guardándolo así en mi cama. Estuve un tanto preocupado, porque la tardanza se había hecho más que evidente, y la explicación era obvia, dadas las circunstancias, pero el caso se selló sin mayores consecuencias, se olvidó como otros, y a mí -gracias a Dios- me dejaron otra vez sin compañero.

También tuve la ocasión de conocer a fondo todo tipo de bichos. Las pulgas resultaban imposibles de agarrar, eran más rápidas que yo, claro, estaban mejor alimentadas. Los piojos eran más fáciles de cazar pero no tenía mucho sentido hacerlo. Cuando estaba muy enfadado con ellos, pasaba la uña del dedo gordo a través del camisón por cualquier sitio de mi espalda, y podía apreciar la magnitud de la venganza por el número de ejemplares que se dejaban aplastar con un chasquido; yo disfrutaba de la matanza, pero al cabo de un escaso minuto podía repetir la operación en el mismo sitio y con idéntico resultado. Estaban en todas partes, escondidos en todos los rincones, mi gorro verde parecía gris por la cantidad de piojos allí acumulados: casi se movía solo. Para mi mayor sorpresa, asombro y horror, hube de descubrir -buscando un día las razones de un repentino picor en la cadera debajo de las vendas de papel- que se habían instalado hasta en mis heridas, alimentándose de mi carne. Traté de sacarlos de allí, uno por uno, como fuera, obligándolos a detenerse, a esperar un poco más, y puedo afirmar que nunca en mi vida lucha alguna me había parecido tan desesperada como ésa, ninguna resistencia tan tenaz, tan descarada como ésa. Así pues, abandoné el intento y me dediqué simplemente a contemplar ese ir y venir, esa insaciabilidad,

esa hambre, esa indisimulada felicidad: yo mismo la conocía de alguna manera. Advertí que podía comprenderlos hasta cierto punto. Eso me alivió, casi logré librarme de la aversión. No digo que me alegrara, seguía igual de desesperado, creo que es fácil de comprender, pero admití que así eran las leyes de la naturaleza; con lo cual me volví a cubrir la herida, no luché más con ellos, ni volví a molestarlos.

Puedo afirmarlo: ni las experiencias acumuladas, ni la tranquilidad más perfecta, ni la total aceptación de nuestras situaciones pueden impedirnos dejar una última posibilidad a la esperanza, en el supuesto de poder hacerlo, se entiende. Así pues, cuando, junto con otros enfermos cuyas posibilidades para reincorporarse al trabajo eran visiblemente escasas, me enviaron otra vez a Buchenwald, como de vuelta al remitente, yo compartí -con lo que me quedaba de fuerzas- la alegría de los demás puesto que me acordaba de los días pasados allí y, sobre todo, de la sopa que se distribuía por las mañanas. Reconozco, sin embargo, que no me planteé el hecho de que antes tenía que llegar hasta allí y, para colmo, en tren y en las condiciones que ese tipo de viajes normalmente implicaban; puedo afirmar que hay cosas que antes yo no había comprendido y que difícilmente hubiera podido imaginar. Por ejemplo, la expresión tantas veces oída «los restos mortales» de alguien se refería, para mí, a una persona que estuviera forzosamente muerta. No había duda alguna de que yo estaba vivo; aun débil, medio apagado, todavía no se había extinguido en mí la llama de la vida, como la denominan. Allí estaba mi cuerpo y yo era consciente de todo lo que le pasaba, aunque no estuviera por completo dentro de él. Sin ninguna dificultad asumí la sensación de que aquella cosa, con otras cosas parecidas alrededor, estuviera tirada encima de un montón de paja húmeda y maloliente, en el suelo de un camión, de que las vendas de papel se hubiesen roto y deshecho, de que la camisa y los pantalones que me habían suministrado para el viaje estuvieran adheridos a mis heridas abiertas: todo eso no significaba nada para mí, no me interesaba, ni tenía influencia sobre mí; incluso puedo afirmar que hacía mucho que no me sentía tan liviano, tan en paz, como en un sueño, sí, tan agradablemente bien. Después de tanto tiempo también logré librarme de la tortura que representaba para mí el enfado: ya no me molestaban los otros cuerpos, parecidos al mío; al contrario, casi me alegraba de que estuvieran allí, conmigo, tan similares, tan familiares; por primera vez creo que me invadió un sentimiento extraño, anormal, el sentimiento tímido y torpe del amor. Lo mismo experimenté por parte de los demás, aunque no había mucha esperanza para ninguno. Quizás esto también contribuyera -junto con las dificultades de otra índole- a que estuviéramos tan silenciosos y tan unidos en nuestras quejas, suspiros y gemidos, y a que se oyeran igualmente algunas palabras de consuelo y de aliento. No eran sólo palabras, todos hacíamos también todo cuanto podíamos, y así me llegó -en el momento oportuno y quién sabe desde qué distancia-, pasando por manos piadosas y aplicadas, la lata amarilla de conservas que servía de orinal. Cuando finalmente sentí que no estaba tendido sobre el suelo del vagón sino encima de unos guijarros, en medio de unos charcos helados -no sabía ni cuándo ni cómo había llegado hasta allí-, la verdad es que ya no significaba mucho para mí haber tenido la suerte de llegar a Buchenwald, y hasta se me había olvidado que era el lugar al que tanto había deseado regresar. No sabía dónde estaba, si todavía en la estación o ya dentro del campo, no reconocía los alrededores, no veía los caminos, ni las casas, ni la estatua que recordaba perfectamente. De todas maneras, parecía que había estado acostado allí, tranquilamente y en paz, sin curiosidad, con paciencia, allí donde me habían dejado. No sentía frío ni dolor, ni tampoco sentía -más bien me daba cuenta por deducciones mentales- que mi cara estuviera salpicada por algo parecido al agua y la nieve. Me pasaba el tiempo reflexionando, observando lo que veía sin tener que esforzarme en absoluto: el cielo bajo, gris y sin brillo, las nubes pesadas como plomo que desfilaban lentamente ante mis ojos, cubriendo el cielo invernal. Las nubes se apartaban durante breves momentos, se veía la luz a través de algún pequeño hueco, por alguna minúscula rendija, y eso reflejaba de cierta manera el misterio repentino de las profundidades, desde las cuales me llegaba como un rayo, desde arriba, la mirada rápida y avizor de unos ojos de color indefinido pero ciertamente claro, unos ojos parecidos a los del médico de Auschwitz, delante del cual había tenido que pasar a mi llegada. A mi lado había un objeto contundente, un zapato de madera, y al otro lado se veía una gorra de diablo parecida a la mía, con dos ángulos en los dos extremos: la nariz y la

barbilla, y en el medio un hueco: la cara. Más allá había más cabezas, cosas, cuerpos, claro, los restos de la carga recién llegada, los desechos, para utilizar una palabra más exacta, que de momento habían depositado allí. Pasó un tiempo -no sé si fue una hora, un día o un año- y por fin se oyeron voces, ruidos, señales de que algo estaba pasando. La cabeza que estaba a mi lado se movió, y vi unos brazos con uniforme de preso que agarraban el cuerpo para arrojarlo sobre una carretilla, o algo así, encima de otros cuerpos que ya yacían allí acumulados. Al mismo tiempo, llegaban a mis oídos unos retazos de palabras, y en aquel susurrar apenas audible reconocí una voz antaño más potente que balbuceaba: «Pro... tes... to...». Su cuerpo se detuvo un momento, suspendido en el aire, antes de seguir su vuelo, y yo escuché otra voz, probablemente la del que lo sujetaba por el hombro. Era una voz agradable, masculina, que pronunciaba una frase con el típico acento chapurreado del alemán del campo, una voz que reflejaba sorpresa o asombro, más que crítica: «*Was? Du willst noch leben?*» [¿Qué, aún quieres vivir?], preguntaba, y yo mismo no podía más que estar de acuerdo en que la protesta no era la respuesta más apropiada para aquel momento. Por mi parte decidí ser más sensato. Pero ya se estaban inclinando sobre mí, y me vi obligado a parpadear, puesto que una mano se movía delante de mis ojos, hasta que me encontré encima de una carretilla repleta que ya estaban empujando hacia algún lugar, no me apetecía preguntar cuál. Me obsesionaba una sola idea que se me había ocurrido pensar. Probablemente fuera por mi propio descuido, pero no había sido tan precavido como para enterarme de las costumbres, usos o prácticas que existían en Buchenwald, y no sabía cómo lo hacían: con gas, como en Auschwitz, o con medicamentos como me habían contado, también en Auschwitz, o quizá con balas o de alguna de las mil maneras existentes que yo, presumiblemente, no podía ni siquiera imaginar. De todas formas, tenía la esperanza de que no dolería y, aunque parezca extraño, esa esperanza era tan real y me invadía como lo hubiera hecho cualquier esperanza más real relativa al futuro. Me di cuenta también de que la vanidad es un sentimiento que parece acompañar al hombre hasta en sus últimos momentos, porque por muy intrigado que estuviera no se me habría ocurrido preguntar nada, ni pedir nada; permanecí todo el tiempo callado, ni siquiera miraba atrás, hacia los que me empujaban. El camino ascendía por una colina, y tras una curva divisé el panorama de abajo. Contemplé el paisaje grandioso, la falda de la colina, las casas de piedra, todas iguales, los barracones verdes, unos bien cuidados y otros nuevos, quizá más austeros, todavía sin pintar; la red complicada pero ordenada de los alambres de púas entre las columnas, toda aquella inmensidad que se perdía entre los árboles sin hojas, en medio de aquella niebla. Al lado de uno de los edificios de la entrada había muchos musulmanes desnudos, unos cuantos dignatarios paseando, esperando algo, por supuesto; reconocí a los barberos por sus taburetes y sus movimientos aplicados, bueno, todo indicaba que estaban aguardando la ducha y la entrada en el campo. Más adentro, ya por los caminos de piedra se observaban todas las señales de una constante y ferviente actividad, de un continuo quehacer: los antiguos habitantes, los convalecientes, los dignatarios, los encargados del almacén, los afortunados miembros elegidos de los destacamentos internos iban y venían, cumpliendo con sus tareas cotidianas. Humos de procedencia sospechosa se mezclaban con vapores más agradables; oí el conocido y simpático tintinear en alguna parte que me llegaba como en sueños, como si fueran unas suaves y dulces campanadas, y mis ojos encontraron, más abajo, la comitiva que cargaba la pesada olla, transportándola sobre unos palos sostenidos por encima de los hombros; en medio de aquel aire frío, punzante y húmedo sentí el olor inconfundible de la sopa de zanahoria. Aquella visión y aquel olor me provocaron un sentimiento en el pecho entumecido que fue creciendo en oleadas y consiguió llenarme los ojos -completamente secos- de lágrimas. No servían ni la reflexión, ni la lógica ni la deliberación, no servía la fría razón. En mi interior identifiqué un ligero deseo que acepté con vergüenza —porque aun siendo absurdo, era muy persistente—, el deseo de seguir viviendo, por otro ratito más, en este campo de concentración tan hermoso.

8

Tuve que reconocerlo: nunca habría podido explicar ciertas cosas de una manera exacta si me hubiera valido solamente de la esperanza, la norma, la razón, esto es la lógica de las cosas y de la vida, por lo menos según mi experiencia vital. Así, cuando volvieron a bajarme al suelo desde la carretilla, no entendía qué podía yo tener que ver con las tijeras del barbero y con la cuchilla de afeitar. Aquella sala repleta, que a primera vista parecía una ducha de verdad y donde me tiraron sobre el suelo resbaladizo de madera, entre talones y plantas de pies que me pisoteaban y numerosas y tibias piernas, llenas de abscesos, se correspondía mejor con mis previsiones. Según éstas, me pasó por la cabeza que aquí existiría la misma costumbre que en Auschwitz. Fue grande mi sorpresa al sentir -después de unos minutos de espera y unos sonidos burbujeantes- que inesperadamente empezaba a salir agua por los grifos de arriba: agua caliente en chorros abundantes. Mi alegría disminuyó puesto que me habría gustado disfrutar más del agua caliente, pero no pude hacer nada cuando una fuerza irresistible me elevó de repente desde aquel bosque de piernas a las alturas, mientras me envolvían en una sábana y me cubrían con una manta. Luego, me acuerdo de una espalda, de la que yo colgaba con la cabeza hacia atrás y las piernas hacia delante; de una puerta, unas escaleras empinadas, otra puerta más y al final una sala, casi una habitación, donde aparte de la luminosidad y la amplitud me sorprendió el lujo digno de un cuartel en el mobiliario, y donde al final llegué hasta una cama, una cama normal, real, claramente destinada a una sola persona, una cama con colchón y con dos mantas grises: allí me pusieron.

Me acuerdo también de dos hombres, dos hombres normales, atractivos, con rostros y con cabello normales que vestían camisetas y pantalones blancos y zuecos de madera: yo me deleitaba observándolos, mientras ellos me miraban. Entonces me fijé en su boca y en el sonido de un idioma lleno de musicalidad que resonaba en mis oídos. Tuve la sensación de que esperaban algo de mí, que querían saber algo, pero yo sólo meneaba la cabeza, puesto que no entendía sus palabras. Entonces, uno de ellos me preguntó, con un raro acento, en alemán: «*Hast du Durchmarsch?*», es decir, si tenía diarrea, y yo me sorprendí al oír mi voz que -quién sabe por qué- respondía: «*Nein*», me imagino que por la misma vanidad de siempre. Después de unos momentos de titubeos y de ir y venir, depositaron dos cosas en mis manos: un recipiente lleno de café tibio y un pedazo de pan, un sexto, según mis cálculos. Podía cogerlo y comerlo sin pagar ningún precio por ello, ni tener que aceptar trueque alguno. Durante un rato tuve que ocuparme de mis entrañas que estaban dando señales de vida, revolviéndose y protestando, y esforzarme para que no me pusieran tan pronto en evidencia. Más tarde me despertó uno de los dos hombres que llevaba botas, un precioso gorro azul marino y el uniforme de preso con un triángulo rojo.

Otra vez sobre los hombros, bajar las escaleras, y salir al aire libre. Pronto llegamos a un barracón de madera grande, pintado de gris, que era una especie de enfermería o dispensario. La verdad es que allí todo se asemejaba más a lo que yo había estado esperando, lo que me parecía normal; eso hacía que me sintiera casi como en casa, pero en este caso no cuadraba el trato previo con el café y el pan. A lo largo del camino, por toda la extensión del barracón, vi las filas de literas de tres pisos bien conocidas. Estaban todas repletas, y con unos ojos expertos, como los míos, era posible distinguir incluso entre un caos indescifrable de caras de antaño, miembros llenos de abscesos y de sarna, huesos, trapos y todo lo demás, que todos aquellos accesorios pertenecían a cinco o seis personas por cabina. Para colmo, no había ni siquiera paja -al contrario de lo que sucedía en Zeitz-, aunque para el rato que esto duraría, pensé, no necesitaría nada en especial. Pero entonces, mientras nos deteníamos y el individuo que me llevaba hablaba con alguien, se me presentó otra sorpresa. Al principio no sabía si veía bien, pero no podía equivocarme puesto que aquella parte del barracón estaba bien iluminada, por luces potentes. A la izquierda distinguí las dos filas usuales de cabinas, pero encima de las tablas había una capa de colchas rojas, rosadas, azules,

verdes y moradas, con otra capa encima, del mismo tipo de colchas, y entre las dos capas, unas al lado de las otras, cabezas afeitadas de niños que miraban, algunos más grandes, otros más pequeños, pero la mayoría de mi edad. Todavía estaba absorto mirando, cuando sentí que me bajaban al suelo, apoyándome contra algo para que no me cayera; me quitaron la manta, me cambiaron las vendas de mis dos heridas, la de la rodilla y la de la cadera, me pusieron un camisón y me metieron entre las dos capas de colchas y entre dos muchachos que enseguida me hicieron un hueco, en el piso del medio.

Me dejaron allí, otra vez sin ninguna explicación, y entonces me dejé guiar por mi propio razonamiento. «De todas formas -pensé- aquí estoy, éste es un hecho, no puedo negarlo»; y el hecho se iba renovando, y con cada segundo que pasaba duraba más y más. Más tarde me enteré también de cosas importantes. Tenía que ser aquélla la parte delantera del barracón puesto que enfrente de mi cama había una puerta que daba al exterior, y delante, un espacio bien iluminado, evidentemente reservado para el trabajo y los quehaceres de los dignatarios, escribanos, médicos; en el centro, en el lugar más visible distinguí incluso una mesa cubierta con una sábana blanca. Los que dormían en las cabinas de atrás debían de tener disentería o fiebre tifoidea, y los que no tuvieran ni una ni otra, pronto tendrían alguna. El primer síntoma -que se manifiesta por su olor persistente e inconfundible- es la diarrea, a la que también llamaban *Durchfall* o *Durchmarsch*. Los dos hombres del destacamento de la ducha me habían preguntado; si les hubiera respondido la verdad, yo también habría estado allí. Las raciones de comida que se distribuían durante el día eran más o menos iguales que en Zeitz: por la mañana el café, a media mañana la sopa; la ración de pan era un tercio o un cuarto y, en este caso, generalmente se acompañaba de *Zulage*. Las partes del día eran difíciles de determinar, debido a que la iluminación era siempre la misma y no había ninguna ventana para ver la luz o la oscuridad de fuera; no obstante, podía guiarme por señales inconfundibles: el café significaba la mañana y las buenas noches del médico señalaban la hora de dormir. Al médico lo conocí el primer día. Me fijé en un hombre que se había parado delante de nuestra cabina. No debía de ser muy alto porque su cabeza estaba más o menos a la altura de la mía. Su cara era redonda, casi gorda, como rellena y blanda, y tenía no sólo un bigote casi blanco y bien tupido sino que -para mi mayor asombro ya que no había visto otra en ningún campo de concentración- también lucía una barba blanca bien arreglada, corta y puntiaguda en la barbilla. Llevaba un sombrero grande y elegante, pantalones oscuros de tela y una chaqueta de uniforme de preso con la cinta, la señal roja y la letra «F». Me miró como si mirara a un recién llegado, y me dijo algo. Yo le respondí con la única frase que sabía en francés: «*Je ne comprends pas, monsieur*» [No le entiendo, señor] «*Oui, oui*», me dijo él, con una voz amplia y amable, un poco ronca. «*Bon, mon fils*» [Bien, hijo mío], dijo después, y me puso un terrón de azúcar encima de la manta, un verdadero terrón de azúcar, igual a los que había en casa. Recorrió luego las dos filas de literas de tres pisos, entregando a cada muchacho el terrón de azúcar correspondiente. A la mayoría se lo ponía cerca de la cabeza; a veces se detenía con algunos, hablaba con los que podía, les daba palmaditas en la cara, les pellizcaba en el cuello, charlaba, los mimaba, como quien -a la hora acostumbrada- mima a sus canarios favoritos. Me di cuenta también de que algunos de sus favoritos -sobre todo los que hablaban en francés- recibían un terrón adicional de azúcar. Entonces comprendí -como en casa siempre me habían enseñado- lo importante que es la cultura en general y el conocimiento de idiomas extranjeros en particular.

Todo eso lo comprendí y lo asimilé pero siempre con la sensación, la condición, de estar esperando constantemente algo, algo que no sabía definir con exactitud, sino como un cambio, la solución al misterio, el despertar, por así decirlo. Al día siguiente, por ejemplo, seguramente en un hueco entre sus múltiples tareas, el médico me señaló también a mí. Me sacaron de mi sitio y me pusieron delante de él, encima de la mesa. Emitió algunos sonidos amables, me miró, me examinó, me palpó, puso su oreja fría y unos pelitos duros del bigote sobre mi pecho y en la espalda, indicándome que respirara y que tosiera. Luego me indicó que me acostara y su ayudante me dijo que me quitara las vendas y miró mis heridas. Primero las observó de lejos, luego las tocó por alrededor y examinó la supuración desprendida. Emitió entonces unos sonidos desaprobatorios,

meneando la cabeza con preocupación, como si el resultado lo hubiese desanimado. Volvió a vendarme las heridas, en un intento de hacerlas desaparecer; yo sabía que no le habían gustado, que no lo habían convencido en absoluto.

Fracasé también en otros exámenes, tengo que reconocerlo. Por ejemplo, no había forma de hacerme comprender por los muchachos que tenía a mi lado. Ellos, sin embargo, se pasaban el día hablando por encima de mi cabeza, como si yo fuera un simple obstáculo que les molestase. Me habían preguntado de dónde era. Les había respondido: «Ungar», y ellos lo repitieron de diversas formas: «*vengersky, vengria, magiarsky, magariar, hongrois*». Uno de ellos me dijo: «*kenyér*», es decir, pan; sus risas y las de todos los que se le unieron revelaban claramente que conocía bien a mis compatriotas. Me sentí molesto y deseé hacerles comprender que estaban equivocados, porque los húngaros no me consideraban igual a ellos, y que a grandes rasgos mi opinión sobre los húngaros coincidía con la suya y me resultaba extraño e indigno que justamente fueran ellos los que me mirasen con malos ojos; pero recordé que sólo podría decirselo en húngaro o, como mucho, en alemán, lo que hubiera sido incluso peor.

Había otro fallo también, otra falta más que -con el paso de los días- no podría seguir disimulando. Aprendí pronto que cuando se presentaba la necesidad, había que llamar al auxiliar de enfermería, un muchacho de nuestra edad. Entonces él se presentaba con un cacharro debidamente equipado con un mango largo, y nos lo ponía debajo de la colcha. Luego había que llamarlo otra vez: «*Bitte! Fertig! Bitte!*» [¡Por favor! ¡Ya está! ¡Por favor!] para que viniera a recogerlo. Una o dos veces al día era indiscutiblemente normal que se presentasen esa clase de necesidades. Pero yo me veía obligado a molestarlo tres y hasta cuatro veces al día, y eso, me di perfecta cuenta, ya le gustaba menos, lo que encontré absolutamente normal. En una ocasión le llevó el cacharro al médico y le explicó algo mientras le enseñaba el contenido. El médico estuvo unos minutos meditando con la cabeza inclinada sobre el cuerpo del delito, y al final hizo una inconfundible señal de rechazo con las manos. Por la noche llegó el terrón de azúcar, por lo que comprendí que todo estaba en orden. Podía acomodarme tranquilamente en aquella seguridad de las colchas y los cuerpos calientes que duraría otro día y otro más y que parecía inquebrantable.

Al día siguiente, en un momento dado entre el café y la sopa, entró en el barracón un hombre del mundo exterior, una verdadera autoridad, según aprecié enseguida. Llevaba un gorro negro de artista, una bata impecablemente blanca, pantalones bien planchados, zapatos normales que relucían; me asustó un poco su rostro casi brutal, de rasgos demasiado masculinos, como tallados en piedra, su piel entre rojiza y morada que llamaba la atención porque parecía en carne viva. Por lo demás, era alto y corpulento, con el pelo negro ya canoso en las sienes, una cinta distintiva, que yo no veía bien desde donde estaba y un triángulo rojo sin más señas: el signo maléfico de la sangre alemana pura. Por otra parte, fue la primera ocasión que tuve de admirar a una persona cuyo número no era de cinco o cuatro dígitos, ni siquiera de tres, sino un simple número de dos cifras. Nuestro médico se apresuró a saludarlo, dándole la mano y palmaditas en el brazo, para ganarse su simpatía, como se hace con un invitado muy esperado, que dignifica la casa con su presencia. Al cabo de un rato comprobé, para mi asombro, que los dos estaban, sin la menor duda, hablando de mí. El médico llegó incluso a señalarme con un gesto circular de la mano; alcancé a entender las palabras «*zu dir*» [para ti], aunque hablaban un alemán muy rápido. El médico siguió hablando, argumentando, tratando de convencer, acompañando su explicación con más gestos, como si ofreciera su mercancía para venderla y deshacerse de ella lo antes posible. El otro, al principio, se limitaba a escucharlo, sin decir palabra, pero como una persona más importante, un comprador difícil; luego pareció más convencido, según pude apreciar en sus ojos pequeños y oscuros que me miraban, punzantes, con la expresión del que se siente ya dueño de la mercancía. A continuación hizo una breve señal de despedida con la cabeza, estrechó rápidamente la mano al médico y se fue: a este último se le iluminó la cara de alegría.

No pasó mucho tiempo hasta que la puerta volvió a abrirse y apareció un hombre que -según indicaba el triángulo rojo en su uniforme de preso con la letra «P»- era obviamente polaco. La inscripción *Pfleger* en su cinta negra del brazo revelaba que se trataba de un enfermero. Parecía

joven, de unos veinte años, tenía un bonito gorro azul. El pelo castaño le cubría las orejas y parte del cuello. Su cara era alargada y sus rasgos, regulares y agradables; su piel, rosada; su boca, grande y dulce. En una palabra, era guapo, y yo habría podido deleitarme más tiempo mirándolo, pero enseguida buscó al médico, el cual le indicó dónde estaba yo, para que me sacara de allí, me envolviera en una manta según la costumbre del lugar y me echara al hombro. Su tarea no le resultó muy fácil puesto que yo me agarré con las dos manos del barrote que separaba las cabinas, el primero que pillé de una manera instintiva y casual. Sentí vergüenza. Comprendí entonces cómo incluso la idea de un día más o menos de vida puede alterarnos la mente y causarnos serios problemas. Pero él era más fuerte, y por mucho que yo gesticulara, que lo golpeara con ambos puños en la cintura y los riñones, él no hacía más que reírse de mí, como pude darme cuenta por las sacudidas de sus hombros; así desistí de mi intento y dejé que me llevara donde quisiese.

Hay sitios muy raros en Buchenwald. Tras pasar al otro lado de una alambrada, llegué a uno de los barracones verdes bien cuidados que hasta entonces, como preso del campo pequeño, sólo había podido admirar desde lejos. Así me enteré de que dentro había -en éste por lo menos- un pasillo donde brillaba y relucía de manera sospechosa la limpieza. Al pasillo daban varias puertas -puertas de verdad: blancas, normales- y, al cruzar una de ellas, llegué a una habitación caliente y bien iluminada y a una cama vacía, preparada expresamente para mí, como si me hubiese estado esperando. En la cama había una colcha roja y un colchón blando y cómodo para el cuerpo, y entre ambos una capa fresca y blanca: una sábana, una sábana de verdad, sin duda alguna. Debajo de la nuca, una sensación extraña, pero cómoda: una almohada, también con funda blanca. El *Pfleger* dobló la manta en la que me había transportado y la dejó a mis pies: al parecer eso también me correspondía, obviamente para el supuesto caso de que no estuviera satisfecho con la temperatura ambiental. Luego cogió una ficha y un lápiz, se sentó en el borde de la cama y me preguntó mi nombre. Le dije: «*Vier-und-sechzig, neun, ein-und-zwanzig*» [Sesenta y cuatro mil novecientos veintiuno]. Lo apuntó pero siguió insistiendo, hasta que comprendí -me llevó tiempo- que también le interesaba mi nombre, el *Name*, y también me llevó tiempo encontrarlo entre mis recuerdos. Me lo hizo repetir tres o cuatro veces, hasta que pareció haber comprendido. Luego me mostró lo que había escrito, en el margen superior de una ficha de las de hospital. Me preguntó si estaba *dobro jes*, es decir, bien, y yo le contesté que sí en alemán, que *gut*; después dejó la ficha encima de la mesa y se fue.

Como disponía de tiempo, me dediqué a mirar, a observar todo para informarme. Comprobé entonces -no me había dado cuenta antes- que en la habitación también había otras personas. Sólo con verlos supe que eran enfermos como yo. Observé que el tono rojizo -tan cálido y agradable para los ojos- de la habitación se debía al color del parquet y a que las colchas de las camas eran del mismo tono. Había, más o menos, una docena de camas. Todas eran camas individuales, con excepción de tres literas: una situada al lado de un biombo blanco -y en cuyo piso inferior me encontraba yo- y otras dos en el extremo opuesto, junto a otro biombo. No podía creer lo que veía: una habitación tan amplia y espaciosa, en la que las camas estaban separadas por más de un metro e incluso había espacios vacíos. Contemplé las ventanas de vidrio, todas divididas en cuadrados más pequeños, por los cuales entraba la luz, y observé que la funda de la almohada tenía un sello marrón que representaba un águila con el pico curvado, junto con la inscripción «*Waffen SS*» [Propiedad de las SS].

El examen de los rostros me resultó más difícil: no aprecié ni la mínima señal de un cambio producido por mi llegada; no percibí el menor interés, ni ninguna expresión de desengaño, de alegría, de disgusto, o de algo, ni siquiera una ligera curiosidad que descubrir; con el tiempo, eso resulta cada vez más incómodo, el silencio se hace más y más misterioso.

Entre las camas había una pequeña mesa cubierta con un paño blanco; en la pared de enfrente, otra mesa más grande con sillas alrededor, y junto a la puerta una estufa de hierro, en pleno funcionamiento, con un recipiente negro y brillante al lado, para guardar el carbón.

Aunque me rompiera la cabeza no hallaba explicación a esa broma: la habitación, la cama, la colcha, el silencio. Intentaba recordar, hacía deducciones, buscaba entre mis experiencias, tratando

de escoger las apropiadas. Podía ser que se tratara de uno de los lugares que me habían mencionado en Auschwitz, donde los enfermos eran tratados de maravilla, hasta que empezaban, por ejemplo, a sacarles las tripas a cachitos para investigar en beneficio de la ciencia. Pero ésa era una sola y única suposición de las muchas posibles y, de momento, tampoco había más indicios que un trato excelente. Por el contrario -me acordé-, en otro lugar ya estarían repartiendo la sopa, y aquí no había ni rastro, auditivo u olfativo, que señalase su llegada. Aun así, tuve un pensamiento quizá dudoso, pero quién podría juzgar lo que era posible y creíble, quién podría dilucidar -aun con mucho conocimiento- entre aquella infinidad de ideas, hallazgos, juegos, burlas y pensamientos, la consideración de que pueden hacerse reales, de que pueden realizarse en un campo de concentración, transfiriéndose automáticamente del terreno de la fantasía al de la realidad. «Vamos a ver -pensé-, lo traen a uno a una hermosa habitación. Lo acuestan en una hermosa cama, con colcha y todo. Lo cuidan, lo miman, y satisfacen todos sus caprichos, pero hay un detalle: no le dan de comer.» Si se desea, pensé, es posible observar cómo muere de hambre una persona, al fin y al cabo, incluso puede tener interés científico. Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que la idea era verosímil y posible. Pensé que si se me había ocurrido a mí, también se le habría podido ocurrir a cualquier otro más competente. Miré a mi vecino, el enfermo que estaba a mi izquierda, a un metro aproximado de distancia. Era mayor, calvo, y su cara conservaba todavía algo de los rasgos de antaño e incluso parte de su carne. Sin embargo, observé que sus orejas se parecían a los pétalos encerados de las flores de papel, y que el color amarillento de su nariz y los contornos de sus ojos eran también bastante significativos para mí. Estaba echado boca arriba, y su colcha subía y bajaba rítmicamente: parecía estar dormido. De todas formas, ¿por qué no intentarlo? Le pregunté susurrando si comprendía el húngaro. Nada, no sólo parecía no comprender sino que tampoco parecía haber oído. Ya me daba la vuelta, para pensar más en ello, cuando mis oídos se percataron de una palabra pronunciada en voz muy baja. «Sí.» Había sido él, sin duda, aunque no había abierto los ojos ni cambiado de postura. Me puse tan contento que, de una manera idiota, hasta se me olvidó por unos momentos lo que quería preguntarle. Le pregunté de dónde venía. Tras un silencio que me pareció infinito, me contestó: «Budapest». Le pregunté cuándo, y me respondió que en noviembre. Entonces, por fin le pregunté: «¿Dan aquí de comer?», y tras una pausa que parecía necesitar cada vez que respondía, me dijo: «No...». Yo le iba a preguntar si...

Pero en aquel momento entró otra vez el *Pfleger*, que precisamente venía en su busca. Le quitó la colcha, lo envolvió en una manta y con una facilidad asombrosa lo cargó al hombro y se lo llevó fuera, aunque -como pude apreciar- era un cuerpo de considerable peso, con una venda de papel a la altura de la tripa que flotaba en el aire, como diciendo adiós. Al mismo tiempo oí un chasquido breve y un susurro eléctrico. La voz dijo: «*Friseur zum Bad, Friseur zum Bad*», o sea, «barberos a las duchas, barberos a las duchas». Era una voz que se tragaba las erres pero que por lo demás era agradable, insinuante, armoniosa, casi irresistiblemente melodiosa, de las que reflejan la expresión del emisor; al oír esa voz, por poco me tiré de la cama. Sin embargo, los demás enfermos habían acogido la noticia con la misma indiferencia con la que habían reaccionado ante mi llegada, así que deduje que debía de ser una cosa bastante usual. Descubrí una pequeña caja de madera marrón encima de la puerta, una especie de caja de resonancia, y adiviné que por aquel aparato llegaban las órdenes de los soldados. En breve regresó el *Pfleger* a la cama que había al lado de la mía. Estiró las sábanas, volvió a cubrirla con la colcha y arregló la paja del colchón, metiendo la mano por una abertura. Por sus gestos, comprendí que probablemente no volvería a ver al hombre de antes. No podía remediarlo, mi imaginación volvió a darle vueltas a la misma cuestión, preguntándome si no habría sido un castigo por haber revelado el secreto y que -¿por qué no?- habrían podido oírlo valiéndose de alguno de aquellos aparatos de allá arriba.

Escuché otra voz, la voz de un enfermo, en la tercera cama desde la mía, en dirección a la ventana. Era un enfermo joven, de cara blanca, que tenía el pelo largo, rubio y ondulado. Repitió la misma palabra dos o tres veces seguidas, gimiendo, alargando las vocales; al final comprendí que estaba diciendo un nombre: «¡Pietka!... ¡Pietka!...». El *Pfleger* contestó, alargando también su respuesta, y en un tono bastante simpático: «*Co?*» [¿Qué?]. El enfermo dijo entonces algo más

largo, y Pietka -porque según eso así se llamaba el *Pfleger*- se acercó a su cama. Estuvo susurrándole frases largas, como si deseara convencerlo de algo, pidiéndole un poco más de paciencia, un poco más de firmeza. Al mismo tiempo, metió la mano debajo de su espalda para arreglarle la sábana, luego la colcha, y todo con simpatía, con gusto, con amor: en fin, de una manera que acabó por desmoronar, casi por destruir mis fantasías anteriores. El rostro del enfermo reflejaba placidez, serenidad, cierto alivio, al igual que sus palabras susurradas pero comprensibles: «*Dinkuie, dinkuie bardzo*» [Gracias, muchas gracias]. Lo que disipó totalmente mis dudas fue el ruido cada vez más cercano y cada vez más fuerte que ya se escuchaba desde el pasillo: el inconfundible tintineo que revolvió todo mi ser, llenándolo de un deseo cada vez más irrefrenable y que acabó confundiendo mi ser con ese deseo, con esa espera. Desde fuera se oían pasos de zuecos, y luego el impaciente grito de una voz profunda: «*Zal zex! Eshhola!*», es decir «*Saal sechs! Essenholen!*», es decir: «¡Sala seis! ¡La comida!». El *Pfleger* salió de la habitación y -ayudado por alguien cuyo brazo apareció en la puerta- volvió a entrar con una cazuela enorme y pesada, que, gracias a Dios, llenó la habitación de olor a sopa, aunque fuese la peor que podía haber: la sopa de ortigas, con lo cual concluí que había vuelto a equivocarme. Con el paso de las horas y de los días, tuve ocasión de observar otras cosas y aclarar más detalles. Al cabo de cierto tiempo tuve que admitir y acertar -con reservas y precaución- la realidad de los hechos: todo aquello era posible, real y agradable aunque extraño, si bien no más extraño que cualquier otra cosa que pudiera ser posible y real en un campo de concentración, el derecho y el revés, todo allí era posible. Era justamente eso lo que me molestaba, me preocupaba, me volvía inseguro: porque mirándolo bien, no podía encontrar ninguna razón aceptable, lógica o admisible para estar justamente allí y no en otro lugar. Poco a poco descubrí que todos los enfermos llevaban vendas, no como en el barracón anterior, y entonces llegué a la conclusión de que en aquél se encontraba la sección de patología interna, y en el nuestro la de cirugía. Pero naturalmente ni siquiera eso me pareció una razón o explicación suficiente para que toda aquella cadena de manos, hombros e intenciones me hubiese traído en la carretilla justamente hasta allí, a aquella cama. Traté también de calibrar a los enfermos, de conocerlos un poco mejor. Por lo que observé, la mayoría de ellos debían de ser presos muy antiguos. Ninguno parecía ser ningún dignatario, aunque dependía, por ejemplo, de si los comparaba con la gente que había en Zeitz. También me llamó la atención el hecho de que en el pecho de los que venían a visitarlos por la tarde, para acompañarlos un momento e intercambiar un par de frases, los triángulos eran todos rojos y -algo que no echaba en falta- ninguno verde, negro o -algo que ya me hubiese gustado más- amarillo. Eran, pues, distintos por su sangre, por su edad, su idioma y por más cosas, distintos a mí y a otras personas que yo había conocido, y eso me molestaba un poco. Por otra parte -intuí- en esa diferencia podía estar la explicación. Pietka, por ejemplo: por las noches nos dormíamos con su «*dobrá noc*» [buenas noches], y por las mañanas nos despertábamos con su «*dobre ránó*» [buenos días]. El orden impecable en la habitación, la limpieza con la ayuda de un trapo fijado al final de un palo, el transporte diario del carbón, el mantenimiento del fuego en la estufa, el reparto de las raciones y la limpieza de los correspondientes platos y cucharas, en caso necesario el transporte y cuidado de los enfermos, y quién sabe cuántas cosas más; todo, absolutamente todo dependía de él. No hablaba mucho, pero siempre tenía una sonrisa, siempre se mostraba bien dispuesto, en una palabra, no parecía una autoridad, sino una persona encargada del cuidado de los enfermos, un *Pfleger*, como en realidad se leía en su inscripción.

O el médico, porque resultó que el hombre con cara de bruto era médico, médico en jefe. Su visita -digna de un hospital de verdad- era un ritual que se repetía de la misma manera cada mañana. Cuando la habitación estaba recién recogida, los cafés ya tomados, las tazas guardadas detrás de la cortina, improvisada con una manta, donde Pietka tenía sus cacharros, se oían unos pasos conocidos por el pasillo. En un santiamén, una mano enérgica abría la puerta de nuestra habitación. Se oía un saludo, probablemente «*Guten Morgen*», [Buenos días], pero del cual sólo se oía un largo «*Moo'gn*», y entraba el médico. Ni esperaba ni deseaba -quién sabe por qué- que le devolviéramos el saludo, con la excepción de Pietka, que le recibía con su sonrisa habitual, con la cabeza descubierta y con respeto, pero -según tuve ocasión de observar con el tiempo- no con el mismo respeto bien conocido con el cual se honra a una autoridad superior, sino con simple y puro respeto,

por propia iniciativa, por propia voluntad. Luego el médico cogía, una por una, todas las fichas previamente colocadas en su mesa por Pietka y las examinaba como si fueran fichas de verdad en un hospital de verdad, donde, naturalmente, nada había más importante que el estado de los enfermos. A veces se dirigía a Pietka para hacer una observación sobre el contenido de las fichas, pero no esperaba una respuesta del enfermero, que habría sido tan inoportuna como devolverle el saludo matutino. «*Der kommt heute ´raus!*», decía después, lo cual significaba -según comprendí con el tiempo- que tenía que presentarse, en el curso de la mañana, por sus propios pies o por medio de los hombros de Pietka, entre sus cuchillos y navajas, sus tijeras y sus vendas de papel, en la pequeña habitación de la consulta, a unos diez o quince metros de la salida de nuestro pasillo. (No me pidió autorización, como el médico de Zeitz, ni parecieron importarle mis protestas, cuando con una de sus extrañas tijeras abrió otros dos cortes en la carne de mi cadera, pero por la forma en que extrajo todo lo acumulado y me limpió por dentro con una gasa, untándome cuidadosamente una pomada, comprobé que era un auténtico experto.) Su segunda posible observación era: «*Der geht heute nach Hause!*», lo que significaba que el enfermo estaba curado, y que se podía ir *nach Hause*, es decir, a casa, a su bloque del campo, a su trabajo, a su destacamento, naturalmente.

Al día siguiente todo ocurría igual, según las mismas normas, las mismas reglas, el mismo ritual, en el cual Pietka, nosotros, los enfermos, e incluso el mobiliario participaba con la misma seriedad, cumpliendo con su papel, echando una mano, manteniendo la misma situación, día a día, ejercitándola más y más, inmovilizándola, justificándola: como si fuera completamente natural y lógico que él, nuestro médico, tuviera como tarea curarnos, y nosotros, los enfermos, tuviéramos la misma tarea, curarnos, ponernos bien lo antes posible, y luego irnos a casa; ésa era nuestra tarea principal y evidente, por supuesto.

Más adelante aprendí otra cosa sobre él. A veces se juntaba mucha gente en la consulta. Entonces Pietka me sentaba en un banco lateral y yo esperaba hasta que el médico me llamaba con la palabra: «*Komm, komm*» [Venga, venga] o me daba un tirón de orejas simpático pero no muy agradable y me echaba con un solo y único movimiento sobre su mesa de operaciones. En ocasiones se formaban verdaderos atascos, con enfermeros que entraban y salían llevando enfermos. En la habitación de la consulta había otros médicos que atendían a otros enfermos; a veces uno de ellos, de menor jerarquía, me cambiaba las vendas, humildemente, en una mesa lateral, un tanto alejada de la mesa central. Conocí a uno de ellos, un hombre bajo, de pelo blanco y nariz de ave rapaz, que llevaba el mismo triángulo rojo sin más señas, y un número -si bien no de los más elegantes, los de dos o tres dígitos- de cuatro cifras: puedo decir que nos hicimos amigos. Él me comunicó, lo que Pietka confirmaría más tarde, que nuestro médico llevaba doce años en el campo de concentración: «*Zwölf Jahre im Lager*», decía en voz baja, meneando la cabeza, con una expresión de reconocimiento ante un récord apenas imaginable. Le pregunté: «*Und Sie?*» [¿Y usted?]. «*O, ich*» [Yo también], respondió, cambiando su expresión. Luego añadió: «*Seit sechs Jahren bloss*» [Pero sólo llevo seis años], e hizo un gesto despreciativo con la mano, indicando que era algo sin importancia, que no merecía la pena ni mencionarse. Él me preguntó también muchas cosas, cuántos años tenía, cómo había llegado hasta allí, y así empezó nuestra charla: «*Hast du was gemacht?*» [¿Has hecho algo malo?]. «*Nichts*» [No], repuse yo. ¿Entonces por qué estaba allí?, me preguntó y yo respondí que por la simple y sencilla razón de ser judío, como muchos de mi raza. Pero, insistió, ¿por qué me habían arrestado?, «*verhaftet*», y yo le conté brevemente, como pude, la historia de aquella mañana, lo del autobús, la aduana, la policía militar. «*Ohne dass deine Eltern*», dijo, con lo que quería confirmar que, naturalmente, mis padres no sabían nada de mí. Le contesté que sí, que naturalmente «*ohne*». Parecía muy sorprendido, como si nunca hubiera oído nada parecido, y yo pensé que había estado muy alejado del mundo durante esos seis años. Enseguida transmitió la información al otro médico que estaba trabajando a su lado, y aquél al otro, al siguiente, a todos los demás médicos, enfermeros, enfermos, a todos. Finalmente me vi rodeado de personas que me miraban incrédulos, con asombro, y eso me molestaba: no quería que sintieran pena por mí. Me dieron ganas de decirles que no se preocuparan, que en aquel momento por lo menos no había por qué preocuparse, pero no dije nada, algo me retuvo, fue como si el corazón me

lo impidiera porque me di cuenta de que aquel sentimiento les producía cierta satisfacción, les causaba placer. Así me pareció, y más adelante, cuando volvieron a preguntarme, a interrogarme, tuve la impresión de que buscaban, anhelaban la ocasión, la manera, el pretexto para hacerlo, por alguna razón, alguna necesidad, como queriendo tener la prueba de algo, de sus métodos, para ver de lo que eran capaces; por lo menos, ésa fue mi impresión. Luego se miraron de una manera que me aterrorizó, y dirigí mis ojos alrededor para comprobar si había alguien que pudiera ser peligroso, pero lo único que vi fueron frentes sombrías, cejijuntas y labios apretados, como si otra vez se hubiesen cerciorado de algo, y ese algo debía de ser la razón por la cual se encontraban allí.

También estaban los visitantes, a quienes miraba y observaba; intentaba comprender por qué motivo acudían una y otra vez. Al principio reparé en que siempre llegaban por la tarde, más o menos a la misma hora, y entonces comprendí que en Buchenwald, en el campo grande también debía de haber una hora parecida a la de Zeitz, entre el regreso de los destacamentos y el recuento vespertino, probablemente. La mayoría de los que llegaban llevaban la letra «P», pero también había otras como «J», «R», «T», «F», «N» y «No», y quién sabe cuántas más: puedo decir que ciertamente vi cosas interesantes, aprendí cosas nuevas y empecé a entender mejor las circunstancias del lugar, las condiciones, la vida social, por así decirlo.

En Buchenwald, los habitantes más antiguos eran casi guapos, sus caras estaban rellenas, sus movimientos y su manera de andar eran rápidos, muchos tenían permiso para dejarse crecer el pelo y sólo llevaban el uniforme a rayas en el trabajo, como Pietka, quien por la noche, después de repartir nuestras raciones de pan (el cuarto o el tercio de siempre, con la eventual ración de *Zulage*), se marcha, por ejemplo, de visita. Se pone una camisa o un suéter y -tratando de disimular ante los enfermos pero con visible placer en la cara y en los gestos- escoge un traje marrón a rayas, a la moda, cuyos únicos fallos son un parche en la parte de atrás y unas manchas de pintura roja imposibles de quitar, más el triángulo rojo y el número de preso en el pecho. A mí me causaban mayor disgusto, por no decir molestia, las visitas que Pietka recibía. La razón de mi malestar se debía a la desafortunada disposición del mobiliario: el enchufe estaba justo al pie de mi cama. Por más que tratara de ocuparme de algo en aquellos momentos, fijando la atención en la blancura impecable del techo, en la pantalla esmaltada de la lámpara o en mis propios pensamientos, cuando Pietka se acurrucaba, con su cazuela y el hornillo eléctrico de su propiedad, yo percibía el ruido de la margarina caliente derritiéndose en la sartén y tenía que tragarme todo el olor penetrante de las rodajas de cebolla, las patatas y hasta el *wurst* y el *Zulage*, y tenía que soportar el ruido característico de la cáscara al romperse, de la margarina deshaciéndose, mientras se freía ante mis atónitos ojos una cosa amarilla por dentro y blanca por fuera: un huevo. Cuando todo estaba frito y refrito aparecía el invitado: «*Dobre vecher!*», decía, contento, Pietka, porque aquél también era polaco. Su nombre era Zbisek, pero a veces *Pfleger* lo llamaba Zbisku, que era quizás una forma cariñosa o abreviada. Llegaba muy peripuesto, con botas, chaqueta corta de color azul marino, tipo cazadora de deporte, aunque con el mismo parche en la parte de atrás y el número en el pecho, y un suéter negro de cuello alto. Alto, corpulento y con la cabeza rapada por obligación o por higiene, me parecía un hombre agradable y simpático. Su cara era redonda, y su expresión, serena, pícara e inteligente; de todos modos nunca lo hubiese cambiado por Pietka. A continuación se sentaban frente a la mesa de atrás para cenar y charlar; a veces los acompañaba un enfermo polaco, que decía un par de palabras en voz baja; otras veces se ponían a jugar, o echaban un pulso, que por lo general -para mayor regocijo de todos en la habitación- ganaba Pietka, aunque el otro parecía más fuerte. Por lo tanto, ambos compartían todas las ventajas y desventajas, tristezas y alegrías, tareas y preocupaciones, e incluso sus tesoros, sus raciones, esto es, eran amigos, como suele decirse. Aparte de Zbisek, otras personas iban a ver a Pietka para intercambiar alguna palabra, o algún objeto. Otros acudían a visitar a algún enfermo, con muchas prisas, siempre susurraban algo a escondidas, casi en secreto. Se sentaban en el borde de sus camas unos minutos; algunas veces depositaban un paquetito envuelto en papel de mala calidad, humildemente, casi disculpándose. Luego les preguntaban, aunque yo no oyera ni comprendiese sus palabras, cómo se encontraban, qué noticias tenían, y les informaban cómo iban las cosas fuera, quién les mandaba saludos y quién

había preguntado por su salud. Más tarde se despedían porque el tiempo pasaba, dándose palmaditas en el hombro, diciendo que volverían pronto, y se iban, con prisas como habían venido, contentos, sin haber conseguido ningún beneficio, ninguna utilidad, sólo por eso, por esas palabras compartidas, sólo para visitar al enfermo en cuestión.

La brevedad de sus visitas revelaba —aunque yo no fuera consciente de ello— que estaban haciendo algo prohibido, que sólo era posible probablemente gracias a la permisividad de Pietka. Sospeché que precisamente ese riesgo, esa testarudez, esa rebeldía formaba parte del acontecimiento. Así lo deduje de la expresión poco definible de sus rostros, que era de alegría y de triunfo, como si hubieran conseguido cambiar algo, abrir una brecha, un pequeño agujero en el orden previsto de las cosas, en la monotonía de los días, en la propia naturaleza misma.

Los hombres más extraños se reunieron alrededor de la cama de uno de los enfermos que se hallaba al lado del biombo opuesto al mío. Había llegado una mañana, sobre los hombros de Pietka que casi no se movió de su lado. Se veía que era un caso grave y oí decir que el enfermo era ruso. Por la noche, la habitación se llenó de visitas. Se veían muchas letras «R» pero también había otras, gorros de piel, pantalones raros, afelpados. Gente con la cabeza afeitada a medias, con el pelo de un solo lado. Otros con el pelo largo pero con una raya afeitada en el medio desde la frente hasta la nuca. Chaquetas con el parche habitual, pantalones con dos rayas rojas en forma de cruz, como si fuera para hacer desaparecer una letra, una señal, un número que ya no era necesario. En otras espaldas había un círculo rojo, con un punto rojo en el medio, bien visible, muy llamativo, muy tentador, como señalando: aquí es donde hay que disparar si se presenta la ocasión. Allí estaban, hablando bajito; uno se inclinó sobre el enfermo para arreglarle la almohada, otro trataba quizá de comprender lo que decía, de interpretar alguna mirada, luego apareció en medio un objeto amarillo y, con la ayuda de Pietka, también una navaja, y una taza de latón. Oí el ruido metálico de unas gotas y, aunque no podía dar crédito a mis ojos, percibí un olor inconfundible: el objeto amarillo era, sin duda, un limón. La puerta se volvió a abrir y entró —para mi mayor sorpresa puesto que jamás había aparecido a esas horas— el médico. Le abrieron paso enseguida; se inclinó sobre el enfermo, lo examinó, palpó algo por unos momentos y salió rápidamente, con gesto severo, casi antipático, sin decir nada ni mirar a nadie, incluso evitando en lo posible las miradas de los demás, según me pareció. Los visitantes se habían quedado en silencio. Alguno se acercó a la cama y se inclinó sobre ella. Luego se fueron, de uno en uno, de dos en dos, según habían venido. Sin embargo, ahora parecían más vulnerables, más desgastados, más cansados que antes, y a mí me dio pena por ellos, porque era obvio: parecían haber perdido una última esperanza celosamente guardada, una última confianza en algo secretamente velado. Al cabo de un rato, Pietka cargó el cadáver sobre sus hombros y lo sacó de allí.

También puedo contar el caso de mi amigo. Me encontré con él en los aseos. Ni siquiera recordaba que pudiera lavarme en otro sitio que no fuera el lavabo con grifo que se abría y se cerraba, al final del pasillo, en el lado izquierdo, y ni siquiera por obligación, sino más bien por educación, como poco a poco me fui acostumbrando. La sala no tenía calefacción, el agua estaba fría y no había toallas. Allí mismo estaba también aquel aparato rojo y portátil, parecido a un armario abierto, cuya taza no sé quién mantenía siempre limpia, ordenada y recogida. En una de esas ocasiones, cuando ya me iba, entró un hombre en los lavabos. Era guapo, de pelo negro peinado hacia atrás pero que le caía sobre la frente, de piel aceitunada como la mayoría de los hombres de pelo tan oscuro; por su edad, por su aspecto cuidado y su bata blanca lo hubiera podido tomar por un médico, si su cinta no me hubiese indicado que se trataba de un *Pfleger*, y la letra «T» de su triángulo rojo de que era checo. Se detuvo al verme, como sorprendido, atónito, y se quedó mirando mi cara, mi cuello que asomaba de la camisa, mi pecho, mis piernas. Me preguntó algo, a lo que le respondí, como pude, que no hablaba en su lengua. Entonces me preguntó en alemán quién era y de dónde venía. Le respondí que era húngaro y estaba en la sala seis. Entonces me dijo, acompañando sus palabras con movimientos del dedo índice: «*Du: warten hier. Ik: wek. Ein moment zurückk. Verhstehen?*» [Tú esperar aquí. Yo fuera. Un momento volver. ¿Comprender?]. Contesté que sí, que esperaría. Se fue y, cuando regresó, me encontré en posesión de un cuarto de

pan y una pequeña lata de conserva abierta pero intacta de jamón. Levanté la vista para agradecerse solo vi la puerta que se cerraba tras él. Al regresar a mi habitación, al tratar de describírselo a Pietka, él supo enseguida que se trataba del *Pfleger* de la sala siete, la que estaba inmediatamente después de la nuestra. Me dijo su nombre, y yo entendí Baúsch, pero creo que en realidad era Bohús. Lo mismo me dijo mi vecino, porque en nuestra habitación rotaban los enfermos. En la litera de arriba, por ejemplo, ya no estaba el enfermo que había en el momento de mi llegada. Pietka se lo había llevado y lo había sustituido por un chico de mi edad, de mi raza, como me enteré, y de nacionalidad polaca, cuyo nombre, cuando lo pronunciaban Pietka o Zbisek, me sonaba como Kuhalski o Kuharski, siempre con el «harski» articulado más fuerte, más acentuado. A veces le gastaban bromas y le tomaban el pelo porque se enfadaba, lo que yo podía advertir por su hablar rápido y nervioso y porque me caían pequeños trozos de paja por las rendijas de las tablas de madera, para mayor regocijo de todos los polacos de nuestra habitación. A mi lado, a la cama del enfermo húngaro, también llegó alguien, un muchacho, pero yo no veía bien qué clase de muchacho era. Se entendía de maravilla con Pietka, pero mis oídos expertos me decían que no era polaco. No contestó ninguna de mis preguntas en húngaro; sin embargo, por su pelo corto, rojizo y las pecas de su cara bastante gordita, por sus ojos azules que parecían escrutarlo todo, me pareció sospechoso desde el primer momento. Mientras se acomodaba distinguí, en la parte interior de su muñeca, una señal azul: un número bastante largo de Auschwitz.

Una mañana se abrió la puerta y entró Bohús para dejar su ración ya acostumbrada de pan y la lata de jamón sobre mi cama, cosa que hacía un par de veces a la semana. Se marchó enseguida, sin darme siquiera tiempo para agradecerse, tras saludar a Pietka con un gesto de la cabeza. Entonces me enteré de que aquel chico hablaba húngaro tan bien como yo puesto que me preguntó: «¿Quién es ése?». Le contesté que era el *Pfleger* de la otra sala, un tal Baúsch, a lo que me corrigió: «Debe de ser Bohús», un nombre bastante común en Checoslovaquia, su país de origen. Le pregunté que por qué no había hablado en húngaro antes, y él me respondió que porque no le caían muy bien los húngaros. Reconocí que tenía razón y que a mí tampoco me caían especialmente bien. Entonces me propuso que habláramos en el idioma de los judíos, pero tuve que confesarle que no lo hablaba, así que nos quedamos con el húngaro. Al oír que su nombre era Luiz o Loiz o algo parecido, yo deduje: «O sea, Lajos», pero él protestó diciendo que Lajos era un nombre húngaro y que él era checo, y me lo repitió otra vez: Loiz. Le pregunté cómo había aprendido tantos idiomas y me contó que era de las Tierras Altas, una región de donde habían huido ante «la invasión de los húngaros», con su familia y amigos; entonces recordé el día en que en casa nos habíamos enterado por los desfiles, banderas, música y festejos de que «las Tierras Altas eran otra vez húngaras». Había llegado al campo de concentración desde «Terezin» y añadió: «Tú seguramente lo conoces por Theresienstadt». Al decirle que no lo conocía se extrañó bastante, como yo solía extrañarme antes cuando me encontraba con alguien que no conocía la aduana de Csepel. Me lo aclaró: «Es el gueto de Praga». Mi vecino podía conversar sin dificultad, aparte de con los húngaros y los checos, con los judíos y con los alemanes, eslovacos, polacos, ucranianos y hasta con los rusos si hacía falta. Al final nos hicimos bastante amigos, y yo le conté, puesto que quería saberlo, cómo había conocido a Bohús, después de mis primeras experiencias e impresiones, mis pensamientos del primer día sobre nuestra habitación. Él lo encontró todo tan interesante que se lo tradujo a Pietka, a quien le hizo mucha gracia; también le contó lo de mi susto con el enfermo húngaro y él me tradujo la respuesta de Pietka, según la cual había sido una casualidad que aquel hombre muriera justo en aquel momento y otras cosas más. Me resultaba molesto que empezara todas sus frases diciendo «*ten magyar*», o sea, «ese húngaro» dice eso o dice lo otro, pero Pietka no hacía caso de ese apodo que casi se me pegó. También me di cuenta de que él cumplía otras tareas, bastante largas, pero yo no pensaba en nada en concreto, no me imaginaba nada, hasta que un día regresó con pan y una lata de jamón, que estaba claro procedían de Bohús. Entonces sí me sorprendí -de manera poco lógica, lo reconozco-, pues me contó que se había encontrado con él por casualidad en los lavabos, igual que yo. A él también le había hablado, igual que a mí, y todo lo demás ocurrió de la misma forma. La única diferencia había sido que él sí había podido hablar con él, y habían descubierto que eran compatriotas, con lo cual Bohús se alegró muchísimo; eso era natural, opinaba, y yo también tuve

que reconocerlo. Todo eso, desde un punto de vista lógico, parecía comprensible, claro y admisible, y estaba totalmente de acuerdo, con la excepción de su última frase: «Me tendrás que perdonar por haberte quitado a tu amigo», de lo que deduje que en adelante le correspondería a él, y no a mí, lo que hasta entonces había sido para mí, y yo tendría que mirarlo comer, como él me había mirado a mí. Me sorprendí bastante cuando un minuto después entró Bohús y se paró junto a mi cama. Desde entonces, sus visitas siempre eran para los dos. Traía una ración para cada uno, o una para los dos, según pudiera, me imagino, pero en este último caso nunca se olvidaba de advertirnos con un gesto de la mano que lo repartiésemos como hermanos. Siempre venía con prisa, no tenía tiempo que perder; su cara reflejaba estar ocupado, incluso preocupado a veces, y en otras ocasiones furioso, casi rabioso -como alguien que tiene una doble preocupación que afrontar, un peso doble que llevar sobre los hombros, y no puede hacer otra cosa que llevarlo, ya que le ha caído encima-. Lo único que pude pensar era que él también encontraba cierto placer en el asunto, lo necesitaba, era su método, por decirlo de alguna manera; no podía encontrar otra razón diferente, si teníamos en cuenta los problemas que planteaba la adquisición, el precio y la gran demanda de productos tan difíciles de encontrar: lo mirase como lo mirase no podía haber otra razón. Entonces comprendí más o menos a esos hombres porque con toda mi experiencia acumulada no podía tener dudas. Yo conocía bien aquel método: en última instancia era el mismo recurso de la terquedad, aunque en una forma más compleja y difícil, la más eficaz de todas las que yo había conocido, y para mí, por supuesto, era en aquel momento la forma más útil de la terquedad.

Puedo decir que con el tiempo uno se acostumbra hasta a los milagros. Empecé a bajar a la consulta -si el médico me lo ordenaba por la mañana- con mis propios pies, descalzos, echándome la manta por encima de los hombros. El aire fresco descubría, entre tantos olores conocidos, un goce nuevo: era la primavera que llegaba. Un día, al regresar, me fijé en que desde el barracón gris contiguo al nuestro, aunque al otro lado de la valla, unos hombres con uniforme de preso sacaban un carro grande, con neumáticos, que parecía un carruaje de los que se enganchan a los tractores. De la carga del carro asomaban algunas extremidades amarillas y secas, congeladas. Me envolví mejor en mi manta para no resfriarme y traté de llegar lo más pronto posible a la habitación, donde después de limpiarme un poco los pies me acosté otra vez en mi cama, cómodamente.

Cuando regresaba de la consulta solía conversar con mi vecino; como el otro ya se había ido, «*nach Hause*», ahora era un hombre maduro, de nacionalidad polaca el que ocupaba su lugar. Me entretenía mirando lo que había para ver, oía las órdenes procedentes del aparato que había en la pared, y puedo decir que sólo con eso y con un poco de imaginación podía seguir el curso de los acontecimientos y tener una idea cabal de todo desde mi cama; podía tener presentes todos los colores, olores y sabores del campo, todos los trajines, desde la primera hasta la última hora, y todavía más. Como el «*Friseure zum Bad, Friseure zum Bad*», que sonaba varias veces al día, y cada vez más a menudo, indicando que acababa de llegar un nuevo transporte. Otra frase que se repetía era: «*Leichenkommando zum Tor*», o sea, «transportadores de cadáveres a la puerta», y, si se pedían refuerzos, se daban más datos sobre la calidad y la cantidad del transporte. Ese anuncio siempre se acompañaba de otro, que informaba que los «*Effekten*», los trabajadores del almacén, también tenían que presentarse en sus puestos, a veces «*im Laufschrift*», a marchas forzadas. Por el contrario, si pedían *zwei* [dos] o *vier* [cuatro] *Leichnamträger* [camilleros], por ejemplo «*mit einem*» o «*zwei Tragbetten sofort zum Tor*» [Dos camillas a la puerta. ¡Rápido!] era seguro que se había producido un accidente individual, en el trabajo, en un interrogatorio, en el sótano, en el desván o quién sabe dónde. Me enteré de que el «*Kartoffelschäler*», es decir, el destacamento de peladores de patatas, hacía turno de día y también de noche, y de muchas cosas más.

Cada tarde, exactamente a la misma hora se oía un mensaje misterioso: «*Elá zwo, Elá zwo aufmarschieren lassen*», que al principio me causó muchos quebraderos de cabeza. Sin embargo, era sencillo, pero me costó mucho trabajo, hasta que con el silencio solemne, enorme, digno de una iglesia, oía las órdenes de mando «*Mützen ab!*» y «*Mützen auf!*» [¡Quitaos las gorras! ¡Poneos las gorras!] acompañadas a veces de música, y entonces lo comprendí: fuera, en el campo se llevaba a cabo el recuento vespertino, «*aufmarschieren lassen*» seguramente significaba formar filas, «*zwo*»

era «zwei» [dos] y «elá» probablemente era L.Ä, o sea *Lagerältester*, lo que indicaba que en Buchenwald había *Lagerältester* primero y segundo; no me pareció extraño, tratándose de un campo tan grande donde se acababa de asignar el número noventa mil, según me había enterado.

Gradualmente se producía el silencio en nuestra habitación. Zbisek se marchaba si había estado de visita, Pietka echaba el último vistazo, y apagaba la luz con su habitual «*dobrá noc*». Entonces buscaba la postura más cómoda que mi cama y mis heridas me permitían, me cubría hasta las orejas con la manta y me dormía enseguida, libre de preocupaciones: no podía desear nada más, en un campo de concentración no podía tener más.

Sólo dos cosas me preocupaban un poco. En primer lugar mis dos heridas: allí estaban, ardientes, rojas, en carne viva, si bien ya con unas pequeñas costras que se empezaban a formar en los bordes, costras oscuras; el médico ya no me ponía gasa y pocas veces me llamaba a la consulta; cuando lo hacía, terminaba enseguida y la expresión de su cara era de satisfacción, lo que a mí me causaba inquietud. Mi otra preocupación tiene que ver con un acontecimiento por otra parte muy feliz, no lo niego. Cuando Pietka y Zbisek, por ejemplo, interrumpían su conversación, se quedaban callados y pedían silencio a todos, yo también oía aquellos ruidos bruscos y lejanos, como si unos perros estuvieran ladrando a lo lejos. Al otro lado del biombo, se oían ruidos en la habitación de Bohús, últimamente muy animada; sus conversaciones se oyeron hasta bien entrada la noche. El ruido de las sirenas era un acontecimiento que se repetía a diario, y a menudo nos despertaba por la noche la voz del aparato: «Crematorios, *ausmachen!*», y luego más fuerte: «Crematorios, *sofort ausmach'n!*», lo que significaba que no querían que las llamas atrajeran la atención de los aviones.

No sé cuándo dormían los barberos; delante de las duchas -según me contaron- se formaban colas tan largas que los recién llegados pasaban a veces dos o tres días, desnudos, antes de entrar; el *Leichenkommando* -lo oigo- no paraba jamás. En nuestra habitación ya no quedaban camas libres y, junto con los casos de abscesos y las heridas por corte, el otro día llegó un muchacho húngaro con una herida de bala, que ocupó una de las camas de enfrente. Había recibido el disparo durante una marcha de varios días, procedente de un campo llamado Ohrdruf, si entendí bien, un campo provinciano parecido al de Zeitz; venían esquivando al enemigo, el ejército norteamericano, y la bala -en realidad- iba destinada a otro hombre que caminaba a su lado y se estaba quedando retrasado, pero le dieron a él en la pierna. «Por suerte -me dijo- la bala no me ha tocado hueso.» Yo pensé entonces que a mí no me podría ocurrir eso, pues en mis piernas ya no quedan más huesos para balas o cualquier otra cosa. Enseguida se supo que el muchacho sólo llevaba en un campo de concentración desde el otoño, y tenía el poco elegante número, según la jerarquía de nuestra habitación, de ochenta y tantos mil.

Comencé a recibir noticias confusas e inquietantes y a percibir cambios inminentes. Pietka pasaba, a veces, preguntándonos a todos, a mí también, si podíamos andar, caminar. Yo le contesté: «*Nie, nie. Ich kann nicht*» [No, no. No puedo], y él respondió: «*Doch, doch, du kannst*» [Sí, sí. Sí puedes], y a continuación puso mi nombre en una lista, como los de todos los de la habitación, incluido el de Kuharski, que tiene las dos piernas hinchadas llenas de cortes paralelos, que parecen bocas abiertas.

Otra noche oí -acababa de comerme el pan- por los altavoces: «*Alle Juden im Lager sofort antreten*» [Todos los judíos del campo, ¡formar filas inmediatamente!]. Era una voz tan potente que yo me incorporé en la cama sin tardanza. «¿Qué haces?», me preguntó Pietka con cara de curiosidad. Le señalé el aparato, pero él, como siempre, sólo sonrió mientras gesticulaba con las dos manos: tranquilo, no pasa nada ¿a qué viene tanta prisa?

Los altavoces no cesaban de transmitir noticias, incluso por la noche; entre los ruidos típicos de la transmisión, hasta llamaban al *Lagerschultz*, convocaban al trabajo a los miembros equipados con porras del destacamento de mando del campo; tampoco parecían estar satisfechos con eso, porque llamaban también -yo apenas podía oírlo sin temblar- al jefe del *Lagerältester* y al del *Lagerschultz*, las dos máximas autoridades del campo. Otras veces se oían preguntas y reproches: «*Lagerältester! Aufmarschieren lassen* [¡Encargado! ¡Que desfilen!], *Lagerältester! Wo sind die*

Juden?» [¡Encargado! ¿Dónde están los judíos?]. El aparato seguía llamando, transmitiendo órdenes, con los mismos ruidos de siempre, pero Pietka, como si no oyera nada, sólo hacía un ademán despreciativo con la mano y decía: «*Kurvá jego máti!*». Me conformaba pensando que él sabía más que yo, y seguía durmiendo tranquilamente.

Si por la noche las cosas no habían salido bien, a la mañana siguiente nos llamaban a todos: «*Lagerältester! Das ganze Lager: antreten!*». A continuación se oían ruidos de motocicletas, ladridos de perros, disparos, golpes, ruido de piernas a la carrera y botas que corrían detrás; entonces comprobábamos que hasta los soldados -si lo querían- eran capaces de dirigir las operaciones y que con las protestas no se conseguía nada. Y, de pronto -quién sabe cómo-, volvía otra vez el silencio. El médico llegaba inesperadamente, aunque ya hubiera llevado a cabo la visita de la mañana como si en realidad no ocurriera nada, como de costumbre. Ya no era tan reservado ni tenía tan buen aspecto como antes: su cara parecía cansada, su bata estaba llena de manchas, sus ojos inyectados en sangre; miraba hacia todas partes, obviamente buscando una cama libre. «*Wo ist der, der, mit dieser kleinen Wunde hier?*» [¿Dónde está aquél, aquel que tenía una pequeña herida?], le preguntó a Pietka, haciendo un gesto indefinido a la altura del muslo y de la cadera y recorriendo con la mirada todas las caras, entre ellas la mía; creo que no me reconoció, aunque enseguida volvió a mirar a Pietka, como esperando una respuesta por su parte, delegándole la responsabilidad. No dije nada, aunque ya estaba preparándome para levantarme, vestirme e irme fuera, al caos; entonces observé, con gran sorpresa, que Pietka -al menos, por la expresión de su cara- parecía no tener la menor idea de quién era el individuo en cuestión. Después de unos momentos de inseguridad, se le iluminó el rostro, como si se hubiera dado cuenta de algo de repente, y dijo: «*Ach... ja*» [Ah... sí], señalando al muchacho de la herida de bala. El médico pareció quedarse tranquilo y haber resuelto su problema. «*Der geht sofort nach Hause!*» [Debe irse a casa inmediatamente], dijo. Entonces ocurrió algo muy extraño, casi indecente, algo que yo no había visto hasta entonces en nuestra habitación y que apenas podía contemplar sin sentirme molesto, casi avergonzado. El muchacho de la herida de bala primero se levantó de la cama y juntó sus dos manos delante del médico, como si fuera a rezar. Éste se echó hacia atrás, sorprendido, y, entonces, el chico se abalanzó sobre él, a sus pies, agarrándole las piernas con las dos manos. Luego sólo vi el movimiento relampagueante del médico y oí el sonido que siguió: la bofetada. Imaginé su indignación aunque no pudiera comprender las palabras que pronunció al apartar el obstáculo del camino. Luego salió deprisa, con la cara aún más roja y enojada que de costumbre. A la cama vacía llegó un enfermo nuevo, otro muchacho, con una venda que permitía apreciar claramente que no tenía ni un solo dedo en los pies. Cuando Pietka estuvo a mi lado, susurré: «*Ginkule, Pietka*» y él me preguntó: «*Was?*» [¿Qué?], a lo que yo respondí: «*Aber früher, vorher...*» [Pues hace un momento]. Por su expresión ingenua, ignorante y sorprendida advertí que debía de haber metido la pata, pues había cosas que uno tenía que asumir por sí mismo. Sin embargo, consideré que aquello había sido justo por varias razones: yo llevaba más tiempo en la habitación; él estaba en mejores condiciones que yo; él tendría, no cabía duda -por lo menos para mí-, más posibilidades que yo allí fuera y, por último, me resultaba más fácil aceptar que fuera él quien sufriera una situación desfavorable. Ésa fue mi conclusión. Analizara el tema como lo analizara, ésa era la conclusión.

Dos días más tarde se rompió una ventana y una bala perdida se incrustó en la pared de enfrente. Ese mismo día mucha gente sospechosa visitó a Pietka, y él también se ausentó durante largos ratos y en repetidas ocasiones, hasta que regresó por la noche con un bulto alargado, envuelto en un trapo. Me pareció que era una sábana, pero al ver un mango, pensé que sería una bandera blanca. Lo era, efectivamente, pero envolvía algo, algo que nunca había visto en manos de un preso, algo que toda la habitación recibió con entusiasmo y admiración cuando Pietka nos lo enseñó a todos durante unos segundos con una sonrisa, abrazándolo sobre su pecho, antes de guardarlo debajo de su cama. Tuve una sensación como si se tratara de un regalo valioso y esperado en el árbol de Navidad. Era un objeto de madera y de metal: un rifle; recordé la palabra de mis lecturas favoritas, los libros de criminales y detectives.

El día siguiente también fue agitado, pero quién podría acordarse de cada día, de cada acontecimiento. Una cosa es cierta: la cocina funcionó hasta el final según el orden establecido y el médico también más o menos puntual.

Una mañana, poco después del café, se oyeron pasos rápidos por el pasillo, luego un grito, como una voz de llamada, a lo que Pietka sacó el paquete de su escondite y desapareció con él. Más tarde, alrededor de las nueve, el aparato llamó por primera vez a los soldados y no a los presos: «*Zu allen der SS Angehörigen*» y hasta dos veces seguidas: «*Das Lager sofort zu verlassen*», indicando que abandonarían el territorio del campo inmediatamente. Luego oí disparos, como si fuera se estuviera entablado un combate, se acercaban y se alejaban; a veces los oía tan cerca que parecían proceder de la misma habitación donde me encontraba, y luego se alejaron definitivamente. Se hizo el silencio, demasiado silencio; por más que intentara oír, no logré distinguir los ruidos relacionados con la comida, como las llamadas de los que llevaban la sopa, ni en la hora habitual de la sopa, ni después. Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando se oyó un ruido procedente del aparato y poco después una voz anunció que era el *Lagerältester*, el *Lagerältester* al habla. «*Kameraden* [Camaradas] -dijo, luchando evidentemente con sus emociones que lo dejaban sin habla o, al contrario, agudizaban su voz- *wir sind frei!*» [somos libres]. Pensé que, según eso, el *Lagerältester* también compartía las opiniones de Pietka, Bohús, el médico y los demás, y que por eso había anunciado el acontecimiento justamente él y con tanta alegría. Luego siguió un discurso breve, bien pronunciado; después otros en distintos idiomas: «*Attention! Attention!*», dijeron en francés, «*Pozór! Pozór!*» en checo, «*Nimánie, nimánie, ruski tovarischi nimánie!*», en ruso. Un tono melodioso me trajo un recuerdo agradable, el idioma que hablaban los hombres del destacamento de la ducha a mi llegada: «*Uvaga! Uvaga!*» [¡Atención! ¡Atención!]. Al instante el enfermo polaco se sentó en su cama y nos dijo en húngaro: «¡Honor a los comunistas polacos!»; sólo entonces recordé las vueltas que había estado dando en la cama aquel día. Para mi sorpresa, de repente oí en húngaro: «¡Atención, atención! La comitiva de los húngaros del campo...». Ni siquiera imaginaba que existiera tal cosa. Por mucho que escuchara, siempre hablaban de lo mismo, la libertad, pero no decían ni una palabra de la sopa. Yo estaba, por supuesto, muy contento de que fuéramos libres, pero no podía evitar pensar que el día anterior no había ocurrido nada por el estilo pero teníamos sopa.

La tarde de abril comenzaba a oscurecer cuando volvió Pietka, con la cara colorada, muy contento, con mil noticias. Por el aparato se volvió a oír la voz del *Lagerältester*. Esta vez llamaba a los miembros del *Kartoffelschälerkommando* para que ocuparan sus sitios en la cocina, y pedía a los habitantes del campo que no se durmieran puesto que se estaba preparando una sopa «*gulasch*» para todos. Entonces me recosté, aliviado, sobre mi almohada, y algo se relajó poco a poco en mi interior. Al fin yo también pude pensar -por primera vez en serio- en la libertad.

9

Regresé a casa más o menos en la misma época del año en que me había ido. Los bosques y prados que rodeaban Buchenwald estaban verdes. Había hierba hasta en las fosas comunes llenas de cadáveres recientes, y en la plaza abandonada de los recuentos vespertinos, la llamada *Appellplatz*, había restos de fogatas, trapos, papeles y latas de conservas vacías. El asfalto se deshacía bajo el calor de mediados de verano, cuando me preguntaron si me sentía capaz de hacer el viaje de regreso. Éramos un grupo de muchachos, bajo el mando de un hombre ya canoso, bajito y con gafas: uno de los miembros del comité del campo encargado de los trámites durante el viaje. Había camiones, y los soldados americanos se mostraban dispuestos a llevarnos hacia el este; lo demás dependería de nosotros, explicó, y nos pedía que lo llamáramos tío Miklós. La vida, añadió, había que seguir viviéndola, y claro, yo comprendí que no nos quedaba otra cosa que hacer, puesto que habíamos tenido la suerte de poder permitirnoslo. Yo me encontraba más o menos bien, con algunos problemas menores, pequeños fallos o discapacidades. Por ejemplo, si apretaba la carne en cualquier parte de mi cuerpo, presionándola con un dedo, la marca permanecía visible por mucho tiempo, se formaba una especie de hueco, como si hubiera metido el dedo en alguna materia sin vida, queso, cera o algo así. Mi cara también me sorprendió, cuando, en una de las confortables habitaciones, equipadas con espejo, del antiguo hospital de las SS la volví a ver por primera vez: yo recordaba otra cara distinta. La que ahora contemplaba en el espejo tenía cabellos de algunos centímetros, dos bultos recientes debajo de las orejas, extrañamente separadas, bolsas debajo de los ojos, arrugas y bultos, y se parecía más que nada a algo que -según el recuerdo de mis lecturas- podría haber denominado un rostro «tempranamente envejecido y malgastado a causa de los placeres carnales»; también de aquellos ojos empequeñecidos guardaba yo otro recuerdo, más simpático, más digno de confianza. Además cojeaba, arrastraba ligeramente la pierna derecha. «Nada -decía el tío Miklós-, ya te curarás pronto en casa.» En casa -nos dijo- construiríamos una nueva patria y, para empezar, nos enseñó algunas canciones. Al pasar a pie por los pueblos y ciudades pequeñas -algo que ocurría con relativa frecuencia-, cantábamos esas canciones, mientras avanzábamos en filas de tres, como soldados. A mí me gustaba una canción en especial, *No, no, no nos moverán*, no sabía decir muy bien por qué. Había otra que me gustaba también, sobre todo cuando decía: «Trabajamos todo el día / y de hambre casi nos morimos pero nuestras manos no dejan de apretar el fusil». Por otra razón diferente me gustaba entonar esta letra: «Somos el ejército de los jóvenes proletarios», después de lo cual había que gritar sin cantar: «*Rotfront*» [Frente rojo], lo que provocaba que los alemanes cerraran puertas y ventanas y se esfumaran en los portales o en las calles laterales.

Mi equipaje no pesaba mucho: era un bolso un tanto incómodo de llevar, por ser demasiado estrecho y demasiado largo, un bolso azul marino de lona, típico del ejército norteamericano. Dentro del bolso llevaba dos mantas gruesas, una muda, un suéter gris, con el cuello y las mangas verdes, procedente de los almacenes abandonados por las SS, y también víveres, latas de conservas y cosas así. Iba vestido con pantalones verdes de pana del mismo ejército, zapatos con suelas de goma que parecían resistentes y una especie de polainas de cuero que parecían irrompibles y estaban equipadas con cintas de cuero con hebillas. Para taparme la cabeza, encontré un gorro rarísimo que parecía excesivo para el calor: tenía visera y, en ella, un rombo -me acordé del nombre por mis estudios de geometría-; según me dijeron, probablemente habría sido propiedad de algún oficial polaco. Hubiera podido conseguir, en los almacenes, un abrigo mejor, pero me conformé con el mismo de siempre, el de las rayas, pero sin triángulo ni número, usado, que me había servido durante tanto tiempo. La verdad es que lo escogí, no me podía desprender de él y pensé que así no habría lugar a dudas. Además, era una prenda práctica y cómoda, no muy calurosa para el verano.

Hicimos el viaje en camiones, carros de caballos, a pie y también utilizamos los autocares regulares, según lo que encontrábamos y los vehículos cedidos por los distintos ejércitos. Dormíamos en cobertizos abandonados, en los bancos de una escuela vacía o simplemente bajo el cielo estrellado, sobre el césped de los parques que hallábamos en el camino, entre aquellas casitas como de cuento. Incluso llegamos a viajar en barco por un río más pequeño que el Danubio, el Elba, según me dijeron. En una ocasión pasamos por algo que había sido muy probablemente una ciudad, pero que ahora se reducía a un montón de escombros y alguna que otra pared solitaria, negra y quemada. La gente vivía entre aquellas paredes, entre aquellos escombros, debajo de lo que quedaba de los puentes, y yo trataba de alegrarme por ellos, porque a fin de cuentas estaban vivos. Llegué a coger un tranvía rojo y un tren de verdad que tenía vagones de verdad, para uso humano, con asientos y todo, aunque yo sólo encontrara sitio en el techo. Nos apeamos en la estación de una ciudad checa, donde ya había gente hablando en húngaro. Mientras esperábamos el tren de enlace, la gente se reunió alrededor de nosotros: hombres y mujeres, niños y mayores, gente de todo tipo. Nos preguntaron si veníamos de algún campo de concentración y si nos habíamos encontrado por casualidad con algunos de sus parientes, llamados así y asá. Yo les respondía que en los campos de concentración la gente no tenía nombres ni apellidos. Entonces trataron de describirlos, el color del pelo, los rasgos característicos, y yo les dije que tampoco con eso llegaríamos a nada, puesto que la gente suele cambiar mucho y muy rápido en los campos de concentración. Así pues, terminaron yéndose, pero uno de ellos se quedó con nosotros. Era un hombre vestido con camisa y pantalones de verano; metía los dedos gordos en el cinturón, y con los demás dedos golpeaba rítmicamente la tela. Me preguntó -y me entraron ganas de sonreír- si había estado en las cámaras de gas. Le dije: «Entonces no estaría aquí, hablando con usted». «Por supuesto», me respondió, pero insistía en querer saber si las cámaras de gas existían de verdad. Le contesté que claro que existían, como otras muchas cosas, pero que todo dependía del tipo de campo. En Auschwitz sí las había, le expliqué, pero yo venía de Buchenwald. «¿De dónde?», me preguntó, y tuve que repetirle: «De Buchenwald». «Así que de Buchenwald», me imitó, y yo asentí con la cabeza: «Sí». Él dijo entonces: «Vamos a ver -y puso cara de entendido-, así que usted oyó hablar de las cámaras de gas». No sé por qué pero me emocionó que alguien me llamara de usted, de esa manera tan seria, tan parsimoniosa. Yo volví a asentir. «Sin embargo -prosiguió con la expresión de alguien que pretende poner orden en el desorden y arrojar luz sobre la oscuridad-, no las vio con sus propios ojos.» Tuve que reconocer que no. «Ya entiendo», dijo, y se fue, con un pequeño gesto de cabeza como de despedida, caminando con la espalda muy recta; de alguna manera parecía contento. Luego nos llamaron porque el tren ya había llegado: corrimos, y yo pude coger un sitio bastante bueno, en una de las escaleras de madera, de considerable amplitud.

Por la mañana me despertaron los movimientos del tren aunque avanzábamos despacio. Me fijé en que los pueblos ya tenían nombres húngaros. Aquel río que brillaba un poco más lejos era el Danubio, y toda esa tierra que ardía y temblaba bajo el calor era tierra húngara. Después entramos en una estación destartalada cuyas ventanas estaban rotas: los otros decían que era la estación oeste, y era verdad: la reconocí más o menos.

Fuera, delante de la estación, el sol iluminaba la acera. El calor era asfixiante, había muchísima gente, muchísimo tráfico, muchísimo polvo por todas partes. Los tranvías eran amarillos y llevaban el número seis: eso tampoco había cambiado. Había vendedores que ofrecían pasteles rarísimos, periódicos y otras cosas. La gente parecía tener mucha prisa, iban y venían en todas las direcciones, empujándose, casi corriendo. Nosotros -según me enteré- teníamos que ir a un puesto de socorro para dar nuestros nombres y recoger a cambio papeles y dinero: cosas ya imprescindibles de la vida. El puesto en cuestión se encontraba justo delante de otra estación, la del este, así que en la primera esquina cogimos un tranvía. Aunque las calles me parecieran un tanto destartaladas, desgastadas, aunque algunas casas estuvieran en ruinas o no existieran, otras tuvieran ventanas rotas y muchos desperfectos más, pude reconocer todos los lugares que recorrimos durante el itinerario y también la plaza donde nos bajamos. El puesto de socorro se encontraba justo enfrente de un cine que yo conocía, dentro de un edificio público grande, gris y bastante feo: el patio, la sala de espera,

los pasillos estaban llenos de gente. Algunos estaban de pie; otros sentados, esperando, unos iban y otros venían, algunos conversaban y otros permanecían callados. Muchos llevaban ropa usada, uniformes de los distintos campos de concentración y de los distintos ejércitos; había algunos que vestían un uniforme a rayas como el mío, pero también había otros que llevaban ropa normal, con camisa blanca y corbata. Éstos, de vestimenta tan elegante, hablaban de asuntos importantes, cogiéndose las manos por detrás de la espalda, llenos de orgullo, igual que hacían antes de irse a Auschwitz. Algunos recordaban y comparaban la situación en los campos de concentración, otros trataban de adivinar el montante de la ayuda que nos darían, algunos opinaban que los trámites eran lentos y complicados y que existían tratos favorables para algunos y desfavorables o desventajosos para ellos mismos, pero todos parecían estar de acuerdo en una cosa: había que esperar y mucho. Yo me aburría también, por lo que pronto cogí mi bolso y regresé al patio para luego salir a la calle. Vi otra vez el cine y me acordé de que un par de calles hacia la derecha estaba la calle Nefelejcs.

Encontré fácilmente la casa: allí estaba, igual -por lo menos para mí- que las demás casas, unas amarillas y otras grises, todas destartaladas. En el portal encontré los nombres de los vecinos, y vi que no me había equivocado: allí estaba el nombre. Subí hasta el segundo piso. Mientras subía, despacio, por unas escaleras viejas y malolientes, observé a través de las ventanas el patio interior con los pasillos alrededor: abajo había un poco de césped, un árbol solitario y triste que apenas tenía unas cuantas hojas polvorientas. De uno de los pasillos salió una mujer para sacudir la bayeta, por el otro lado se oía una radio y también un niño que chillaba. Cuando la puerta se abrió ante mí, me quedé sorprendido, porque después de tanto tiempo volví a ver los rasgos de Bandi Citrom en el rostro de una mujer bajita, de pelo negro, todavía bastante joven. Se echó ligeramente para atrás, probablemente por mi abrigo, y antes de que cerrara la puerta, me apresuré a preguntarle: «¿Está Bandi Citrom?». Me dijo que no. Le pregunté si quería decir que no estaba en ese momento, y ella me respondió, sacudiendo ligeramente la cabeza y cerrando los ojos: «No, no está desde hace tiempo», y cuando volvió a abrir la puerta, vi que en sus ojos brillaban las lágrimas. Sus labios temblaban, y yo pensé que sería mejor que me fuera cuanto antes, pero entonces salió de la penumbra del recibidor una mujer delgada, vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza, y yo le dije: «Estaba preguntando por Bandi Citrom». La mujer respondió lo mismo: «Aquí no está, pero vuelva usted otro día, en un par de días, por ejemplo»; noté que la otra mujer, la más joven, ladeaba la cabeza con un movimiento lánguido, sin fuerzas, mientras se llevaba la mano a la boca, como si estuviera tratando de tapar, de ahogar una palabra, una frase que le quería salir. Le expliqué a la vieja: «Estuvimos juntos en Zeitz», y ella me preguntó con un tono de reproche: «Y entonces ¿por qué no volvieron juntos a casa?». «Nos tuvimos que separar, a mí me trasladaron a otro sitio.» Ella quería saber si todavía había más húngaros allí fuera. Le dije que claro, que muchos. Entonces ella se dirigió con un tono victorioso a la mujer más joven: «¡Ya ves! -Y siguió hablando conmigo:- Siempre le digo que sólo están empezando a llegar, pero mi hija se impacienta, no quiere tener esperanza». Estuve a punto de decirle que, según mi opinión, la hija tenía razón y que probablemente conocía mejor a Bandi Citrom. Me invitó a entrar, pero me excusé con que tenía que ir a casa. «Seguramente lo estarán esperando sus padres», me dijo. «Desde luego», le respondí. «Bueno, pues dése prisa, les va a gustar la sorpresa.» Y me marché.

Al llegar a la estación, como la pierna me dolía bastante y en aquel momento llegaba justo un tranvía con un número que conocía, lo cogí. En la parte trasera del vagón había una mujer vieja de pie, vestida con una blusa con cuello de encaje, un poco anticuada: cuando subí ella se hizo a un lado. Después un hombre uniformado me pidió el billete. Al decirle que no tenía me indicó que debía comprarlo. Le expliqué que venía del extranjero y que no tenía dinero. Entonces me miró, miró mi abrigo, miró a la vieja, y me comunicó que viajar implicaba ciertas obligaciones establecidas por sus superiores y que él tenía que hacerlas cumplir. «Si no compra el billete, tendrá que bajarse.» Le dije que me dolía la pierna, y vi que la vieja volvía la cabeza hacia la calle, con una expresión de enfado, como si la hubiera acusado de algo, no sé de qué. Por la puerta abierta del vagón salía en ese momento un hombre corpulento, con el pelo negro despeinado, haciendo mucho ruido. Llevaba la camisa abierta, un traje claro de algodón, un estuche negro que le colgaba del

hombro y un maletín en la mano. «¿Qué pasa? -gritó, y añadió-: ¡Déle un billete!», y le entregó el importe al uniformado, casi tirandoselo. Intenté darle las gracias pero me interrumpió: «Algunos deberían tener vergüenza», pero el uniformado ya estaba en el interior del vagón y la vieja seguía mirando hacia fuera. Entonces el hombre se dirigió a mí, y con el rostro ya más relajado me preguntó: «¿Vienes de Alemania, hijo?». «Sí.» «¿De un campo de concentración?» «Naturalmente.» «¿De cuál?» «Buchenwald.» Sí, me dijo, él había oído hablar de Buchenwald y sabía que era una de las estaciones en el camino del «infierno nazi», así lo dijo. «¿De dónde te deportaron?» «De Budapest.» «¿Cuánto tiempo has estado allí?» «Un año entero.» «Debes de haber visto muchos horrores, hijo», observó, y yo no le dije nada. «Lo importante -prosiguió- es que ya todo ha terminado.» Con el rostro iluminado, me enseñó las casas entre las cuales estábamos avanzando y me preguntó qué sentía al estar de nuevo en casa, al ver la ciudad que había tenido que abandonar. Le dije: «Odio». Se calló pero luego observó que lamentablemente comprendía mi sentimiento. Opinaba que «en ciertas circunstancias» hasta el odio podía tener su razón de ser, su función, su «utilidad», y que él comprendía perfectamente a quién odiaba yo. «A todo el mundo», respondí. Se calló otra vez, por más tiempo, y luego me volvió a preguntar: «¿Has tenido que pasar por muchos horrores?». Le contesté que dependía de lo que él entendiera por horrores. «Seguramente -dijo con una expresión un tanto cohibida- habrás tenido que pasar penurias, hambre y quizá también te hayan pegado.» «Naturalmente», le dije, y entonces se enfadó mucho y me preguntó casi gritando: «¿Por qué respondes a todo "naturalmente", cuando te estás refiriendo a cosas que no lo son en absoluto?». Le contesté que en un campo de concentración sí eran cosas naturales. «Ya, ya... Allá sí... pero... -Buscaba las palabras hasta que añadió-: ¡Si ni siquiera un campo de concentración es una cosa natural!» Encontró por fin sus palabras; no le respondí nada puesto que empezaba a darme cuenta de que había cosas de las que no se podía hablar con desconocidos, con gente que no sabía nada de nada, con unos niños, por así decirlo. Y de pronto vi nuestra plaza, menos cuidada y ordenada que antes, y me di cuenta de que tenía que bajar y así se lo hice saber. Sin embargo, él también se bajó, me señaló un banco en la sombra, un poco más adelante, y me pidió que me sentara un momento.

Al principio parecía no saber qué decir. La verdad, observó, era que «los horrores apenas empezaban a conocerse» en su totalidad y que «el mundo se encontraba ante un dilema: ¿cómo había podido ocurrir todo aquello?». Como yo permanecía callado, en un momento dado se volvió hacia mí y me preguntó: «¿No te gustaría, hijo, poder hablar de tus experiencias?». Aquello me sorprendió y sólo pude contestarle que no sabría contarle muchas cosas interesantes. Entonces sonrió: «No me refiero a mí sino al mundo». Eso todavía me sorprendió más, y le pregunté: «¿Contar qué?». «El infierno de los campos», me respondió. Yo le indiqué que sobre eso no podría contarle nada pues no conocía el infierno ni podía imaginarlo. «Claro, pero no es más que una metáfora. ¿No es cierto? ¿Acaso no puede compararse un campo de concentración con el infierno?» Mientras dibujaba círculos en la arena con los tacones de mis zapatos, le dije que uno podía comparar cualquier cosa con lo que quisiera pero que para mí un campo de concentración seguía siendo un campo de concentración, y que había conocido algunos pero que no conocía el infierno. «Pero ¿si trataras de imaginarlo?», insistió, y yo respondí: «Me imagino que un infierno es un lugar en donde uno no se puede aburrir y, por el contrario, en los campos de concentración, como Auschwitz, puedes llegar a aburrirte mucho en el supuesto de que tengas la suerte de poder hacerlo». «Y tú ¿cómo explicarías eso?» Tuve que reflexionar para responder: «Es por el tiempo». «¿Cómo que por el tiempo?» «Pues porque el tiempo ayuda.» «¿Ayuda? ¿En qué?» «En todo.» Intenté explicarle qué diferente es, por ejemplo, llegar a una estación, si no lujosa por lo menos aceptablemente limpia y cuidada donde cada cosa se nos va esclareciendo con el tiempo; poco a poco, de manera gradual, pasas un nivel, y cuando ya lo has pasado viene otro y otro, y entonces ya lo sabes todo, lo has asimilado todo. Mientras lo asimilas, también estás ocupado: haces cosas nuevas, te mueves, actúas, cumples con los deberes de cada nuevo nivel. Sin embargo, si no existiese el tiempo, y todo el saber, toda la información nos llegara de golpe, quizá nuestra mente y nuestro corazón no lo aguantarían. Así estaba yo explicándome cuando él sacó una cajetilla de tabaco de uno de sus bolsillos, me ofreció un cigarrillo que yo no acepté, encendió uno y apoyó los

codos en las rodillas, inclinándose para decirme en un tono apagado: «Lo comprendo». «Por otra parte -proseguí yo con mis explicaciones-, el fallo, el inconveniente es que ese tiempo hay que ocuparlo con algo. Por ejemplo, yo he visto presos que llevaban cuatro, seis o incluso doce años viviendo en un campo de concentración. Esos presos habían tenido que ocupar aquellos cuatro, seis o doce años, en este caso trescientos sesenta y cinco días por doce años, o sea veinticuatro horas por trescientos sesenta y cinco días por doce años, y todo ese tiempo lo habían tenido que ocupar, instante por instante, momento por momento, hora por hora, día por día. Sin embargo, eso mismo los había ayudado también, puesto que si todo ese tiempo, multiplicado por doce y por trescientos sesenta y cinco y por sesenta y por sesenta otra vez, les hubiera caído de repente al cuello, no lo hubieran podido aguantar, como lo habían aguantado, ni con el cuerpo ni con la mente.» Al ver que callaba añadí: «Así es como hay que imaginarlo, más o menos». Él se tapó la cara con las manos y con un tono todavía más apagado dijo: «No, no y no, no se puede imaginar. Lo sabía, por eso lo llaman infierno».

Se incorporó repentinamente, miró su reloj y la expresión de su rostro cambió. Me comunicó que era periodista y añadió que trabajaba en un «periódico demócrata», entonces me di cuenta de que por su manera de hablar se parecía al tío Vili, pero sólo vagamente, con la misma diferencia -digamos- de credibilidad que había entre las palabras -y sobre todo los actos-, los actos de terquedad del rabino y el tío Lajos. Esa idea me hizo pensar por primera vez en el próximo encuentro, y dejé de seguir las palabras del periodista con tanta atención. Dijo que le gustaría transformar la coincidencia de nuestro encuentro en una coincidencia feliz. Me propuso que empezáramos a escribir un artículo juntos, «una serie de artículos». Él los escribiría basándose en lo que yo le contara. Así podría yo conseguir algo de dinero que me vendría bien ahora, al comienzo de una «nueva vida», aunque -añadió con una sonrisa y un tono de disculpa- «no me podía ofrecer mucho», puesto que el diario era nuevo, y «sus fuentes financieras limitadas de momento». De todas formas, no era eso lo más importante -opinó-, sino «curar las heridas abiertas para que cicatrizasen y castigar a los culpables». Antes que nada, había que «movilizar a la opinión pública», disipar «la indiferencia, la apatía, la duda». Los lugares comunes no valían, había que desenmascarar la verdad, aunque fuera «una prueba dolorosa» enfrentarnos a ella. En mis palabras -añadió- veía «mucho autenticidad», la voz de los nuevos tiempos, una «triste huella» de los acontecimientos, si entendí bien, y «un colorido nuevo, auténtico y único en la marea de hechos agobiantes». Me preguntó entonces qué pensaba yo de todo ello. Le dije que antes que nada tenía que resolver mi propia papeleta, arreglar mis asuntos; debió de interpretar mal mis palabras porque me respondió: «No, ya no se trata únicamente de tu papeleta ni de tus asuntos. Es un asunto de todos, del mundo entero». Pero yo insistí en que tenía que irme a casa, y entonces me pidió perdón. Nos levantamos, y él parecía reflexionar sobre algo. «¿No podríamos empezar el artículo con una fotografía del momento del reencuentro?» Como yo no le respondiera, con una leve sonrisa me explicó que «la profesión obligaba a veces al periodista a comportarse con poco tacto», pero que si yo no lo quería él no insistiría porque no deseaba «forzar» nada. Se volvió a sentar, sacó una agenda negra y la abrió, escribió algo sobre una hoja que luego arrancó, se levantó otra vez y me la dio. Allí estaba su nombre con la dirección y el teléfono de su agencia; se despidió de mí «con la esperanza de verme pronto», extendiendo la mano caliente, carnosa, un poco sudada y apretando la mía con simpatía. Esperé hasta que su figura se perdiera entre la multitud y sólo entonces tiré el papeletito.

Reconocí enseguida nuestra casa. Allí estaba, intacta, entera, igual que antes. El portal olía igual, me recibieron las mismas escaleras desgastadas, el mismo ascensor destartado, y más arriba, en un rincón de la escalera me acordé de un momento especialmente íntimo de mi vida. Subí hasta nuestro piso y toqué el timbre. La puerta se abrió pronto pero sólo un poco, justo lo que permitía el cerrojo, la cadena de dentro; me sorprendí porque no me acordaba de tal artificio. Desde la rendija de la puerta me miraba una cara desconocida, una mujer de mediana edad, de cara amarillenta y huesuda. Me preguntó a quién deseaba ver y le dije que vivía allí. «No -me respondió-, aquí vivimos nosotros.» Ya iba a cerrar la puerta pero no pudo hacerlo porque yo se lo impedí, metiendo el pie. Intenté explicarle que había un error puesto que yo me había ido de allí y estaba

segurísimo de que aquélla era mi casa. Me respondió, con voz amable y simpática, que estaba equivocado puesto que eran ellos los que vivían allí, mientras intentaba cerrar la puerta, cosa que yo seguía impidiendo. Levanté entonces la vista para mirar el número, por si resultaba verdad que estaba equivocado; al hacerlo disminuí la presión del pie, y ella consiguió lo que quería; oí cómo cerraba la puerta, dándole dos vueltas a la llave.

De regreso a la escalera me detuve en una puerta conocida. Toqué el timbre y salió una vieja gorda. Ya iba a cerrar la puerta como la otra mujer, cuando aparecieron detrás de ella unas gafas brillantes, y en la penumbra reconocí el rostro gris del señor Fleischmann. A su lado, vi una panza descomunal, unas pantuflas, una cara grande, roja, con un peinado infantil con la raya en el medio y un puro apagado: el viejo Steiner. Estaban igual que cuando los había dejado, como si hubiera sido la noche anterior. Estaban allí de pie, mirándome y gritando mi nombre. El viejo Steiner me abrazó tal como estaba, con la gorra, el abrigo a rayas, sudando. Me llevaron al salón y la señora Fleischmann se fue a la cocina, «para buscar algo que picar». Tuve que responder a sus preguntas: ¿de dónde? ¿cómo? ¿cuándo? ¿de qué manera? y luego me tocó el turno y me enteré de que en nuestro piso vivían otros. Les pregunté: «¿Y los míos?». Como tardaron en responder, insistí: «¿Y mi padre?», y ya no dijeron nada. Al cabo de un rato, una mano -creo que la del señor Steiner- se levantó y se posó -como un viejo murciélago- sobre mi brazo. De lo que me dijeron después, comprendí más o menos que «lamentablemente no cabía duda de la autenticidad de la noticia de su muerte», puesto que se basaba en «testimonios de antiguos compañeros», según los cuales mi padre «había muerto tras un corto sufrimiento», en un campo «alemán» que se encontraba en territorio austriaco que se llamaba... ¿cómo se llamaba?... a ver... y yo les dije: «Mauthausen». «¡Mauthausen! -repetieron contentos y luego se entristecieron otra vez-: Sí, así era.» Les pregunté si por casualidad sabían algo de mi madre y me dijeron que sí, que tenían noticias suyas y buenas: estaba viva, estaba sana, había estado un par de meses antes por allí, preguntando por mí, la habían visto, habían hablado con ella. «¿Y mi madrastra?», les pregunté. «Se ha vuelto a casar.» «¿Y con quién?» Tampoco se acordaban del nombre. Uno dijo: «Un tal Kovács, si mal no recuerdo». Y el otro corrigió: «¡Qué va! Un tal Futó». «Sütő», les dije, y entonces asintieron con la cabeza: «Claro, Sütő, claro que sí». Le debía muchos favores, «casi todo», me contaron después, él había salvado «sus bienes», «la había tenido escondida en los tiempos difíciles», así me dijeron. «Quizás haya sido un tanto precipitado», opinó el señor Fleischmann, y el viejo Steiner estuvo de acuerdo. «Al fin y al cabo -añadió- es comprensible», con lo que el otro viejo estuvo de acuerdo.

Permanecí sentado durante un rato con ellos puesto que hacía mucho que no había estado sentado así, en un sillón blando de terciopelo rojo. La señora Fleischmann nos había servido un plato de porcelana pintado en los bordes con unas rebanadas de pan con manteca, espolvoreadas con pimentón rojo y decoradas con finas rodajas de cebolla; se había acordado de que antes me gustaban, y le aseguré que me seguían gustando. Los dos viejos me explicaron que «aquí en casa tampoco había sido fácil». De lo que me contaron no comprendí mucho; todo me pareció una cadena de acontecimientos inconexos, caóticos, imposibles de seguir, no entendía nada. Sí advertí que repetían la misma palabra una y otra vez, hasta que empecé a cansarme de oírla. Se servían de ella para describir todos los cambios, los momentos, los acontecimientos, por ejemplo: «llegaron» los edificios con estrella, «llegó» el quince de octubre, «llegaron» los nazis húngaros, «llegó» el gueto, «llegó» lo de las orillas del Danubio, «llegó» la liberación. También observé el mismo fallo de siempre: como si todos aquellos acontecimientos -indefinidos y horrorosos, con detalles casi inimaginables que incluso para ellos se hacían totalmente irrecuperables- hubiesen sucedido, no en el transcurso de minutos, horas, días y meses, sino todos juntos, a la vez, como un remolino, un vértigo, como en una fiesta con mucha gente que acaba enloquecida porque todos han perdido la cabeza, y ya no saben qué hacer. En un momento dado se callaron y, tras un breve silencio, el viejo Fleischmann me preguntó: «¿Cuáles son tus planes para el futuro?». Me sorprendí un poco y le dije que aún no me había planteado nada. Entonces el otro viejo se movió y se inclinó en su silla, hacia mí. Se volvió a levantar también el murciélago y, en lugar de mi brazo, esta vez se posó sobre mi rodilla. «Antes que nada -dijo-, tienes que olvidar los horrores.» Le pregunté, muy extrañado: «¿Por

qué?». «Para poder vivir», respondió y el señor Fleischmann asintió con la cabeza: «Para poder vivir libremente», a lo que el otro asintió, añadiendo: «Con esa carga no se puede empezar una nueva vida»; tuve que reconocer que en eso tenía razón. Pero, por otra parte, no entendía cómo me podían pedir cosas imposibles, y les hice saber que mi experiencia había sido real y que yo no podía mandar sobre mis recuerdos. Podría empezar una nueva vida, expliqué, si naciera de nuevo, o si alguna enfermedad acabara con mi mente, haciéndome olvidar todo por completo, pero que no me desearan ninguna enfermedad, ni ningún mal de ese tipo. «De todas formas -añadí- yo no me di cuenta de que eran horrores»; se quedaron muy sorprendidos con mi respuesta y preguntaron cómo debía de interpretarse eso de que «no me di cuenta». Entonces les pregunté qué habían hecho ellos durante aquellos «tiempos difíciles». «Pues... vivir», dijo uno. «Intentar sobrevivir», dijo el otro. Claro, observé, habían dado un paso tras otro. Querían saber qué significaba eso de los pasos y yo les conté cómo se hacía eso en Auschwitz. Había que calcular más o menos -les dije, añadiendo que tampoco conocía los números exactos- unas tres mil personas por tren. De ellas, por ejemplo, mil hombres. Sin contar las personas que estaban al principio y al final de la cola, había que calcular un segundo o, como máximo, dos para cada examen de aptitud. Entonces, para los que nos encontrábamos hacia la mitad, como yo, había que calcular una espera de diez o veinte minutos hasta llegar al punto donde se decidía si íbamos al gas enseguida o nos quedaba de momento cierta posibilidad de seguir con vida. Entretanto, la cola se movía, avanzaba sin parar, todos íbamos dando pasos, más grandes o más pequeños, dependiendo de la velocidad del procedimiento.

Se produjo un corto silencio, interrumpido por un solo sonido: la señora Fleischmann me retiró el plato y se lo llevó a la cocina y ya no volvió a donde estábamos. Los dos viejos me preguntaron que «a qué venía eso, qué quería decir con eso». Les dije que nada en especial pero que no había sido exactamente así, las cosas «llegaban», pero nosotros también avanzábamos. Sólo ahora parecía todo hecho, acabado, zanjado y terminado, como si hubiese «llegado» así, con mucha rapidez y poca transparencia, sólo ahora que mirábamos hacia atrás, al revés. Y claro, también si hubiéramos conocido nuestro destino por adelantado... De aquella manera sólo podíamos haber estado viendo el paso del tiempo. Sin embargo, un beso, un solo beso podía tener la misma importancia que un día inmóvil en el edificio de la aduana o las cámaras de gas. Así es: si mirábamos hacia atrás nos equivocábamos; y también nos equivocábamos si mirábamos hacia delante, las dos cosas estaban equivocadas. Al fin y al cabo, veinte minutos son bastante tiempo, de manera relativa y también de hecho. Cada uno de aquellos minutos empezó, transcurrió y acabó; y después empezó el siguiente. Ahora, seguí explicándome, cada uno de aquellos momentos en realidad habría podido traer algo nuevo. No trajeron nada, claro que no, pero habrían podido hacerlo. Había que reconocer que cada instante hubiera podido traer algo nuevo, algo diferente de lo que traje, en Auschwitz y también en casa, por ejemplo en la noche que habíamos despedido a mi padre.

Entonces el viejo Steiner se removió en su asiento y observó: «Pero ¿qué es lo que habríamos podido hacer?», pronunciando la frase con una expresión de enfado y de queja a la vez. Le dije que nada, por supuesto, o algo, cualquier cosa, lo que hubiera sido una locura, otra locura, como la locura de no hacer nada, claro, la locura de no hacer nada. «En realidad -traté de explicarles- tampoco es eso.» «Entonces ¿qué es?», me preguntaron, casi perdiendo la paciencia, y yo seguí hablando más enfadado que ellos. Son los pasos. Todos habíamos estado dando pasos, yo también, y no sólo en la fila de Auschwitz sino antes, en casa. Yo había ido dando pasos con mi padre, con mi madre, con Annamária, y también había ido dando pasos -quizá los más difíciles- con la hermana mayor. Ahora ya sabría explicarle lo que era ser «judío»: nada, no significaba absolutamente nada, por lo menos para mí, por lo menos originalmente, hasta que empezó lo de los pasos. Nada era verdad, no había otra sangre, no había otra cosa que..., y allí me paré, pero me acordé, de repente, de las palabras del periodista: sólo había situaciones dadas que contenían posibilidades. Yo había vivido un destino determinado; no era ése mi destino pero lo había vivido. No comprendía cómo no les entraba en la cabeza que ahora tendría que vivir con ese destino,

tendría que relacionarlo con algo, conectarlo con algo, al fin y al cabo ya no podía bastar con decir que había sido un error, una equivocación, un caso fortuito o que simplemente no había ocurrido.

Veía, sí veía muy bien que no me comprendían, que mis palabras no les gustaban en absoluto y que algunas hasta los hacían enfadar. Veía que el señor Steiner trataba de interrumpirme, que casi se ponía de pie, veía que el señor Fleischmann no lo dejaba, y también le oí decir: «Déjalo... ¿No ves que sólo quiere hablar? Déjalo hablar...», y yo hablaba aunque en balde y de una manera un tanto caótica. Incluso así les dije lo que quería: que nunca empezamos una nueva vida sino que seguimos viviendo la misma de siempre. Yo había dado unos pasos y no otros, y puedo decir que dentro de mi propio destino siempre había actuado con honradez. La única mancha, el único pequeño fallo, el único detalle fortuito que podían echarme en cara era el estar allí, conversando con ellos, pero de eso no tenía que asumir yo la responsabilidad. ¿O tal vez querían que esa honradez y todos esos pasos que yo había dado perdieran su sentido? ¿A qué se debía ese cambio radical, por qué se ponían en mi contra, por qué no querían reconocer que si el destino existía entonces no podía existir la libertad, y al revés? -continuaba yo, cada vez más sorprendido, cada vez más metido en el tema-. Si existe la libertad entonces no puede existir el destino, por lo tanto, nosotros mismos somos nuestro propio destino -de repente reparé en ello con una claridad como nunca había tenido antes-. Sentí pena por estar sólo con ellos dos, por no tener un contrincante de mayor calibre. Pero allí estaban sólo ellos en ese momento, y los dos habían estado siempre, también cuando despedimos a mi padre. Ellos también habían dado sus pasos; ellos también lo habían sabido todo de antemano, ellos también habían despedido a mi padre como si fuéramos a enterrarlo, e incluso más tarde sólo habían discutido por asuntos triviales, como si era más conveniente coger el tren de cercanías o el autobús para ir a Auschwitz... En ese momento no sólo el señor Steiner sino también el señor Fleischmann se puso de pie. Este último trató de contenerse pero no pudo. «¿Cómo? -me gritaba con la cara roja como un tomate, golpeándose el pecho-. Ahora resulta que vamos a ser nosotros los culpables, nosotros que en realidad somos las víctimas...» Yo traté de explicarle que no se trataba de culpas, que sólo había que reconocer las cosas, simplemente, humildemente, razonablemente, por una cuestión de honor. Que no se podía, que trataran de comprender que no se podía quitarme todo eso, no podía ser que yo no fuera ni el ganador ni el perdedor, no podía ser que no tuviera razón en nada, que me hubiera equivocado en todo, no podía ser que nada tuviese razones ni consecuencias, simplemente que trataran de comprender, ya casi les estaba rogando, que no podía tragarme la píldora amarga de que yo hubiese sido sólo, simple y puramente un inocente. Pero vi que no querían comprender de ninguna manera, así que cogí mi bolso y mi gorro, dije unas cuantas palabras confusas más, hice un gesto y me fui, simplemente me fui, sin terminar la frase que estaba pronunciando. Abajo me recibió la calle. Para ir a casa de mi madre tenía que coger el tranvía pero me acordé de que no tenía dinero y decidí ir andando. Para recuperar mis fuerzas me detuve un momento en la plaza, al lado del banco en el que había estado sentado antes. Por delante, por donde tendría que encaminarme, por donde la calle parecía alargarse y ensancharse, perderse en lo infinito, encima de los montes azules y verdes, el cielo era de color púrpura y las nubes violetas. Alrededor las cosas también parecían haber cambiado: el tráfico había disminuido, la gente iba menos deprisa, hablaban en un tono más bajo y sus miradas eran más dulces. Era aquella hora tan típica -la reconocí de inmediato, allí mismo-, mi hora preferida en el campo, y experimenté una sensación fuerte, dolorosa e inútil: la nostalgia. De repente todo recobró vida otra vez, todo estaba allí, en mi interior, todo hasta los mínimos detalles, todos los recuerdos, absolutamente todo. Sí: desde cierto punto de vista, allá la vida había sido más simple, más inequívoca. Me acordé de todo y de todos, repasando hasta a los que no me habían interesado para nada, y también a los que ya sólo existían en mis recuerdos, a todos: a Bandi Citrom, a Pietka, a Bohús, al médico y a todos los demás. Por primera vez pensé en ellos con un ligero sentimiento de reproche, de resentimiento pero también de amor.

Bueno, tampoco había que exagerar, puesto que justamente allí residía el meollo de la cuestión: allí estaba yo, aceptando cualquier argumento con tal de poder seguir viviendo. Miré alrededor en aquella plaza pacífica, ya crepuscular, por las calles atormentadas pero llenas de

promesas, y sentí cómo crecían y se juntaban en mí las ganas de continuar con mi vida, aunque pareciera imposible. Mi madre me estaría esperando y seguramente se pondría muy contenta de verme, la pobre. Me acordé de que ella quería que yo fuera arquitecto, médico o algo así. Seguramente así sería, como ella deseaba, puesto que no podía haber ninguna cosa insensata que no pudiéramos vivir de manera natural, y en mi camino, ya lo sabía, me estaría esperando, como una inevitable trampa, la felicidad. Incluso allá, al lado de las chimeneas había habido, entre las torturas, en los intervalos de las torturas algo que se parecía a la felicidad. Todos me preguntaban por las calamidades, por los «horrores», cuando para mí ésa había sido la experiencia que más recordaba. Claro, de eso, de la felicidad en los campos de concentración debería hablarles la próxima vez que me pregunten. Si me preguntan. Y si todavía me acuerdo.